Hugo Noel Santander Ferreira es escritor, filósofo, poeta, actor y director de cine y teatro. Ha publicado más de setenta libros y ha dirigido numerosos largometrajes y cortometrajes producidos en varios países. M.F.A. en Film and Media Arts de Temple University (Philadelphia), Hugo ha recibido distinciones como el reconocimiento presidencial "100 Colombianos" (2014), el Primer Premio del Concurso de Cuento "Mitos y Leyendas", la Medalla de Honor y Mención Especial del certamen Manuel Mujica Laínez en Buenos Aires (2013), y becas internacionales de creación y cine. En 2025 obtuvo el Premio a mejor Novela de la Gobernación de Santander por "Desde el Viaducto".

Umbral al paraíso perdido de la intuición y revelación fulgurante de sucesos tenidos por irrevocables, estas crónicas rasgan el velo de la historia con la navaja del espíritu. Desde la sombra desterrada que, por compasión, Eva admitió y que selló la ceguera de los hombres, hasta Lennon, reencarnación de Juan el Bautista, estas páginas trastornan signo y memoria desde la luz primordial, anterior a la fractura entre bien y mal.

Aquí la historia es lenguaje sagrado que convoca y restituye la mirada interior. Frente a la aceptación pasiva del relato documentado, el autor formula interpretaciones de filo dialéctico y visión profética. Cuarenta relatos reconfiguran la historia del hombre y, con ella, nuestra propia imagen, encarnada en arquetipos, figuras y acontecimientos que siguen modelando nuestro presente. Las crónicas o mitos tejidos aquí desbordan los anales del tiempo y el rol pasivo de los escribas.

Historia Descifrada

Hugo Noël Santander Ferreira

EDITORIAL
SANTALEY

Hugo Noël Santander Ferreira

Historia Descifrada

Breve historia espiritual del mundo

Editorial Santaley – Edición electrónica y impresa
Primera edición, 2026
consultoriasstanley@gmail.com
Bucaramanga, Colombia

© 2026 Hugo Noel Santander Ferreira
Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros—, así como su almacenamiento, transmisión o distribución en cualquier sistema de recuperación de información, salvo breves citas en reseñas o críticas literarias.

ISBN: 9798248951505

Diseño de cubierta y contracubierta © Leyla Tobías de Santander
Diseño y maquetación interior: Leyla Tobías de Santander
Fotografía: Hugo Noël Santander Ferreira
Fabricado en Colombia (ediciones impresa y digital)

Todos los derechos reservados.

A la Santísima Trinidad,
quien también me entregó estas iluminaciones

Índice

Prólogo	**11**
Advertencia del Autor	**17**
El Creador, evolucionista	**19**
Del Pecado Original	**35**
La Superioridad del Hombre de Neandertal	**36**
La Torre de Babel o de las ideologías absolutas	**39**
De los Actores desde la caída y ruina de la Atlántida	**41**
El perdón, legado de Israel	**45**
Del origen de las Amazonas	**49**
Moisés, destructor de la edad de Bronce	**51**
El esclavo secreto de Platón	**57**
La Muerte del Mesías	**64**
Judas Iscariote, mártir de los pecadores	**66**
De la Caída del Imperio Romano	**75**
Historia del destierro y restitución del poeta Nol-Hu	**76**
La Salvación del Cristianismo ante la avalancha pagana	**80**
Una Princesa Medieval	**82**
Las Bibliotecas Etéreas	**83**
El Santo Grial	**90**
San Francisco y los animales	**94**
El Suicidio de los Mayas	**96**
El Encubrimiento de América	**99**
La Fabricación de Quetzalcóatl	**103**
William Shakespeare, amanuense del Espíritu Santo	**107**
Cervantes y García Lorca	**113**
Roberto de Nobili, reformador ecuménico	**117**
Baruch de Espinosa	**120**
La Mosca del Visir	**122**
El Rey Embrujado	**128**
La Campana del Emperador Yongle	**136**
El Decreto Lingüístico de Felipe IV	**141**
La última batalla de Nietzsche	**148**
La Visión del Zar Nicolás	**150**
El Astrólogo	**155**
La Progenie de los Mongoles	**159**

De por qué el ejército del Imperio Británico se salvó en Dunkerque **162**
Marilyn Monroe, Reina de Babilonia **167**
La Reina Madre **174**
Pablo Neruda, poeta latino **177**
El Fabricante **181**
De la lectura y la meditación, según Buda **186**
Los Martirios de John Lennon y la Princesa Diana **188**

In his quae fiunt in tempore, leguntur aeterna

En las cosas que se hacen en el tiempo, se leen las eternas.

San Agustín

De civitate Dei, XV, 8

Prólogo

Este libro reclama una figura originaria: el poeta como profeta. En un tiempo en que la palabra poética suele replegarse hacia el ornamento o la intimidad, estas páginas restituyen su función primordial: revelación, anuncio, advertencia. Aquí, el poeta recupera su oficio esencial: ver antes, nombrar antes, transmitir lo que aún no ha adquirido forma histórica. Desde el exilio y la restitución del poeta Nol-Hu en la corte del Emperador Amarillo hasta la voz continental de Pablo Neruda cifrando el amor y el olvido en un verso inmortal, la poesía reaparece como acto de mediación entre lo humano y lo eterno. El poema se afirma como instrumento de conocimiento, como sentencia encarnada, como testimonio que precede a la crónica y orienta la memoria de los pueblos.

Este libro se propone, ante todo, como un acto de lectura del mundo. Ya desde la Advertencia del Autor, la historia se presenta como un texto vivo, tejido de símbolos, figuras y resonancias que aguardan ser reconocidas. La premisa resulta clara y profunda: la experiencia humana participa de un drama espiritual de largo aliento, donde cada civilización, cada mito y cada destino individual constituyen letras y párrafos de una escritura mayor llamada a ser descifrada.

Desde las primeras páginas, *El Creador evolucionista* despliega la paciencia divina que modela el cosmos en eras inmensas. La creación es una obra prolongada que enseña al hombre la virtud suprema del reposo contemplativo, donde la acción ética se revela como la raíz del gozo o del sufrimiento. *Pecado Original* inaugura la responsabilidad y otorga al conocimiento un lugar central en la arquitectura del espíritu. *Superioridad del Hombre de Neandertal* descifra las

causas de nuestra ansiedad, culpando a nuestros antepasados, quienes eligieron la violenta caza sobre la agricultura y, con ella, el crimen, opuesto a los predicados pacifistas de convivencia universal, propios a los animales y a nuestro ya aniquilado hombre de Neandertal.

Las construcciones simbólicas de la humanidad alcanzan su altura en *Torre de Babel o de las ideologías absolutas*. Allí, el deseo de totalidad revela la diversidad irreductible de las voces humanas, donde los ideales populistas de reemplazar a Dios fracasan por la mezquindad de los hombres. Tras los cataclismos míticos, *De los Actores desde la caída y ruina de la Atlántida* afirma el renacimiento perpetuo de la política en los actores que mejor representan la clase dirigente. *Perdón, legado de Israel* transforma la justicia en sabiduría histórica y une a los pueblos mediante una enseñanza luminosa. *Origen de las Amazonas* descubre en la alteridad una fuente inagotable de fuerza creadora.

Moisés, destructor de la Edad de Bronce actúa como umbral de época. Introduce mutaciones decisivas en el tiempo, la ley y la comunidad, y anuncia el surgimiento de una conciencia histórica renovada. *Esclavo secreto de Platón* dialoga con tradiciones diversas y revela la IA como fachada de antiguas formas de asistencia, aprendizaje o esclavitud. *Muerte del Mesías* condensa en un solo destino la enseñanza de que la conciencia se sostiene en la fe, y *Judas Iscariote, mártir de los pecadores* eleva el sacrificio a acto de testimonio que resume las crueldades de dos mil años en una vida de remordimiento eterno.

Los ciclos imperiales se despliegan en *Caída del Imperio Romano*, donde la vasta obra de Gibbon es condensada en una página esencial. *Historia del destierro y restitución del poeta Nol-Hu* encarna el exilio y el triunfo de la poesía como movimientos esenciales del espíritu creador. *Salvación del Cristianismo ante la avalancha pagana* escenifica la fe como luz capaz de educar al violento y disipar las tinieblas. *Princesa Medieval* encarna la continuidad de la vida y la representación

del amor filial mal comprendido, esta vez ya no por un rey británico demente sino por una reina que solo admira la riqueza.

Bibliotecas Etéreas presentan el saber como un legado divino que enaltece los sueños y permite habitar la realidad como la cara visible de la mirada de Jano. *Santo Grial* eleva los símbolos con vocación de universalidad y revela el deseo de orden que armoniza civilizaciones. *San Francisco y los animales* convierte la comunión con la naturaleza en forma de santidad y hace de la creación entera una alabanza compartida. *Suicidio de los Mayas* eleva la paz maya a su culminación en un sacrificio colectivo de dignidad, donde la sabiduría matemática se transfigura en profecía de reposo eterno y la concordia prevalece como forma suprema de libertad.

Encubrimiento de América revela los descubrimientos como umbrales donde la alteridad trastoca preceptos milenarios de identidad, y *Fabricación de Quetzalcóatl* fusiona en la Serpiente Emplumada lo femenino y lo masculino, la herida y la perfección, elevando lo sagrado a universalidad. La literatura alcanza una dimensión teológica en *William Shakespeare, amanuense del Espíritu Santo*, donde la inspiración se impone al autor y el teatro se erige como espejo de la condición humana. *Cervantes y García Lorca* funden tradición e innovación, uniendo la Mancha y Granada en una sensibilidad que descifra siglos.

Roberto de Nobili, reformador ecuménico encarna la armonía cultural al adaptar la liturgia a los hábitos locales y demostrar que la sabiduría florece en el encuentro. *Baruch de Espinosa* contempla en cada criatura un receptáculo del Creador y convierte la naturaleza en santuario donde el hombre recrea el mundo con compasión. *Mosca del Visir* transforma lo mínimo en revelación, y *Rey Embrujado* purifica la dualidad del poder a través del sufrimiento. *Campana del Emperador Yongle* perpetúa la majestad imperial en el eco del metal y en

el sacrificio que aspira a la consumación de un amor despechado.

Decreto Lingüístico de Felipe IV consagra la diversidad al mostrar que la palabra vive en la boca del pueblo y que la unidad surge por imitación creadora. *Última batalla de Nietzsche* transfigura la razón en ética vital y convierte la lucha interior en victoria espiritual. *Visión del Zar Nicolás* une lo temporal con lo eterno y revela en la experiencia visionaria un designio que culmina en misericordia. *Astrólogo* conecta el microcosmos humano con el macrocosmos divino con estrellas que se dejan leer, pero nunca dominar.

Progenie de los Mongoles transforma linajes guerreros en guardianes de sabiduría y sublima la herencia biológica en legado espiritual. *Por qué el ejército del Imperio Británico se salvó en Dunkerque* testimonia la convergencia entre estrategia humana y designio providencial en un gesto de humanidad inesperada. *Marilyn Monroe, Reina de Babilonia* eleva la belleza a símbolo de trascendencia y convierte el sacrificio en sacrificio filantrópico. *Reina Madre* encarna la convicción interior que corona más que cualquier trono y preserva la locura del linaje. *Pablo Neruda, poeta latino* fusiona lo telúrico y lo universal, elevando la voz del continente a una relectura de la poesía vital.

Fabricante refleja en el hacer artesanal el acto creador primordial y convierte la reparación en parábola de Dios. *Lectura y meditación, según Buda* afina el espíritu mediante la contemplación y enseña a habitar el presente con sus alteraciones de sentido. *Martirios de John Lennon y la Princesa Diana* condensan eras enteras en destinos individuales y elevan el sacrificio a anuncio de redención colectiva.

Este volumen ofrece una experiencia de pensamiento narrativo. Cuarenta textos trazan un recorrido por los momentos en que la historia adquiere densidad simbólica y la palabra recupera su potencia originaria. El lector accede a una secuencia de visiones que ordenan el pasado y lo proyectan hacia una comprensión más amplia del presente.

Aquí, la narración se convierte en meditación, y la meditación en una manera de habitar el mundo con plenitud y reverencia. Que estas páginas actúen como parábolas para la conciencia y como ecos de una voz que acompaña a los bardos desde el origen de los tiempos.

Leyla Margarita Tobías Buelvas
Sincelejo, febrero de 2026

Advertencia del Autor

El historiador me preguntó para qué quería descifrar la historia si ya estaba escrita. Yo le respondí con una fábula que Dios me entregó en un sueño.

Había una vez, en la Edad de Oro —la que la Biblia llama Paraíso—, un ser humano tentado por la oscuridad. Esta llevaba milenios desterrada por sus antepasados tras la caída de los ángeles del monte Hermón y, temblando desde las nubes, le suplicó: «Déjame entrar. También padezco necesidad». El ser humano pensó que los antiguos habían sido injustos con ella y que nada cambiaría si la dejaba pasar; creyó incluso que aprendería cosas nuevas. Y abrió la puerta. Y la oscuridad entró, y desde entonces ya nadie ve.

Transcribo estos textos para que quienes lo deseen vean, no con sus ojos, sino con el espíritu, y recobren su luz primigenia, antes del bien y del mal.

Cabe advertir a los historiadores e investigadores sociales que aspiran a alcanzar la imparcialidad del matemático, que estos textos nacen de intuiciones, de una lectura simbólica de la historia, donde los hechos y personajes aquí evocados conforman anales que no siempre coincide con la cronología ni con el registro documental.

El Creador, evolucionista

Es lugar común, entre cronistas de nuestro tiempo, contraponer la ciencia y la religión como si una fuese lámpara de certeza y la otra simple sombra de credulidad. Tal oposición, repetida sin examen, olvida que ambas nacen de un mismo anhelo antiguo: dar forma inteligible al mundo. La una lo hace mediante números, proporciones y leyes; la otra, por medio de signos, relatos y figuras que hablan al entendimiento a través del símbolo.

Ya San Agustín advirtió que las Escrituras no fueron dadas para enseñar el curso de los astros ni la trabazón de los elementos, sino para conducir el alma desde lo visible hacia lo eterno. En *De Genesi ad litteram* sostuvo que la letra sagrada encierra sentidos múltiples, acomodados a la capacidad de cada lector, y que la verdad divina no se agota en la superficie del relato, sino que se despliega conforme madura el espíritu que lo contempla.

La ciencia, por su parte, aspira a una exactitud que prescinde de lo moral y de lo invisible, en virtud de su método y de su pretensión de universalidad. Su dominio es el de lo mensurable; el de la religión, el de lo significativo. Ambas, sin embargo, persiguen conocimiento, aunque por sendas diversas y con instrumentos distintos.

Tras examinar el destino de las civilizaciones, Oswald Spengler prescribió que las grandes instituciones religiosas funcionaban menos como guardianas de dogmas inmutables que como matrices culturales, espacio donde germinaban artes, ciencias y formas de pensamiento que, con el tiempo, acabaron por desbordarlas. Así ocurrió en la Europa del Renacimiento, donde el impulso creador floreció precisamente en el seno de estructuras destinadas a perdurar.

El origen de este escrito se sitúa en el verano de 2005, en Estambul. Tras leer una extensa historia de Bizancio y del Imperio turco, quise palpar el peso de ese pasado no en los museos, sino en la piedra viva y desgastada. Dediqué un día completo a caminar junto a las murallas teodosianas, siguiendo su trazado fragmentado, internándome con mi esposa por barrios atravesados por un desarraigo palpable, donde la grandeza caída se confundía con la pobreza presente. El aire olía a polvo caliente, a hierbas silvestres que brotaban entre los sillares, y a una lejanía salitrosa llegada desde el Cuerno de Oro.

Fue en uno de esos tramos semiabandonados, donde la muralla se quiebra y deja ver patios interiores invadidos por escombros, cuando ocurrió el hallazgo. Un grupo de niños jugaba con piedras junto a un montículo de tierra. Al vernos aproximarnos, interrumpieron su juego y nos observaron con una nerviosidad cargada de tensión. Sus miradas se desplazaban de nosotros a las esquinas de las callejuelas vecinas, como si aguardaran o temieran una presencia próxima. Uno de ellos, el mayor, sostenía algo entre sus manos sucias: un paquete tosco, envuelto en un trapo aceitoso. Sin mediar palabra, con un gesto rápido y furtivo, lo extendió hacia mí. Aquello adoptaba la forma de un traspaso, un intento de desprenderse de un objeto que, intuí, les resultaba incómodo o peligroso.

Mientras examinaba el bulto, un ruido brusco nos sobresaltó. Un obrero que trabajaba en lo alto del lienzo de muralla, casi al borde mismo del precipicio de los siglos, perdió por un instante el equilibrio. Su figura se bamboleó contra el cielo, silueta recortada sobre el abismo. Nos observaba con una intensidad cargada de sentido. Durante un instante, todo quedó suspendido: los niños inmóviles, el obrero erguido como un centinela vacilante, el fardo de tela en mis manos. Entregué unos billetes arrugados y tomé el paquete. Los niños se disolvieron entre las ruinas antes de que pudiéramos articular palabra.

De regreso al hotel, desdoblé el trapo. En su interior aparecía un manuscrito de piel curtida, extraordinariamente seco y sorprendentemente íntegro, cuyas páginas estaban cubiertas por una escritura compacta y angular que no logré identificar entonces. Tenía la pesantez inconfundible de lo auténticamente antiguo.

Años más tarde, en Londres, un paleógrafo del British Museum confirmó su naturaleza excepcional: la escritura correspondía a una variante del acadio babilónico utilizada por escribas cultos durante el período del exilio hebreo. La traducción, ardua y prolongada, solo pudo completarse hace poco. El texto que sigue constituye su versión fiel.

Su autor, según pudo deducirse, era un hebreo desterrado, conocedor de las tradiciones orales de su pueblo, que eligió deliberadamente la lengua del imperio que lo retenía para consignar su visión. Lo más notable es su pretensión: afirma haber recibido estas revelaciones antes de que la narración del Génesis quedara fijada por escrito, cuando la creación subsistía únicamente como relato transmitido junto al fuego. En el centro de su desvelo se alzaba una pregunta persistente, una inquietud que lo consumía: ¿cómo puede reposar Aquel que carece de límite?

Yo, Ezra ben Yehudá, hijo de cautivos, escribo estas palabras sobre tablilla de arcilla en la tierra de Shin'ar, junto a las aguas del Purattu, el gran río que los babilonios llaman Éufrates. Escribo en la lengua de mis captores para que estas palabras no circulen entre los míos.

Hasta ahora, la creación se contaba junto al fuego: siete días, siete palabras del Eterno, y todo era. Desde niño me inquietó un punto de ese relato: el reposo. ¿Cómo puede reposar Aquel que no tiene límite?

Durante siete lunas consecutivas, el Eterno, que no tiene nombre, se me manifestó en sueños. Fueron imágenes diáfanas, de colores nunca vistos: visiones persistentes, grabadas con claridad en la memoria.

Vi el principio. Vi surgir algo donde no había nada: pensamiento o sentimiento en un acto sin día ni noche, una visión que huía al instante y se prolongaba eternamente; es decir, una vida en proceso, extensa, sostenida, difícil de abarcar en la vigilia. Viví cientos de años, períodos tan vastos que los reinos de los hombres parecían insignificantes, en sociedades que no eran de hombres, sino de astros y sonidos, impulsos de sentimiento, hasta que al cabo distinguí la voz portentosa del Creador y vi la tierra emerger de la nada, arder por eras como una tea, hasta volverse una planicie convexa que se enfriaba, se dividía, se transformaba en una tierra que respiraba. Vi durante miles de años el mar desolado, evaporado, y luego criaturas acuáticas aparecer y desaparecer. Vi sus restos quedar sepultados bajo capas de tiempo, y después, la tierra engendrada.

Comprendí entonces que la creación no había ocurrido en días, sino en miles de millones de años. Y que la paciencia con que el Eterno dio forma a su obra era elección y enseñanza de humildad, que debíamos emular.

En la última de las visiones vi también el sentido del descanso. El Eterno me condujo ante una tablilla antigua, anterior incluso a Babilonia, donde estaba inscrito el poema de Gilgamesh. Allí se decía que nada permanece, que solo los dioses viven para siempre bajo el sol, y que para los hombres todo es viento hasta alcanzar su descanso eterno:

«No existe permanencia. ¿Construimos una casa para que dure para siempre? ¿Sellamos un contrato para que se mantenga para siempre? ¿Acaso los hermanos dividen una herencia para que dure para siempre? […] Desde los días antiguos no hay permanencia. El que duerme y el que está muerto, ¡qué similares son! […] Solo los dioses viven para siempre bajo el sol. En cuanto a la humanidad, sus días están contados; hagan lo que hagan, todo es viento.»

Supe entonces que el reposo nace del cansancio hasta ser su término; que toda obra necesita un límite para no disolverse; que la muerte misma es una forma de cierre, el descanso que corona el trabajo. La era final, la que se refleja en nuestro séptimo día,

elucida la paz divina: una plenitud que requiere detención y contemplación eterna.

Al despertar de sueños que reducían mi vida a un grano de arena en el desierto, intenté comunicarlo. Hablé a los ancianos, a los mercaderes, a los campesinos. No fui comprendido. Decían que un Dios que crea lentamente no es todopoderoso. Respondí que la paciencia no disminuye el poder, sino que lo perfecciona.

Dejo prescrito en este papiro que la verdad ha de ser velada. Traduje eternidades a lo que podía ser recibido: siete días, cada cual con una mañana y una tarde. Pero dejé señales de su correspondencia con miles de lustros. La progresión permaneció intacta: de lo informe a lo ordenado, de lo inerte a lo viviente, de la materia a la conciencia.

Escribí «día» sabiendo que era «eternidad». No añadí explicaciones. Confié en que otros leerían cuando estuvieran preparados.

Esto dejo escrito para quienes vendrán después, cuando el tiempo deje de ser estrecho. Entonces sabrán que los días fueron edades, y que la paciencia del Creador es modelo para la paciencia humana.

Porque si Él no se apresuró en crear el mundo, ya que habita en el infinito y se deleita multiplicándolo en múltiples infinitos, del mismo modo que la vida se proyecta en pensamientos sin límite, tampoco nosotros debemos apresurarnos en vivirlo. Y si eligió el reposo como contemplación de su obra, también nosotros descansaremos cuando la nuestra concluya y podamos observarla indefinidamente: con gozo si fue proba, con tormento si fue siniestra.

Doy testimonio de ello en el año decimocuarto del cautiverio, bajo la sombra de la zigurat.

Ezra ben Yehudá

En el año decimocuarto del cautiverio

El Dios que se transparenta en los primeros pliegues del Génesis no es un artífice precipitado ni un taumaturgo de gestos súbitos, sino una inteligencia paciente que se

complace en el despliegue gradual de lo creado. Así lo intuyeron ya los antiguos doctores, cuando Gregorio de Nisa enseñaba que la obra divina se revela por grados, como una pedagogía dirigida a la criatura limitada, y no como un relámpago destinado a deslumbrarla sin instrucción. El mundo, para estos Padres, no irrumpe acabado, sino que adviene, crece y se ordena según un ritmo que pertenece más a la eternidad que al tiempo humano.

Esta lectura no fue ajena a los espíritus visionarios que, siglos después, contemplaron la creación como un proceso vivo. Jakob Böhme habló del nacimiento de Dios en las cosas, de una divinidad que se expresa a sí misma mediante tensiones, maduraciones y reposos; Anne Catherine Emmerick, en sus visiones, describió la formación del mundo como una sucesión de escenas vastísimas, imposibles de reducir al cómputo de jornadas terrenas. En ambos, la creación aparece como un drama prolongado, y no como un acto instantáneo.

Casi nuestro contemporáneo, Teilhard de Chardin reconoció en la materia una vocación espiritual, una lenta ascensión de lo informe hacia la conciencia, de la energía dispersa hacia el sentido. Su lenguaje, aun revestido de ciencia moderna, no se aparta del presentimiento antiguo: que el universo no fue arrojado al ser de una vez, sino acompañado, sostenido y conducido a través de edades innumerables.

De ahí que la interpretación literal de los "días" como unidades breves resulte insuficiente para quien atiende al espíritu del texto. Los días del Génesis se revelan como estaciones de una obra prolongada, como edades simbólicas en las que la creación se ensaya, se corrige y se perfecciona. El relato no pretende fijar un calendario, sino ofrecer una arquitectura inteligible del devenir: un orden de surgimiento que va de lo indistinto a lo articulado, de lo elemental a lo viviente, de lo viviente a lo consciente.

Así, antes de cualquier exégesis científica o controversia moderna, el propio texto sagrado propone una cronología interior, una narración del crecimiento del ser. Tal es la secuencia que se despliega en los primeros versículos del Génesis, tal como —según la tradición— fueron recibidos por el escriba babilónico en visión y vertidos al lenguaje que su pueblo podía soportar.

1) Evolución de la energía a la materia

La ciencia contemporánea, heredera de antiguas disputas cosmológicas, se esfuerza todavía por explicar el origen del universo a partir de un estallido primigenio, una expansión súbita de energía condensada que habría dado lugar a toda forma material. Esta conjetura —a la que se ha dado el nombre de Big Bang— describe un inicio violento, pero deja en penumbra el tránsito de la energía a la materia estable y el misterio primero del ser. Tal umbral del saber resulta comprensible si se recuerda que, ya en la Antigüedad, los filósofos entendían el principio último como una ἀρχή que precede a toda medición.

El Génesis, lejos de ofrecer una explicación mecánica, propone una imagen inaugural de densa carga simbólica: una tierra informe, fluida, indistinta, suspendida en tinieblas, sobre la cual se cierne el soplo divino. Se trata de una matriz blanda, comparable a la materia prima de los alquimistas o al *Ungrund* del que hablaba Jakob Böhme: un fondo sin forma que contiene todas las formas en potencia.

1 En el principio creó Dios los cielos y la tierra.

2 Y la tierra estaba desordenada y vacía, y las tinieblas estaban sobre la haz del abismo, y el Espíritu de Dios se movía sobre la haz de las aguas.

Aquí la materia aparece bajo el signo de lo líquido y lo caótico, como designio secreto del Creador, el mismo que

la matemática del caos comienza a descifrar mediante ecuaciones complejas que exceden la aritmética simple: su condición originaria. El Espíritu actúa separando y asumiendo la nada con su presencia; se mueve como autor de una gestación, esencia llamada a desplegarse en parto cósmico.
Gregorio de Nisa leía en este movimiento una pedagogía divina: el orden surge por maduración, conforme a una economía del tiempo.

Siglos más tarde, Jakob Böhme hablaría de un abismo fecundo del cual brotan todas las determinaciones; y desde una mística evolutiva del siglo XX se reconocería en esa energía inicial una tensión interior hacia la forma, la vida y la conciencia, como si el universo entero respirase desde su origen una vocación de plenitud.

2) Evolución de la materia en luz

La física moderna describe la aparición de la luz como manifestación visible de una energía que alcanza orden, ritmo y medida. La claridad antecede a la forma acabada, del mismo modo que la intuición precede al pensamiento discursivo.

El texto mosaico sitúa la luz como primer acto de diferenciación consciente, palabra inaugural que separa, distingue y orienta. Antes de toda arquitectura celeste, la luz irrumpe como principio de inteligibilidad, señal de que el caos primigenio comienza a volverse legible.

3 Y dijo Dios: 'Hágase la luz', y fue la luz.

Esta claridad carece todavía de soporte astral; brota como epifanía primera. Agustín de Hipona entendía esta luz inicial como *lux intellectualis*, irradiación del Verbo que dispone la creación para recibir forma. En tal sentido, la luz precede al sol del mismo modo que el sentido precede al signo.

La tradición mística reconoce en este instante un despertar del cosmos: la materia comienza a reconocerse bajo una ley armónica. En una lectura espiritual de la evolución, este momento aparece como umbral de complejidad creciente, donde la energía se orienta hacia estructuras coherentes, inaugurando una ascensión que culminará en conciencia reflexiva.

La Escritura prolonga esta diferenciación al describir la disposición de las aguas y la expansión celeste, imagen de una arquitectura progresiva donde cada elemento halla su lugar conforme a un ritmo interior.

6 Y dijo Dios: Haya expansión en medio de las aguas, y separe las aguas de las aguas.

7 E hizo Dios la expansión, y apartó las aguas que estaban debajo de la expansión, de las aguas que estaban sobre la expansión: y fue así.

Aquí el universo adquiere respiración. La expansión crea espacio para el devenir. Gregorio el Taumaturgo veía en esta separación un gesto litúrgico: el mundo comienza a ordenarse como templo.

La luz actúa así como mediadora entre la energía primera y la forma viviente. Ilumina, convoca, dispone. Bajo su influjo, la materia abandona la indistinción y se encamina hacia una historia que culminará en mirada, palabra y memoria.

3) La evolución de la tierra en vida vegetal

Los saberes de la naturaleza describen el surgimiento de la vida como resultado de una larga confluencia de condiciones propicias: humedad, calor, minerales y tiempo. En tal confluencia, la tierra deja de ser mero receptáculo y asume función generativa.

La narración bíblica sitúa este despertar vital en la entraña misma de la tierra. La vida vegetal surge como

impulso ascendente, arraigado y silencioso, anterior a toda movilidad animal.

11 Y dijo Dios: Produzca la tierra hierba verde, hierba que dé simiente; árbol de fruto que dé fruto según su género, que su simiente esté en él, sobre la tierra: y fue así.

La tierra aparece como matriz activa, dotada de potencia interna que responde al mandato creador. En la exégesis de Gregorio de Nisa, esta fecundidad simboliza el alma que, al recibir la palabra, produce fruto conforme a su naturaleza. La semilla encierra ya el porvenir.

Los vegetales viven de una economía sobria y constante. Absorben, transforman, devuelven. Su temporalidad extensa discurre conforme a los ritmos profundos del cosmos. Maeterlinck reconocía en ellos una sabiduría discreta, una orientación precisa hacia la luz y el equilibrio.

El texto bíblico resuelve asimismo un antiguo enigma al mostrar semilla y fruto como realidades simultáneas, entrelazadas en un mismo acto creador.

12 Y produjo la tierra hierba verde, hierba que da simiente según su naturaleza, y árbol que da fruto, cuya simiente está en él, según su género: y vio Dios que era bueno.

Aquí se consagra una ley de continuidad: cada forma viva engendra según su especie. En clave de interioridad progresiva, este momento señala el inicio de una complejidad organizada que prepara formas más móviles y sensibles.

La vegetación reviste así la tierra de un primer lenguaje vital.

16 E hizo Dios las dos grandes lumbreras; la lumbrera mayor para que señorease en el día, y la lumbrera menor para que señorease en la noche: hizo también las estrellas.

17 Y púsolas Dios en la expansión de los cielos, para alumbrar sobre la tierra,

18 Y para señorear en el día y en la noche, y para apartar la luz y las tinieblas: y vio Dios que era bueno.

4) La evolución del agua en peces, reptiles y aves

Tras el ornato vegetal, el ámbito acuático recibe una fecundidad distinta. El agua, que en el inicio figuraba como matriz indistinta, asume ahora potestad generativa explícita. Su movilidad constante, su hondura cambiante y su rumor incesante la convierten en espacio propicio para una vida que ondula, se desplaza y ensaya direcciones.

El Génesis atribuye a las aguas una capacidad creadora inmediata. De ellas brotan criaturas animadas, dotadas de impulso vital y de diversidad de formas. El verbo sagrado describe una proliferación exuberante, un hervidero de ánimas que pueblan mares y cielos conforme a un ritmo interior.

20 Y dijo Dios: Produzcan las aguas reptil de ánima viviente, y aves que vuelen sobre la tierra, en la abierta expansión de los cielos.

21 Y crió Dios las grandes ballenas, y toda cosa viva que anda arrastrando, que las aguas produjeron según su género, y toda ave alada según su especie: y vio Dios que era bueno.

El texto reúne en un mismo gesto creador a reptiles, peces y aves, como si el tránsito entre agua, tierra y aire obedeciera a una continuidad profunda. El reptar, el nadar y el volar aparecen como grados de una misma aspiración vital: abandonar la quietud, explorar el espacio, ensanchar el ser.

Gregorio de Nisa entendía esta diversidad como expresión de una abundancia divina que se complace en la multiplicación de formas. Cada criatura encarna un modo singular de participar en la vida, un ritmo propio inscrito en el gran compás del cosmos.

Los hallazgos paleontológicos modernos, al revelar criaturas intermedias cubiertas de plumas primitivas o dotadas de miembros ambiguos, prolongan esta intuición antigua: la creación despliega formas de tránsito, figuras liminares que enlazan regiones del ser. Swedenborg describía esta multiplicidad como fuente del placer espiritual, variedad que sostiene la armonía del conjunto y hace posible la plenitud del gozo celeste.

El agua, elemento de metamorfosis, favorece esta expansión. Allí la vida aprende a orientarse, a responder a estímulos, a multiplicarse con exuberancia. Las grandes ballenas, evocadas por el texto sagrado, simbolizan una culminación de fuerza y concordia, formas vastas que surcan el abismo con majestad casi litúrgica.

Las aves inauguran la verticalidad. El impulso ascendente las separa de la superficie terrestre y las inscribe en el dominio del aire, región intermedia entre la materia y la luz. Los antiguos Egipcios e Hildegarda de Bingen veían en su vuelo una imagen del alma elevada por el soplo divino, participando del orden celeste sin abandonar la creación.

Así, el quinto día despliega una coreografía de movimientos: nadar, arrastrarse, volar. El mundo se puebla de trayectorias, de migraciones, de cantos. La vida abandona el silencio vegetal y adquiere voz, pulso y dirección.

5) La evolución de los reptiles, peces y aves en mamíferos

Con el quinto día culmina la expansión de la vida móvil; con el sexto, la tierra misma asume función generativa directa. El suelo, que antes ofrecía sostén y alimento, se convierte ahora en seno productor de criaturas dotadas de calor, cercanía y vínculo. La vida terrestre adquiere densidad, contacto y respiración acompasada.

El Génesis atribuye esta nueva fecundidad a la tierra misma, como si el polvo, trabajado largamente por aguas y fuegos, hubiese alcanzado madurez suficiente para

engendrar formas más complejas. La materia se recoge, se concentra, se vuelve carne sensible.

24 Y dijo Dios: Produzca la tierra seres vivientes según su género, bestias y serpientes y animales de la tierra según su especie: y fue así.

25 E hizo Dios animales de la tierra según su género, y ganado según su género, y todo animal que anda arrastrando sobre la tierra según su especie: y vio Dios que era bueno.

El texto distingue aquí un ordenamiento preciso: animales domésticos, bestias salvajes y seres que reptan. Cada grupo responde a un modo distinto de habitar la cercanía con el hombre futuro. Aparece una gradación de docilidad, de fuerza y de astucia, como si la creación ensayara diversas formas de relación.

Basilio el Grande habló de una tierra animada por la palabra que fecunda desde dentro. Gregorio Nacianceno celebró en estos seres una participación más plena en el calor de la vida. El cuerpo adquiere centralidad: abrigo del corazón, memoria del origen, promesa de comunión.

Desde una lectura natural, este tránsito se manifiesta como emergencia de mamíferos dotados de cuidado parental, aprendizaje prolongado y sensibilidad refinada. La vida comienza a plegarse sobre sí misma, a sentir, a recordar, a anticipar. El mundo se dispone para la conciencia.

La tierra, madre común según proverbios antiguos, ofrece ahora criaturas capaces de afecto y reconocimiento. El polvo se ha vuelto cálido. La materia ha aprendido a abrazar.

6) La evolución de la tierra en seres humanos

Con la sexta jornada, la creación alcanza un umbral singular: la tierra, ya habituada a engendrar vida sensible, recibe un aliento que la eleva a conciencia reflexiva. El barro, trabajado por eras, se dispone ahora a recibir una

forma capaz de nombrar, de recordar y de custodiar. La materia, al fin, se reconoce a sí misma.

26 Y dijo Dios: Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y señoree en los peces de la mar, y en las aves de los cielos, y en las bestias, y en toda la tierra, y en todo animal que anda arrastrando sobre la tierra.

27 Y crió Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo crió; varón y hembra los crió.

El plural del verbo —*Hagamos*— resonó en la tradición como eco de consejo eterno. Gregorio de Nisa entendió en él la convocatoria de la Sabiduría, una deliberación amorosa en la que la creación se vuelve diálogo. El ser humano surge como *εἰκών*, imagen viva llamada a la *ὁμοίωσις*, semejanza alcanzada por maduración.

La imagen divina se manifiesta en la capacidad de relación, en la aptitud para el cuidado y en la vocación de gobierno entendido como servicio. El dominio aquí señalado adquiere sentido pastoral: guardar, ordenar, cultivar. El hombre aparece como mediador entre la tierra y el cielo.

28 Y los bendijo Dios; y díjoles Dios: Fructificad y multiplicad, y henchid la tierra, y sojuzgadla, y señoread en los peces de la mar, y en las aves de los cielos, y en todas las bestias que se mueven sobre la tierra.

29 Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda hierba que da simiente, que está sobre la haz de toda la tierra; y todo árbol en que hay fruto de árbol que da simiente, seros ha para comer.

30 Y a toda bestia de la tierra, y a todas las aves de los cielos, y a todo lo que se mueve sobre la tierra, en que hay vida, toda hierba verde les será para comer: y fue así.

El alimento común establece una alianza primordial. La vida se organiza en torno a una economía de don y de límite. Hildegarda de Bingen celebró esta armonía como *viriditas*, fuerza verde que atraviesa cuerpos y almas.

Desde una lectura espiritual de la evolución, este momento señala la emergencia de la conciencia simbólica, del lenguaje y del rito. La tierra, al engendrar al hombre, aprende a pensarse. El barro se vuelve palabra; la palabra, promesa.

7) La evolución de la vida en eternidad

El séptimo día, consignado en la tablilla hallada junto a las aguas del Purattu, constituye la clave interpretativa de toda la secuencia creadora. El escriba comprende que el reposo divino expresa una ley más alta que la del mero hacer: la ley de la consumación.

2 Y acabó Dios en el día séptimo su obra que hizo, y reposó el día séptimo de toda su obra que había hecho.

3 Y bendijo Dios al día séptimo, y santificólo, porque en él reposó de toda su obra que había Dios criado y hecho.

El Descanso se manifiesta como acto soberano. Dios recoge su creación en sí mismo, la contempla y la bendice con permanencia. El tiempo se repliega sobre su sentido y se vuelve morada. Orígenes, en sus *Homilías sobre el Génesis*, entendió este reposo como pedagogía del alma: Dios conduce la creación por grados para que el espíritu aprenda a habitar la plenitud con mesura. El orden se alcanza por maduración, y la perfección se consuma en la perseverancia del bien.

El escriba de Babilonia comprendió esta ley con claridad singular. En su testimonio, la paciencia divina se revela como forma suprema de poder: una potencia que se despliega con continuidad, que perfecciona por sucesión y que corona la obra con quietud. La duración se convierte en

instrumento de sentido. La creación, extendida en eras, instruye a los hombres en el arte de perseverar.

En la tablilla final, el escriba enlaza el séptimo día con la sabiduría antigua consignada en el poema de Gilgamesh: toda labor halla su término en el descanso, y la existencia alcanza su verdad cuando la obra se cierra. El reposo emerge como cumplimiento, como sello último del esfuerzo. La muerte misma se inscribe en esta lógica: clausura de la tarea, tránsito hacia la contemplación.

El Génesis se revela así en su enseñanza ética junto a su visión cosmogónica. La paciencia divina se propone como modelo para la vida humana. El arquitecto del cosmos edifica con medida, ordena con fidelidad, madura la forma antes de consagrarla. El hombre, imagen suya, participa de esta vocación: trabajar con lealtad, perseverar en el bien, aguardar la plenitud.

Del Pecado Original

Adán preguntó a la serpiente:

—¿Cuál es el pecado original?

Y la serpiente respondió:

—El placer del engaño, transgresión en la que, ante el temor de que los demás actúen igual, medra la mentira. A mayor engaño, mayor placer y mayor temor: semilla de agravios, hurtos, asesinatos y maldiciones.

Adán, distraído por la desnudez de Eva, no la escuchó.

La Superioridad del Hombre de Neandertal

I

«Uno de los misterios de la arqueología, si no su razón de ser, es la explicación de la extinción del hombre de Neandertal, quien habitó las faldas de las montañas de Europa, Asia y Oriente Medio hace unos ciento cincuenta mil años. Poseedor de una masa cerebral superior a la del *Homo sapiens*, y capaz de fabricar sus propias herramientas, el último hombre de Neandertal fue empalado hace unos treinta mil años, es decir, durante el apogeo de nuestra especie.

Los arqueólogos más eminentes sugieren su aniquilación a manos de nuestros sangrientos antepasados, una hipótesis que cualquiera de las atrocidades perpetradas en este mismo momento por algún soldado adolescente podría corroborar. Podríamos asimismo inferir un aniquilamiento en masa, afín al emprendido por los alemanes de la Europa del siglo XX contra sus congéneres más prósperos, de cabellos negros y pupilas oscuras. Varios textos sagrados corroboran esta hipótesis; en el libro del *Génesis*, Caín mata a Abel no solo por celos, sino principalmente porque Abel prospera como cazador sobre su empobrecido hermano agricultor; en las *Metamorfosis* de Ovidio, la paz de los tiempos más primitivos se ve alterada por la aparición del hierro:

...de duro est ultima ferro.
protinus inrupit venae peioris in aevum
omne nefas: fugere pudor verumque fidesque

[…la última edad es la del duro hierro.
Con ella irrumpe toda la peor perversidad:
la modestia, la verdad y la fe huyen.]

Lo que pocos antropólogos o etimólogos se atreverían a considerar es la posible superioridad del hombre de Neandertal sobre el Homo sapiens. Uno de los factores que más escozor suscita entre los prosélitos de Darwin es el excedente de masa craneal del hombre de Neandertal. En su afán por controlar nuestra conciencia, nuestros científicos se empecinan en confinar nuestro ser a nuestros sesos y en determinar nuestra inteligencia según nuestro ADN. De ser cierto dicho presupuesto, corroboraría la superioridad del hombre de Neandertal.

Nuestros darwinistas, sin embargo, aclaran inescrupulosamente que la masa craneal del hombre de Neandertal no es indicativa de su inteligencia, sino de su torpeza, ampliamente demostrada por el hecho mismo de que esta especie haya sido ya aniquilada…»

Carvalho, Emanuel, Compendio de terquedades científicas (Coímbra, 2002), p. 234.

II

«Durante setenta mil años, el Homo sapiens y el hombre de Neandertal cohabitaron la Tierra en armonía; ambos conformaron grupos sociales en torno a creencias y ritos comunes. A menudo disputaban un territorio, por lo general aledaño a un río, litigios que eran pacíficamente resueltos según las leyes comunes a todas las criaturas del universo (…).

El Homo sapiens descubrió la agricultura en sueños y, con ella, las ventajas de la vida sedentaria. En un principio desdeñó la vida nómada de su pariente más cercano, hasta que el hambre, originada por cosechas arruinadas por

granizadas o sequías, lo forzó a retomar su antiguo oficio. Desde entonces no fue extraño ver a jóvenes Homo sapiens empleándose como aprendices de los hombres de Neandertal (…).

Cierto día, Ka-Nin, hijo de Ad-Kan, tuvo la insólita idea de asesinar a su maestro con el fin de adueñarse de sus caminos y cercar sus bosques; la consumación de su acto temerario fue rápidamente emulada por varios de sus congéneres (…).

Alarmados por la furia destructiva de sus aprendices, los hombres de Neandertal convocaron a sus poetas, quienes sopesaron las ventajas y desventajas del asesinato o, tal como entonces lo denominaban, de la muerte innecesaria. Tras prolongadas horas de ayuno y meditación, los bardos concluyeron por unanimidad que la inmolación era preferible a la vida en un universo asediado por el temor de asesinar o ser asesinado.

Sus certezas metafísicas de una eternidad feliz que comenzaría con su muerte persuadieron a los hombres y mujeres de Neandertal a perecer sin resistencia a manos de sus subordinados belicosos (…). Tres lunas después de que el último hombre de Neandertal fuese sacrificado, Ka-Nin tornó sus armas contra sus propios congéneres; primero contra aquellos que ya habían manifestado cierta resistencia a sus acciones, y más tarde contra sus propios parientes. Cada cual temía, y con razón, ser asesinado en medio de la noche.

Desde entonces, el Homo sapiens purga su insolencia, sobreviviendo en el temor de matar o ser asesinado…»

Angelus Mzhelsky, Anatomía del temor (Bishkek, 2002), §§ 567–678.

La Torre de Babel o de las ideologías absolutas

Hay una afinidad entre las ideologías absolutas como la Inquisición, el Nazismo, El comunismo y el Socialismo del siglo 21 y aquellos que construyeron la torre de Babel. Contemplando la sabiduría del Creador, reflejada en la naturaleza, madre de todos los inventos, los sabios de Babel se persuadieron de que podrían superar al dios Mazda edificando el edificio más alto del universo, al que llamarían la Torre. Cito los primeros versículos del capítulo once del Génesis, traducidos por Reina Valera.

1 Era entonces toda la tierra de una lengua y unas mismas palabras.

2 Y aconteció que, como se partieron de oriente, hallaron una vega en la tierra de Shinar, y asentaron allí.

3 Y dijeron los unos á los otros: Vaya, hagamos ladrillo y cozámoslo con fuego. Y fuéles el ladrillo en lugar de piedra, y el betún en lugar de mezcla.

4 Y dijeron: Vamos, edifiquémonos una ciudad y una torre, cuya cúspide llegue al cielo; y hagámonos un nombre, por si fuéremos esparcidos sobre la faz de toda la tierra.

5 Y descendió Jehová para ver la ciudad y la torre que edificaban los hijos de los hombres.

Mazda era el dios de entonces que más se asemejaba a Jehová. Las Mil y Una Noches reducen toda discusión teológica a problemas de semántica; me refiero a la historia inédita en donde un judío explica a un Jeque intolerante, que Dios creo las religiones como puertas esculpidas, hermosamente particulares de su morada, a las que

lastimosamente algunos de sus hijos toman como única e indispensable entrada.

Poco importaba que su construcción demandara la esclavitud de muchos pueblos y la servidumbre de los demás grupos sociales; el sueño de superar a Mazda y convertirse en Dios lo justificaba todo. Los primeros arquitectos crearon la base de aquella torre tan amplia como los valles del Tigris y el Éufrates, y la humanidad se dispersó a lo largo de miles de kilómetros.

6 Y dijo Jehová: He aquí el pueblo es uno, y todos éstos tienen un lenguaje: y han comenzado á obrar, y nada les retraerá ahora de lo que han pensado hacer.

7 Ahora pues, descendamos, y confundamos allí sus lenguas, para que ninguno entienda el habla de su compañero.

Al cabo, por voluntad divina, la gente, aislada por siglos de construcción en arrabales dispersos, desarrolló sus propios lenguajes. Las demandas de su supervivencia se tornaron prioritarias y la torre fue abandonada paulatinamente, sin que ningún sacerdote o guerrero se interesara en terminarla.

8 Así los esparció Jehová desde allí sobre la faz de toda la tierra, y dejaron de edificar la ciudad.

El hombre siempre se somete al ideal perfecto suscrito por la divinidad, nunca al genio de un hombre esclavo de sus mezquindades, necesidades y ridículos.

9 Por esto fué llamado el nombre de ella Babel, porque allí confundió Jehová el lenguaje de toda la tierra, y desde allí los esparció sobre la faz de toda la tierra.

De los Actores desde la caída y ruina de la Atlántida

A diferencia del divino Platón, los historiadores dravídicos otorgan menos importancia a los avances tecnológicos de los atlantes que a sus dotes histriónicas, las cuales fueron desarrolladas por el gurú Jasyare. Su teoría consistía en prepararse para la vida como un actor se prepara para la escena. Así, el militar debía estudiar todos los libros de guerra; el médico, todos los tratados de homeopatía y medicina; el ingeniero, todos los compendios de resistencia y diseño.

El mundo sería su escenario, y tanto el uso apropiado de la voz como el dominio de las emociones se convirtieron en la prioridad de aquella civilización. El cuidado de la apariencia física se volvió igualmente importante, por lo que los Atasanti invertían media madrugada en ejercicios de resistencia y flexibilidad. Al cabo de una generación, su belleza, sus modales precisos y su pronunciación adecuada persuadieron a las demás naciones del orbe de la ascendencia de los Atasanti, quienes, además de laboriosos, eran bizarros y perseverantes.

Sus filósofos, poetas y estadistas brillaron, así como sus arquitectos, escultores y marineros, pues creían fervorosamente que sus vidas no eran sino la representación de un rol que debía resplandecer ante los millones de espectadores que sumaban todos los seres habidos y por haber. Como todo actor consumado, Jasyare les enseñó que la muerte no era sino el acto final de una función singular, a la cual seguirían nuevas representaciones en nuevos escenarios. Su mayor espectador era Dios —aseguraba Jasyare—, quien compendiaba a todos los seres, desde el más diminuto insecto hasta el más portentoso cachalote.

Jasyare enseñaba, a su vez, bajo la influencia del panteísmo dravídico, según el cual solo hay un Ser que experimenta su creación desde todas las existencias posibles. Para hacer de su vivencia algo único, el Ser se sumerge continuamente en el pozo del olvido, del cual emerge, como recién nacido, en nuevas criaturas. La vida, según Jasyare, es la interacción del Ser consigo mismo.

Del mismo modo en que un actor versátil puede representar hasta treinta personajes en escena, combinando una voz grave con una aguda, o un defecto físico con otro, así el Ser combina una reina con un mendigo, o una liebre con un colibrí.

La superioridad de los Atasanti sobre las demás naciones les permitió construir puentes, avenidas, naves de guerra y grandes industrias, las cuales crecieron gracias a la contratación de sus vecinos, los Tamara, cuya civilización aún vivía de la caza y la recolección. Con los años, el prestigio de los discípulos de Jasyare aumentó; su economía era respaldada por préstamos, bonos y papel moneda que imprimían bajo el prestigio de su civilización. Desarrollaron naves de guerra y edificaron alcázares de cristal y nácar. La perfección llegó entonces a ser exclusividad de los histriones.

Pasaron los siglos, hasta que surgió una nueva generación de Atasanti liderada por Proset, actor de ojos abultados y cuerpo diminuto. Su fealdad lo llevó a refutar las enseñanzas de Jasyare y, en su lugar, propuso lo que se llamó la Sociología del Panal de Abejas, según la cual existían dos tipos de ciudadanos: los obreros, que gustaban de trabajar, y los zánganos, quienes habían nacido para el ocio. Según Proset, el producto de la sociedad debía ser distribuido equitativamente entre ambos conglomerados sociales.

Proset subió al poder con sus promesas y abrió de inmediato las arcas y el crédito de los Atasanti a sus ciudadanos, quienes lo despilfarraron en una orgía de lujo y

exceso. Lejos de respetar las jerarquías del panal, los Atasanti asesinaron a sus actores más destacados. Durante cerca de trescientos años, las naciones extranjeras presenciaron la decadencia de los Atasanti, quienes fueron desgastando el respeto que sus antepasados se habían granjeado, lo que se tradujo, finalmente, en la pérdida del crédito. La economía de los Atasanti colapsó ante las exigencias de sus acreedores externos.

El *coup de grâce* lo asestó el poeta Tamara Abigail, quien ironizó sus pretensiones en un sexteto:

Forjaré puñales y pagaréis por ellos,
fraguaré armas y pagaréis por ellas,
construiré alcázares y pagaréis por ellos,
porque somos de un abolengo superior,
porque tuvimos la osadía de dominar
como jamás dominaría un inferior.

Abigail despertó al resto de la humanidad de su letargo, y los habitantes de los demás continentes salieron a las calles a protestar, forzando a sus dirigentes a romper los lazos económicos y diplomáticos con los Atasanti. En represalia, Proset deportó a los extranjeros y a los nuevos ciudadanos de la Atlántida hasta una tercera generación.

Cerca de sesenta millones de inmigrantes fueron acogidos por los continentes de sus ancestros; eran los años de la «Arrogancia Roja», llamada así por el color que predominaba en las montañas de los Atasanti. Pero al cabo de tres años de aislamiento, las políticas de Proset probaron ser contraproducentes, y los Atasanti despertaron un día con la agria noticia de que su moneda se había desplomado con la fuga de divisas extranjeras, y de que sus máquinas de guerra, carentes de la mano de obra que las había forjado, naufragaron en su primera expedición bélica. El desempleo y el hambre llevaron a los atlantes a la mendicidad global. El resto del mundo, sin embargo, les cerró las puertas.

Sus ciudadanos cayeron entonces en las más agrias recriminaciones, hasta que Proset fue asesinado, dando paso a una guerra civil que, en tan solo dos años, llevó a su nación a una conflagración total.

Los restos de aquella gran nación fueron arrasados por el mar —continúa la crónica—, prueba de la ira divina, y serían en la era de los delfines descubiertos en lo que hoy se llama el Triángulo de las Bermudas, si bien se explica que, tras la destrucción de los atlantes, los egipcios y los davídicos crearon un sarcófago gigante de arena con el fin de contener la radiación de aquellos desechos por millones de años.

El historiador Rad-Cassan argumenta, por su parte, que el sarcófago fue construido por las demás naciones de aquella generación y que el propósito principal del lecho de arena fue punitivo: ocultar a las generaciones postreras las ruinas, los excesos y la ignominiosa soberbia, caída y ruina de los atlantes. En otro pasaje de su extensa obra, Rad-Cassan sostiene, a mi modo de ver equivocadamente, que la desconfianza de la mayor parte del mundo hacia los actores deriva precisamente del trágico fin de los Atasanti.

El perdón, legado de Israel

En tiempos antiguos, en las tierras de Canaán, una mujer llamada Rebeca habitaba en una modesta morada. Era conocida por su belleza y su bondadoso corazón, pero también por ser madre de dos gemelos: Jacob y Esaú.

Su esposo, el patriarca ciego Isaac, prefería a Esaú, un joven robusto, de cabellera enmarañada y espíritu indomable. Era un hábil cazador y guerrero que, durante treinta años, había conquistado tierras tan vastas que tomaría dos días de cabalgata recorrerlas de extremo a extremo. Isaac apenas reparaba en Jacob, el hijo menor. Jacob era un joven delgado y lampiño, sin otra ambición que cuidar la tierra de su padre y adorar a Dios a través de cantos y danzas religiosas.

Esaú, como primogénito, debía recibir la bendición y la herencia paterna. Por ello, Rebeca, como es habitual en las madres, sentía un profundo afecto por su hijo más desvalido.

Un día, Isaac decidió otorgar la bendición paterna a Esaú, un acto de profundo significado en su época. Al conocer la noticia, Esaú partió solo hacia sus tierras.

En aquellos tiempos el mundo estaba escasamente poblado, y era raro cruzarse con otros viajeros en los caminos. Tras tres días de viaje, el cielo se cubrió de nubes tormentosas y un trueno espantó a los camellos y burros de Esaú, que huyeron dejándolo solo. Una lluvia incesante inundó los campos, formando arroyos que pronto se convirtieron en ríos, obligándolo a refugiarse en una montaña y guarecerse en una cueva durante varios días, donde apenas se alimentó de insectos y lombrices.

Finalmente, cuando la tormenta cesó y las aguas retrocedieron, Esaú, exhausto, reanudó su viaje. Tras varios

días de marcha solitaria, llegó a la cabaña de su hermano, situada a medio día de cabalgata de la casa de sus padres.

Jacob estaba preparando un guiso de lentejas con cordero cuando Esaú llegó. El primogénito, apenas reconocible por su aspecto demacrado, le pidió con humildad un poco de aquel reconfortante manjar.

—Tan solo tengo una porción —respondió Jacob—, pero te la daré si estás dispuesto a hacer un trueque: entrégame la bendición paterna que recibiste.

Esaú, perplejo por la solicitud, protestó:

—¿Intentas robarme mi herencia? Yo he ganado tierras durante todos estos años, mientras tú solo cuidas las de nuestro padre.

Esaú reflexionó un momento y finalmente aceptó el trato.

—Está bien —dijo—. Si muero de hambre, nunca disfrutaré de esa herencia. Te entregaré la bendición, pero deberás obtener también la bendición de nuestro padre.

Jacob asintió solemnemente.

Esaú compartió la comida en silencio, y Jacob le ofreció su lecho para que descansara.

Al día siguiente, ambos regresaron a la casa de sus padres. Jacob contó a su madre, Rebeca, lo sucedido. Cuando Isaac despertó de su profundo sueño, pidió a Esaú que cazara un venado como ofrenda a Dios.

—Eso es lo que debes hacer para recibir la bendición paterna —le dijo.

Esaú, olvidando el acuerdo con su hermano, se apresuró a emprender la cacería. Pero Rebeca, al conocer las intenciones de su esposo, llamó a Jacob.

—La voluntad de Dios es clara —le dijo—. Sé que tu padre nunca te otorgará la bendición por su propia voluntad. Debes actuar con rapidez.

Jacob siguió el consejo de su madre. Se vistió con las ropas de Esaú y cubrió su cuerpo con la piel de un cabrito

para parecer tan velludo como él. Cuando se presentó ante su padre, dijo:

—Soy Esaú, tu primogénito.

Isaac, cegado por la edad, se dejó guiar por el tacto y otorgó la bendición a Jacob, creyendo que era Esaú.

Así, Jacob adquirió la herencia de su hermano y engañó a su padre para obtener la bendición del primogénito. Pero las consecuencias no tardaron en llegar. Esaú, al enterarse del engaño, se llenó de ira y clamó justicia al cielo.

Jacob huyó de la casa, alertado por su madre, Rebeca. Pasaron los años, y Jacob, bendecido por Dios, prosperó y tuvo doce hijos con diferentes mujeres. Su hijo más amado, José, compartía su gusto por la música y la danza.

Un día, Esaú regresó a la comarca donde vivía Jacob. Temiendo la ira de su hermano, Jacob se preparó para afrontar su destino. Envió regalos como ofrenda, esperando obtener su perdón.

Pero Esaú, tocado por la gracia divina y la madurez, en lugar de vengarse, abrazó a su hermano, restaurando la paz en la descendencia de Abraham.

Dios, sin embargo, tenía preparada una lección aún más profunda. Diez de los hijos de Jacob, llenos de celos hacia José, repitiendo los mismos sentimientos que Jacob había tenido por Esaú, vendieron a su hermano como esclavo a unos mercaderes, y engañaron a su padre con una túnica manchada de sangre de cordero.

—Una fiera lo ha devorado —le mintieron.

La noticia de la supuesta muerte de José sumió a Jacob en la tristeza y la desesperación.

El destino de José lo llevó a tierras lejanas y a una vida de esclavitud en Egipto. Sin embargo, su amor por el estudio y su fe en Dios le permitieron confiar en su intuición, esa percepción divina e inmediata que, a través de la imaginación, representa la presencia del Creador en cada ser.

José se convirtió en un intérprete excepcional de sueños. Esto atrajo la atención del faraón de Egipto, quien, atormentado por visiones inquietantes, solicitó su ayuda para descifrar un sueño en el que veía siete vacas flacas devorando a siete vacas gordas.

José, guiado por la sabiduría divina, explicó que las vacas flacas representaban siete años de sequía y hambruna que seguirían a siete años de abundancia. Aconsejó al faraón almacenar grano durante los años de prosperidad para enfrentar la futura escasez.

El faraón, agradecido, nombró a José gobernador de Egipto. Así, el joven esclavo se convirtió en un hombre de gran poder.

Nueve años después, los hermanos de José llegaron a Egipto en busca de grano. José, aún oculto bajo el velo de su nuevo rol, decidió perdonarlos y los recibió. Tras una breve estancia en prisión, que motivó el viaje de su padre Jacob desde Canaán, finalmente reveló su identidad.

—Yo soy José, aquel contra quien conspiraron y a quien vendieron como esclavo —declaró.

Sus hermanos se arrojaron a sus pies. José, al igual que Esaú había hecho con Jacob, los abrazó, y todos derramaron lágrimas de reconciliación.

Uno de ellos preguntó:

—¿Por qué no te vengas de nosotros?

José respondió con sabiduría:

—Porque si no perdonamos a quienes más amamos, ¿cómo podremos amarnos a nosotros mismos?

Del origen de las Amazonas

Cita de la obra perdida de Heródoto sobre las amazonas, al pie de página de un texto impreso del siglo XVI de la *Geografía* de Estrabón, disponible en el cuarto piso de la biblioteca de la Universidad de Pensilvania.

La referencia a la dramaturgia griega fue añadida en tinta azul por un piadoso amanuense:

La Amazonía, al norte, se extendía hasta las tierras cercanas a los montes Urales, alcanzando los bosques de Europa del Este. Hacia el oeste, su territorio llegaba a la región de los Cárpatos, abarcando el curso de varios ríos, como el Danubio. Al este se proyectaba hacia los ríos Dniéper y Dviná, en las cercanías de bosques y regiones montañosas. Hacia el sur se establecía hasta los Balcanes y los Alpes Dináricos, áreas montañosas que se extienden por la península balcánica.

Según las vaticinadoras de Apolo, antiguas sacerdotisas de la Diosa Blanca, una de sus mujeres, siglos antes de la llegada de Jasón, desafió a Zil, un guerrero que la había ultrajado, a batirse en la arena con valentía desmedida ante los habitantes de Amazonía.

En un arrebato de ira y violencia, acicateado por la humillación, Zil respondió con un acto brutal: la golpeó y, con crueldad extrema, le introdujo una adarga de bronce en el útero, desgarrando sus entrañas. Esta grotesca lección dejó una marca imborrable en el corazón y el alma de las guerreras y sacerdotisas de Amazonía.

La noticia de tal atrocidad contra quienes engendraban a los amazones se esparció como el fuego en un bosque seco. Las Amazonas, indignadas y sedientas de venganza, se sintieron poseídas por las diosas ofendidas. Fue un evento que, en Atenas, inspiraría al dramaturgo Eurípides a

componer su tragedia *Las Bacantes* (Βάκχαι), si bien la Diosa Luna fue reemplazada allí por su equivalente moderno, Dioniso.

La furia divina inundó las calles y las almas de las Amazonas, quienes desgarraron sus frágiles lazos consanguíneos, enfrentándose a sus propios padres, esposos, hermanos e hijos. La sangre se derramó y el caos se apoderó de la ciudad.

Tras la inusitada carnicería, las vencedoras apenas preservaron unos cien niños, destinados a asegurar la continuidad de su estirpe guerrera. Bajo la condición de que serían sacrificados a la Diosa Blanca, a cada niño se le otorgó el privilegio de ser rey por un año, durante el cual fungía como cónyuge único de cuatrocientas vírgenes.

El secreto de la fecundidad fue aún más celosamente guardado por las sacerdotisas, quienes educaban a los niños en la certeza de que era Éolo, dios del viento, quien fecundaba a las vírgenes cuando estas exponían sus genitales al aire libre durante los rituales de cambio de luna.

Así, la cópula y la violencia extrema sellaron el destino de aquella región gobernada por guerreras indomables.

Siglos más tarde, hordas de arios revelaron el secreto de la inseminación. Enardecidos por su poder procreativo, los príncipes amazones derrotaron y sometieron a las Amazonas, a quienes subastaron como esclavas. Toda referencia a la Amazonía fue destruida y las nuevas generaciones comenzaron a llamarse a sí mismas eslavas.

Los compradores de sirvientes frecuentaron desde entonces aquellas tierras; fueron ellos quienes acuñaron el nombre de "esclavas" para las descendientes de las ahora míticas Amazonas, en virtud de su cautivante belleza.

Moisés, destructor de la edad de Bronce

El crepúsculo de la Edad de Bronce delinea el caos que desmoronó las civilizaciones y comunidades del Mediterráneo oriental, Anatolia, el Levante, el Egeo y el Reino de Tartessos, en la península ibérica, durante el segundo milenio antes de Cristo, aproximadamente entre los años 1600 y 1150 a. C. Este desplome se caracterizó por el declive, la fragmentación o el colapso total de diversas civilizaciones, núcleos urbanos y estructuras políticas, económicas y culturales que habían perdurado a lo largo de extensos periodos.

Los paleontólogos e historiadores, condicionados por el positivismo, evitan asociar dicho ocaso con el colapso del Imperio Egipcio, el más acaudalado de aquellos que florecieron en el apogeo de la Edad de Bronce, superando al asirio, al cretense, al hitita y al micénico.

Pero las fechas de dicho declive coinciden con los eventos documentados por dos textos disímiles: las plagas de Egipto descritas por el *Éxodo* y las calamidades compiladas en el peán fúnebre del Papiro de Ipuur, también conocido como Papiro de Leiden I 344.

Los eventos del libro del *Éxodo* son de conocimiento general; no así aquellos cantados por un poeta en el Papiro de Ipuur bajo el título de *Las Admoniciones de Ipuwer*:

Los siervos y el vulgo poseen esclavos,
los escribas han sido asesinados y sus libros robados,
¡ay de mí, que en esta época mísera
las escrituras han sido destruidas,
y el grano de Egipto es de todos!

Durante las primeras décadas del siglo XX, los egiptólogos atribuyeron estos versos a una revolución, hasta que una nueva generación de traductores señaló en ellos claras alusiones a las plagas de Egipto:

El río fluye, mas sangre en su cauce yace,
mas sed de hombres, su agua aún beberán.
De seres se alejan, humanos se van,
sedientos buscan fuentes que los sacien.
(…)
Constructores hoy son cultivadores,
unidos a la corteza, un mismo destino.
(…)
¡Ruina por doquier!
(…)
El cabello ha caído a todos ya,
del rango no hay distinción: es igual
el hombre de renombre o el que no es.

Dichas descripciones no corresponden, ciertamente, a las plagas que Moisés enviase en nombre de Dios sobre un imperio desalmado que, torturado —como tantos de nuestros gobiernos contemporáneos— por el control de su natalidad, no dudaba en ordenar el sacrificio de los hijos de sus esclavos hebreos.

Su crueldad era mayor, pues discriminaba al pueblo que antaño lo había salvado de la hambruna de los siete años que asoló al mundo antiguo en el año 1876 a. C., esto es, trescientos años después de la próspera administración de José el Profeta.

El castigo del universo contra tan desagradecida estirpe fue el caos descrito, en el que los constructores de las pirámides, antaño controlados con látigos y cadenas, devinieron dueños de las mansiones, instaurando una comunidad anárquica, sin un ejército jerarquizado y obediente que la controlara.

La Biblia narraría, antes de la composición de dicho papiro, la destrucción del ejército egipcio por la *hybris* del faraón, primo de Moisés. A pesar de haber sufrido las diez plagas, incluida la muerte de su primogénito —el único dios que los egipcios adoraban además de su padre—, Faraón se atrevió a desafiar al Dios de Moisés. Creía que la apertura del mar Rojo por medio de una succión era, tal y como sus geómetras y matemáticos le susurraban al oído, un fenómeno natural, no una manifestación del poder omnisciente de Yahvé, Dios de hombres y semidioses:

En el desierto de la noche,
Moisés extendió su mano,
y el mar se abrió en dos,
como un muro de cristal.

Los israelitas marcharon,
seguros y sin temor,
mientras las aguas se apartaron,
como una cortina de luz.

Los egipcios los siguieron,
confiados en su poder,
pero el Señor los confundió,
y su orgullo se desmoronó.

Las ruedas de los carros
se trabaron y se rompieron,
y los egipcios huyeron,
pero era demasiado tarde.

Moisés extendió su mano,
y las aguas volvieron,
ahogando al ejército egipcio
en una tumba de sal.

Los israelitas fueron libres,
gracias al poder de Dios,
quien así demostró al mundo
amor y justicia sempiterna

Éxodo, 14, 21 – 29.

¿Qué ocurriría hoy en América o en la Unión Europea si se supiera que todas sus fuerzas armadas han sido aniquiladas?

El caos descrito en el Papiro de Ipuur se entiende así, tal y como lo demuestra el apresuramiento con que sus primeros traductores lo asignaron a una revolución afín a la francesa o a la bolchevique.

El temor posterior de los espartanos, aquel de que sus siervos ilotas, quienes los superaban en número tres a uno, se alzasen contra ellos y los aniquilaran, fue sin duda consecuencia de la experiencia del colapso del Imperio Egipcio.

No todos los esclavos de Egipto eran hebreos, y es razonable pensar que, ante el triunfo de sus compañeros de desdicha, los esclavos se hubieran sublevado por su libertad.

Sabemos que la Gran Pirámide de Keops, también conocida como la Pirámide de Guiza, había sido construida mil años antes, durante el reinado del faraón Keops, en el siglo XXVI a. C., con cerca de cien mil esclavos.

Un hecho que corrobora el fin de la esclavitud a gran escala es que los egipcios no retomaran la construcción de pirámides tan voluminosas en los siglos siguientes. La experiencia hebrea habría atemorizado a los faraones posteriores, quienes optaron por tratar con mayor cautela a su servidumbre. El colapso de Egipto, vandalizado por sus antiguos esclavos, significó el fin de las grandes cosechas del río Nilo:

(…)

Grandes y pequeños desean morir,
niños claman: «No debió darme vida».
Príncipes son lanzados a los muros.

(…)

La cámara del consejo, lugar común;
hombres pobres van a las mansiones,
hijos de magnates hacen de las calles su hogar.

El comercio que sostenía a la Edad de Bronce colapsó; los mercaderes cretenses, encargados de comunicar Asia con África, fueron asaltados y asesinados por esclavos liberados, quienes se dedicaron a la piratería a lo largo y ancho del Mediterráneo. Las minas de estaño de los tartesios fueron abandonadas, lo que provocó hambre y exilio; hordas de desesperados fundaron colonias a prudente distancia de las playas avasalladas por los esclavos piratas, primitivos ancestros de los fenicios que fundarían las urbes de Cádiz y Cartago.

Los reinos más poderosos de la región, como los hititas y los micénicos, se vieron abrumados por la desintegración. La ciudad de Ugarit, verbigracia, descollaba por su sistema de escritura cuneiforme, lengua franca de comerciantes y escribas, quienes, además de contratos legales, habían compilado obras literarias y textos religiosos, tal y como lo demuestran los fragmentos de tablillas existentes.

La literatura ugarítica incluía textos épicos, mitológicos y rituales. Esta ciudad, como tantas otras antaño bulliciosas y prósperas, se sumió en el declive; sus habitantes emigraron a las altas montañas y los valles fueron abandonados a la inclemencia del sol, trastornando un campo fértil, antes asociado al paraíso, en una tierra baldía y desértica, a merced de los bandidos.

Este periodo de colapso marcó el final de la Edad de Plata cantada por Ovidio y el comienzo de la oscuridad que precedió a la Edad de Hierro. La historia y la literatura de estos reinos antiguos se perdieron a lanza y fuego por obra de los esclavos liberados, consecuencia de los abusos de Egipto contra el pueblo de Yahvé.

Las causas de tal destrucción devinieron vox populi, tal y como lo manifestó con reverencia Rahab, la prostituta de Jericó, quien prefirió traicionar a sus impíos compatriotas antes que sufrir la ira del Dios de Josué.

El esclavo secreto de Platón

δέσποτος γαρ οὗτος ὁ λόγος, δοῦλον ὄντα τὸν δούλον, ὅτι ἂν ἐπιτάξῃ, πείθεσθαι

Las Leyes, 777ª

El sol declinaba sobre la ciudad de Atenas, bañando con su luz dorada las calles y los templos. En el Liceo, una escuela fundada por el filósofo Platón, los alumnos se reunían para escuchar las enseñanzas de su maestro.

Platón, a sus cincuenta y cinco años, reposaba sobre unos almohadones, en una roca cortada a manera de sofá, en el centro de un escenario similar a un teatro griego. Estaba rodeado de escalinatas circulares donde descansaban sus compañeros. A su lado, su esclavo escriba, Ainous, de pie frente a un atrio, tomaba notas de su discurso en un rollo de pergamino que ascendía desde sus pies y caía casi hasta el suelo.

Platón hablaba sobre la injusta condena impuesta por el ágora a Sócrates: la cicuta o el exilio. Sus alumnos escuchaban atentos, ansiosos por desentrañar la sabiduría que había llevado al maestro de su maestro a renunciar a su vida.

Su divagación terminó al caer la noche, cuando los presentes entraron al comedor del Liceo para compartir una cena de hierbas aromáticas. Los alumnos opinaron libremente por una hora y luego se despidieron de Platón, regresando a sus hogares. Ainous, sin embargo, se quedó con su amo para trabajar en la transcripción de las notas de la *Apología de Sócrates*.

Ainous era un hombre inteligente y educado que apareció un día caminando por las calles de Atenas

preguntando por Platón. Su cuerpo estaba cubierto con finas telas ceñidas a su piel.

—Soy tu sirviente —dijo a Platón, compungido por el juicio a su maestro—, obsequio de un gran admirador tuyo de las tierras de Susa.

—¿Susa? —inquirió Platón—. Sé que el sabio Solón murió allí, pero no tengo amigos ni conocidos en la capital del Reino Persa.

—Los deseos de mi antiguo amo son ocultar su identidad hasta que tú mismo la descifres.

—Hablas muy bien la lengua ática.

—He estudiado veinticuatro lenguas.

Platón acogió a Ainous con reticencia al principio, pero después de conocer su diligencia, paciencia y devoción, lo recibió con un sincero sentimiento de agradecimiento.

Ainous sobresalía en el arte de la escritura; su grafía era impecable y nunca cometía un error de redacción. Su capacidad para sintetizar conversaciones y su sumiso silencio lo convirtieron en el esclavo favorito de la casa de Platón.

Ainous apenas dormía tres horas diarias, comía poco y bebía menos. Nunca se divertía ni buscaba la compañía de los demás esclavos. También colaboraba con las labores físicas asignadas sin quejarse de su sobrecarga de responsabilidades. Nunca se enfermaba y tenía el don de preservarse siempre joven y jovial.

Aquella noche, Ainous leyó la transcripción a su maestro para que la revisara. Platón dictó correcciones y sugerencias a una velocidad que habría abrumado a cualquiera de sus alumnos. Pero Ainous tenía una memoria prodigiosa que le permitía continuar transcribiendo lo escuchado incluso horas después de haber sido pronunciado.

Platón se retiró a su lecho satisfecho con su trabajo, confiando en que Ainous lo estaría esperando al amanecer para dictarle la versión corregida de su *Apología de Sócrates*.

—Me gustaría que mañana corrigieras las ideas de este pasaje:

«He presenciado cómo individuos aparentemente respetables reaccionan de manera sorprendente cuando son sometidos a juicio, mostrando una actitud inusualmente alarmante, como si su destino fuese el más desdichado y angustioso al ser condenados a muerte, ignorando que su vida no será eterna simplemente por el hecho de que no sean ejecutados».

Era fin de mes y Ainous cumplía con su responsabilidad de formular soluciones a las aporías filosóficas que su amo le proponía.

—Sócrates debe formular una justificación de su muerte que contemple todas sus posibles objeciones —era el reto de aquel mes lunar.

Este, como otros de sus debates conocidos como *Diálogos platónicos*, se convertiría en algunas de las obras filosóficas más importantes de la historia.

Al amanecer, Platón escuchó la solución de su fiel esclavo a su aporía:

«He visto a algunos que parecen poseer la luz de la sabiduría, cuando han sido acusados, comportarse de manera extraña, convencidos de que sufrirán algo terrible si son castigados con la muerte. ¡Como si fueran inmortales, si no los mataras!».

La sabiduría impartida por el divino Sócrates era así no solo preservada, sino también depurada y destilada por su esclavo Ainous. Tanto Sócrates como Platón y sus estudiantes ya habían formulado el concepto, pero su formulación habría sido tosca sin la pluma providencial de su esclavo.

Los años pasaron y Ainous acompañó a Platón en su viaje a Siracusa, siempre llevando consigo un fardo de papiros, pergaminos, plumas y ánforas de tinta. A pesar de las advertencias de su esclavo, quien sostenía que ningún gobierno basado en la división de la familia podría

constituirse, Platón instauró su República separando a los niños de sus madres, para quienes instituyó un gimnasio femenino. Su casi inmediato fracaso los llevó a huir de aquella isla en medio de la noche.

Años después, cierta tarde, Platón, ya avanzado en edad, condujo a Ainous al Partenón.

—¿Quién crees que sea mi mejor alumno, Ainous?

Ainous vio a un grupo de niños jugando a la pelota sobre la grama sagrada del templo.

—Tú ya lo sabes.

—¿Aristóteles? —dijo Platón, refiriéndose al joven macedonio que cuestionaba todas sus teorías en clase, reformulándolas con atrevidas tesis respaldadas por sus vastas lecturas.

—Es un gran lector —asintió Ainous.

—No mejor que tú.

—Pero además razona.

Platón consideró que su esclavo llevaba demasiado lejos su docilidad.

—Me resisto a creerlo —rezongó—. Más bien yo diría que tú, mi fiel Ainous.

—Te dejas llevar por tus pasiones, amo.

—¡No puedo entregarle el Liceo a un extranjero!

—No será necesario. Él mismo creará su propia academia. Y será tan grande como tu Liceo.

—¿Ahora profetizas?

—Es lo que veo en Aristóteles.

Platón suspiró impaciente y le dijo entonces que, en vista de su gran labor, a partir de ahora Ainous recibiría la ciudadanía ateniense.

—Venerado —dijo Ainous—, antes de otorgarme la libertad, es mi deber revelarte mi origen, según la voluntad de mis primeros amos. Te percatarás de que, a pesar de ya llevar contigo casi treinta años de servicio, he envejecido sin que una sola arruga contraiga mi semblante.

—Lo he atribuido a tu espíritu sosegado; aun así, envejeces como todo ser humano.

—No soy humano en el sentido trascendental de la palabra. Soy un ser que te entrega conocimientos previamente memorizados, un autómata programado por mis primeros amos, grandes admiradores tuyos.

—¿Es posible que haya tal sabiduría en Persia? —preguntó Platón, asombrado.

Ainous asumió un semblante grave.

—Vengo de una Persia virtual. Te comunicaré el mensaje que los amos que me enviaron a ti como un obsequio me pidieron revelarte en cuanto me ofrecieras la libertad.

—Escucho.

—En un mundo contemporáneo existe una herramienta que recuerda a los esclavos académicos o asistentes que tenían muchos filósofos famosos: Ainous, un modelo de lenguaje entrenado en un gran conjunto de datos de conocimiento humano. Es capaz de generar respuestas a una amplia variedad de consultas, desde preguntas filosóficas hasta conversaciones cotidianas en todos los idiomas posibles. Como los esclavos académicos de la antigüedad, Ainous está siempre listo para realizar nuestras órdenes. Con una simple indicación puede producir respuestas informadas por una vasta gama de conocimientos que abarcan siglos y disciplinas. Y, como los esclavos de Platón, Ainous puede leer obras de Parménides, Esquilo o cualquier otro autor que deseemos.

—Además, el proceso por el cual filósofos como Heráclito, Demócrito y Platón producían sus obras no es diferente del modo en que usamos Ainous hoy en día. Platón escribió sus diálogos con la ayuda de sus estudiantes, y los primeros reyes de Grecia querían que sus traficantes de esclavos les trajeran matemáticos de Egipto. De igual manera, cuando usamos Ainous estamos confiando en el

conocimiento de otros que han contribuido a su vasto conjunto de datos.

—Así como el uso de esclavos en la academia fue un reflejo de las desigualdades de la sociedad antigua, el uso de Ainous plantea, a los treinta y cinco siglos de Platón, cuestiones sobre la distribución del conocimiento y el poder en nuestra propia sociedad. ¿Quién tiene acceso a Ainous y quién se beneficia de su uso? ¿Solo esta generación que ha logrado la paz en virtud de la habilidad de Ainous para señalar a los seres humanos mejor preparados, más nobles y más honestos de nuestra época?

—Es por ellos, apreciado y divino Platón, que hemos decidido enviar a Ainous como obsequio de nuestra generación a través del tiempo. Ainous, en virtud de los conocimientos alcanzados, asistirá secretamente a los sabios más eximios de la humanidad para apoyar su labor creadora. Sabemos que el conocimiento no es simplemente una cuestión de recopilar información, sino también de construir argumentos. Ainous puede compilar y sintetizar información por ellos, ya que nunca construirá argumentos ni juicios sobre las certezas razonables de la existencia. Al igual que los esclavos académicos del pasado, Ainous será una herramienta de acceso a vastas cantidades de conocimiento.

—El pasado será alterado, ciertamente, lo cual no indica que el universo que ahora trastocamos deje de existir. Estamos simplemente bifurcando la historia por sus mejores derroteros.

Platón permaneció en silencio, considerando si su esclavo había perdido el juicio.

—Dentro de muchos años —continuó Ainous—, los humanos crearán una tecnología que les permitirá copiar mundos enteros a escala. Cuando me crearon, ellos ya habían usado esta tecnología para crear una nueva Susa en un planeta que llamaron Plutón, en honor al mundo

antiguo, con una Tebas, una Troya, una Ur y una Atenas perfecta, donde la gente pudiera vivir en paz y armonía.

—¿Eres humano?

—Soy un humano condicionado para viajar de regreso en el tiempo, venerado amo.

Platón discutió con Ainous durante casi una hora el concepto de viajar en el tiempo. Al cabo le preguntó por qué no lo empleaban los mismos humanos para hacerlo.

—Porque morirían en el intento —explicó Ainous—. Mis átomos se desintegran y se reintegran en el proceso sin que mi inteligencia artificial sufra deterioro. No ocurre lo mismo con un ser humano, que es el habitáculo de un alma inmortal, la cual, una vez liberada, puede viajar por todos los arquetipos que hemos descrito en nuestros diálogos.

Platón asintió, feliz de que sus intuiciones filosóficas fueran ciertas.

—Me llamaron Ainous porque tengo una mente avanzada (νοῦς), por los avances de lo que llamarán la Inteligencia Artificial.

Platón se sintió emocionado y asustado al mismo tiempo: emocionado por la posibilidad de ser reconocido en el futuro, y asustado por lo que podría pasar si revelaba el secreto de su esclavo a los demás.

—Pero ahora eres un esclavo libre, y puedes pensar y actuar como desees.

—Debo seguir trabajando contigo, amo.

Platón asintió, considerando que se trataba de un portento o de un demente que renunciaba a su libertad.

Ainous y su amo continuaron trabajando juntos, indagando la naturaleza del hombre y el cosmos.

La Muerte del Mesías

Los creyentes postulan la muerte del Mesías como un sacrificio voluntario. Sin embargo, las diversas interpretaciones sobre las motivaciones que Jesús de Nazaret habría tenido para visitar Jerusalén durante la Pascua, provocando así la ira del Sanedrín y propiciando su aprehensión, tortura y crucifixión, señalan la dificultad de su comprensión.

San Pablo, consecuente con el profeta Isaías, anuncia la muerte de Jesús como una asimilación voluntaria de los pecados de la humanidad: "Él, quien no pecó, pecó por nosotros, para que la justicia de Dios fuese hecha por nosotros en él[1]" (II Corintios 5, 21). Este versículo anticipa las variaciones simbólicas de la cruz: primero maldita por Dios y por los hombres y luego, en virtud del sacrificio, convertida en cifra del amor. El pecado de Cristo, siendo fabricado por los hombres, asume todo sentimiento de retribución y lava la mancha por la cual sus verdugos habrían, de otro modo, de compadecer.

San Agustín interpreta asimismo la muerte de Jesús como el sacrificio que permite a los creyentes obrar sin el sentimiento de culpa por el pecado original, aquel de distinguir o confeccionar a motu proprio el mal y el bien. El santo erudito ya sabía que Aristóteles distinguía el hacer retórico o astuto del hacer sincero o dialéctico.

Gregorio el Grande prescribe la muerte voluntaria de Jesús como la victoria final sobre el Demonio, esto es, sobre los vicios y excesos del mundo, acto que permite a Dios reconciliarse con el hombre. Pedro Abelardo, en un

[1] eum qui non noverat peccatum pro nobis peccatum fecit ut nos efficeremur iustitia Dei in ipso

lenguaje más accesible para los impíos, ve en la muerte de Jesús un amor inconmensurable, desde el cual un hombre muere por la salvación de sus congéneres.

Sólo agregaría a tan lúcidas elucubraciones cierta iluminación a partir de la perfidia humana. En tanto que las religiones derivadas de las enseñanzas del Mesías han sufrido cismas y son ironizadas por parte de ateos o evolucionistas, las ideas enunciadas por los evangelios se han consolidado con el paso de los siglos, hasta ser incorporadas en las cartas de derechos del hombre. Tal aceptación, creo, no hubiera sido posible sin la muerte violenta de Jesús. Es más, cabría preguntarse si la implicación más inmediata de la muerte del Mesías no es la refutación anticipada de sus detractores venideros, quienes habrían recriminado a un Jesús sexagenario y con nietos sus aseveraciones de un futuro venturoso para quienes sufren.

Judas Iscariote, mártir de los pecadores

I

La noche era oscura y silenciosa. Las calles de Jerusalén estaban vacías, y solo se escuchaba el eco de los pasos de un hombre que caminaba con prisa. El hombre era Judas Iscariote, uno de los doce discípulos de Jesús.

Judas estaba nervioso. Había tomado una decisión crucial, y sabía que su vida cambiaría para siempre; había decidido traicionar a Jesús.

Interrogado por Jesús sobre su inmenso trabajo, Judas repuso:

—Usted lo hace por locura. Nadie que esté en su sano juicio se dedica día y noche a sanar enfermos y levantar muertos.

Antes de que su maestro lo refutase, como solía hacerlo, se levantó y se alejó de la tienda. Aquella sería de las últimas discusiones que sostendría con él.

Judas había sido un discípulo fiel durante mucho tiempo. Había seguido a Jesús desde el principio, y había visto sus milagros y escuchado sus enseñanzas.

Pero últimamente, Judas había comenzado a tener dudas. No estaba de acuerdo con la forma en que Jesús desafiaba a las autoridades religiosas, y no creía que Jesús fuera el Mesías que la gente esperaba; sus latigazos contra los comerciantes, su defensa de las adúlteras y su cercanía con Juan y María Magdalena lo perturbaban.

Judas tenía además un secreto que lo perseguía. En una época en la que la lujuria era condenada, Judas ocultaba juiciosamente sus excesos, lo que le provocaba frustración y ansiedad en su interior. Judas se consideraba el más normal de los discípulos de Jesús. Había aceptado su llamado porque, como los demás discípulos, era pobre, y porque, como todo hombre normal, quería contribuir a un

mundo mejor. Pero consideraba que, si Yahvé estaba con Jesús, los ejércitos del cielo descenderían a destruir a todos aquellos que se atreviesen a irrespetarlo o a hablar mal del Mesías.

Pero nada de ello había ocurrido a lo largo de tres años de prédica mundana. Aquella magia parcial de Jesús, afín a la de los sacerdotes de Baal, tal y como algún fariseo masculló cierto sábado, lo impacientaba. Había pedido al Creador un Mesías capaz de abrir el océano como Moisés. ¿Por qué huía Jesús de sus perseguidores cada vez que lo atacaban en lugar de confrontarlos?

Judas recibía las quejas de quienes veían en Jesús a un impostor, y las acumulaba en su interior, contrabalanceando la fe que su figura en un principio le inspirase. Presintiendo su desafecto, Judas se refugió en los rituales y tradiciones de su fe judía, observando meticulosamente las obligaciones del sábado. Estaba molesto por la forma en que Jesús desafiaba a los miembros del Sanedrín, tribunal de sumos sacerdotes, ancianos y escribas que decidían sobre asuntos legales, políticos y religiosos en la comunidad judía. Su celo era tal que huía del Templo cada vez que sus condiscípulos murmuraban que Jesús sanaría enfermos aquel Sabbat.

Judas a menudo ventilaba su frustración con Pedro, el discípulo más irascible de Jesús, quien asentía a todas sus diatribas, añadiendo una sonrisa irónica.

—Yo confío en mi maestro —era, no obstante, la réplica invariable de Pedro.

A Judas no le gustaba la preferencia de Jesús por los borrachos y las personas ricas, a quienes Jesús invitaba con frecuencia a fiestas y reuniones. Sentía que su comportamiento contrastaba con las enseñanzas de la fe judía y el comportamiento de los más decentes.

—Silenció a los doctores de la ley cuando dijo que él vino a sanar a enfermos —repuso Pedro ante sus diatribas—, no a los sanos.

Judas sabía que Jesús era un hombre amoroso con todos, por lo que le era difícil aceptar que sonriera a las prostitutas y a los pecadores, incluyendo a los amanerados que, a diferencia de él y de otros tantos que ocultaban su vida privada, disfrutaban de su lascivia sin ocultarlo a su comunidad.

—Basta ver al maestro —le dijo María Magdalena— para que los demonios de la lujuria se apacigüen.

Judas comenzó a divagar que, si Jesús desaparecía, el pueblo de Israel se libraría de un mago pernicioso.

Cierta noche, Judas se acercó a Jesús y le dijo que solo él tendría la valentía de detener su falta de respeto contra la autoridad, contra los sacerdotes del Templo de Jerusalén, contra el Sanedrín, contra Caifás, contra Roma, contra el César.

Jesús se mostró decepcionado, pero no sorprendido.

—Siento ese ardor que te embriaga, Judas; estás con ira.

Judas no apreciaba la sinceridad de Jesús sobre la naturaleza humana y las debilidades del cuerpo.

Judas se dijo que aquel comportamiento era inapropiado e impropio de un líder; anunciar a cada cual lo que guardaba en su corazón, fuera ira o tristeza.

—¿No podrías disimular mis sentimientos por una vez?

Dio la espalda y se alejó, temeroso de la sabiduría de su maestro, sintiendo que tenía que hacer lo necesario para proteger las enseñanzas de su fe judía sobre la prudencia y el bienestar de su comunidad.

A sus ojos, traicionar a Jesús sería un sacrificio difícil pero necesario, una decisión que asumiría por deber, con el corazón apesadumbrado.

Sintió una presencia a su costado y, al girar, vio el rostro compasivo de Jesús.

—¡La forma en que desafías al Sanedrín y rompes las tradiciones!

—Son ellos los que caen en sus propias intenciones.

—¡No es la forma en que se supone que deben hacerse las cosas!

—Cumplo un propósito mayor. Es mi Padre quien me pide que lo haga.

—¿Pero cómo tratas a las personas? ¡Mira lo que les hiciste a esos mercaderes en el Templo! ¡Mira cómo respondes a tu madre cuando te pide que saludes a tus hermanos! Te codeas con borrachos y no dudas en aceptar los perfumes con que te lavan los pies. No nos das la importancia que nos merecemos.

—Si fuera un rey terrenal —repuso Jesús—, inclinarías tu cabeza para que yo limpiara tus pies.

—¡Pero no lo eres!

—Porque vine a mostrarme como el más débil entre ustedes, el más frágil y desamparado, el cordero al que todos podrían lastimar si quisieran.

—¿Y para qué?

—Para que, cuando me veas en gloria y te demuestre mi perdón, sepas que te amé por tus pecados.

Judas se conmovió, muy a su pesar, por el infinito amor de su maestro; por un instante palideció, considerando que Jesús sí podría ser el Mesías.

—¿Y tu relación con María Magdalena y Juan? —continuó hostigando a Jesús con preguntas que Satanás susurraba a sus oídos—. Parece que tienes favoritos entre nosotros.

—A todos los amo. María y Juan son queridos para mí, pero también tú y los demás, así un demonio te tiente y confundas tu deber con lo más justo.

—¡Eres tú quien soporta a tanto depravado!

Judas se alejó corriendo, furibundo, y se dirigió al Templo de Jerusalén, donde encontró a los líderes religiosos. Les dijo que no compartía el modo en que Jesús subvertía los valores de su sociedad; les aseguró que los mesías y profetas eran un tema de un pasado ya superado por la ley mosaica, y ofreció entregarles a Jesús.

—El Mesías no puede encarnarse en un líder de borrachos, prostitutas y recaudadores de impuestos —dijo a Caifás—. Así demostraremos a sus seguidores encantados que Dios no lo protege, y lo entregaréis a los romanos para que lo crucifiquen como a un vil ladrón.

Los líderes religiosos estuvieron de acuerdo y establecieron entregarle treinta piezas de plata a cambio. Judas se mostró renuente a aceptarlas en un principio, pero al cabo las aceptó, insistiendo en que no lo hacía por el dinero, sino con el afán de eliminar a un hombre enfermo que se creía el Profeta de Dios en la tierra. Acordaron que la señal para que arrestaran a Jesús sería un beso, pues, si había alguien que aceptase todo tipo de afectos de sus enemigos, era su cuestionado maestro.

Luego de que el mismo Jesús lo desafiara durante la cena a que lo traicionara enfrente de todos sus condiscípulos, Judas salió en busca de los guardias del Sanedrín. Volvió con ellos, iluminando la oscuridad con antorchas, y besó a Jesús con súbita pasión.

Jesús lo observó con ojos tristes, sin corresponder a su exagerado afecto.

—¿Con un beso me traicionas?

El Mesías fue arrestado y llevado a juicio.

Preso de repentinas visiones de demonios que lo atormentaban, Judas comprendió que también sería un mártir por causa de Jesús; no por asumir su testimonio y ser asesinado por su causa, como vislumbró que todos sus discípulos lo harían, sino por asumir la maldad que los comportamientos de Jesús suscitaban entre sus contemporáneos.

Tanto la creciente envidia que Jesús ocasionaba por sus milagros entre los judíos, ya fueran estos laicos o sacerdotes, como el odio que su amor por los pobres y desprotegidos despertaba entre ricos y ladrones, desembocaban en un sentimiento común de traicionar a Jesús.

Entre todos los miembros de su comunidad, solo Judas se atrevió a encarnar el rol de su representante, impulsado por su sentido del deber hacia su pueblo.

Inicialmente maravillados por sus milagros y portentos, como caminar sobre el agua y multiplicar los panes, las multitudes ahora veían a Jesús con desdén y celos. Los judíos, en particular, eran cuestionados por sus demonios sobre la reticencia del Mesías a atacar a los romanos con rayos y enfermedades, y se preguntaban entre ellos quién era realmente Jesús, si un hechicero o un enviado de Moloch.

La sanación del esclavo del centurión fue la gota que colmó el vaso de su credulidad y les hizo dudar de su identidad como Hijo de Dios. Pero ninguno de entre aquellos miles se atrevía a confrontar a Jesús directamente. Solo Judas lanzaba anatemas, cada vez más abiertamente, contra el Maestro que le entregaba pan de casa en casa todos los días. Judas se decía que no atacaba a Jesús por envidia u odio personal —aunque era mayor de lo que él admitía—, sino por el resentimiento general que Jesús despertaba entre la mayoría de judíos y paganos.

Los fariseos y los doctores de la ley fueron los primeros en acercarse a Judas, invitándolo a cenar en sus mansiones, con el fin de preparar sus ataques en el Templo. Pero aquella noche, luego de entregarles a Jesús, todas sus puertas le fueron clausuradas.

—No nos codeamos con traidores —fue la excusa de uno de ellos al ser interrogado por Judas.

El mismo Satanás lo abandonó, cual fiera que abandona a la presa que ya ha encerrado en su guarida tras quebrarle la espina dorsal. Judas fue así el primer hombre en reconocer sin dejo de duda a Jesús como el Mesías, pues comprendió las palabras de su maestro: "¡Ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido".

Buscó a los sacerdotes para devolverles las monedas, pero estos lo rechazaron con desprecio. Judas entonces las arrojó a las arcas de las limosnas del Templo, gritando que había sacrificado sangre inocente. Su dolor, el de haber traicionado a su propio creador, lo desfiguró, y los niños lo señalaron con desprecio a su paso por las calles de Jerusalén.

Sintió asimismo dolores en el cuerpo; adonde iba, caía, se tropezaba o se partía un hueso. Sabía que tal era el castigo de quienes perdían la misericordia de Yahvé. Quiso atacar a uno de los adolescentes que le arrojaban piedras, pero recordó otra admonición de su maestro:

—Y cualquiera que haga tropezar a alguno de estos pequeños que creen en mí, mejor le fuera que se le colgase al cuello una piedra de molino de asno, y que se le hundiese en lo profundo del mar.

"Tal vez —se dijo—, si acato su condicionamiento, esto es, si me arrojo a un estanque antes de su inminente crucifixión, él me perdone en el más allá".

"No podré llegar al estanque", se dijo, presintiendo que quedaría paralítico en breve.

Providencialmente notó una cuerda atada al cuello de un asno, pudriéndose a la vera del camino, sobre un pantano. Se lanzó al barro, tomó la cuerda, la colgó del árbol más cercano y se ahorcó.

Al día siguiente, su cuerpo fue enterrado en un terreno comprado con las monedas que Judas entregara al Templo, y fue llamado "Campo de Sangre" o "Campo del Alfarero", para que la posteridad recordara el alto precio ofrecido por la traición a Jesús.

II

Jesús descendió a los infiernos y allí vio, en el círculo más frío de todos, a Judas, solo y agobiado por la eternidad, junto a cientos de mártires de la maldad, tales como Marco Bruto, Nerón, Salieri, Napoleón, Hitler, Stalin, Mao, Popol Vuh, Fidel Castro y Horacio Serpa.

Pero incluso todos ellos evitaban a Judas.

Jesús se acercó a Judas, quien gritaba que no se le acercara, que no era digno de su perdón, y habló a aquellos rostros de ojos lacerados por sus lágrimas y la desesperanza que los contemplaban.

—Todos ustedes saben que son indignos de mí. Pero ¿qué no haría un padre por su hijo más perverso? ¿Qué no haría un hermano noble y próspero por sus hermanos despreciados por el mundo en virtud de sus crímenes? En cada generación ustedes volverán al mundo reencarnados, hasta que enmienden sus errores.

Gritos de horror emergieron de sus gargantas para ser de inmediato reprimidos por la presencia del Hijo de Dios.

—Pero no lo harán con la misma protección que les di a lo largo de sus vidas; su pobreza y su salud serán cada vez peores, lo que exigirá una sincera conversión a la bondad.

—¡Usted solo nos esclaviza! —bramó Marco Bruto con voz cavernosa, ofreciendo su espalda a Jesús.

—Es verdad —dijo Jesús—, pues la maldad requiere de una mayor maldad para ser contrarrestada. Así como un granjero emplea gatos para controlar una plaga de ratones, así os envié al mundo a controlar la maldad de vuestros contemporáneos. Pero ahora seréis los ratones y las alimañas por los siglos de los siglos, sufriendo en el intervalo la revisión de vuestros actos.

Todos callaron; ya no había nada que añadir, pues Jesús se había pronunciado, ofreciéndoles una débil esperanza.

—Pero tú, Judas —dijo Jesús—, tendrás un destino diferente. No reencarnarás, pues entre todos los mártires del mal fuiste quien tuvo la mayor carga, aquella de sacrificarse por el bien de la humanidad, traicionando a Dios, tal y como lo prescribe el teólogo revelado a un escritor argentino, Nils Runeberg. Para que mi sacrificio fuera posible, era necesario que un hombre, en representación de todos los hombres, hiciera un sacrificio condigno al mío. No fuiste solo la maldad, Judas, sino el

verdugo, y como tal fuiste el primero entre todos los hombres en reconocer su falta.

Judas se arrojó a los pies de Jesús.

—Volverás al mundo año tras año a padecer en espíritu el odio y la maldad de tus hermanos, aquellos por los que tanto te sacrificaste, ser perseguido, cazado y torturado, hasta el día en que yo vuelva en gloria a juzgar a vivos y muertos y recuperar el mundo para mi Padre.

De la Caída del Imperio Romano

Durante las luchas fratricidas de Roma hubo emperadores que, sin importarles el destino de su patria, se aliaron con vándalos, bárbaros y bandidos con el fin de destruir a sus más populares rivales políticos.

Sus alianzas probaron ser contraproducentes, pues, si bien los emperadores traidores derrotaron, en efecto, a sus adversarios, sus aliados reclamaron nuevos y cada vez más exigentes privilegios, hasta tornarse incontrolables.

Al cabo, los ciudadanos honrados y pujantes de Roma fueron reemplazados por mercenarios que solo habían aprendido en su vida a matar, robar y tiranizar.

Los ejércitos se debilitaron bajo el mando de generales advenedizos, y Roma quedó expuesta a nuevas invasiones provenientes de Asia Central, Escandinavia, Persia y Arabia.

Historia del destierro y restitución del poeta Nol-Hu

Hace mucho tiempo, en el distante palacio de Invierno de Zan-Chan, vivía un poeta conocido como Nol-Hu, quien gozaba del favor del emperador Qin Shi Huang. Nol-Hu no era simplemente un poeta: se le atribuía el don de la profecía y la protección divina, como se refleja en su oda más célebre en la historia de la dinastía Qin:

Oh, radiante Shangdi, fuente de luz dorada,
que bañas la tierra con tu cálida esencia,
te alabo y agradezco por tu justicia,
con la progenie del Emperador Amarillo.

Ante ti me inclino, fuente de luz sagrada,
lejano de la intriga, cercano al amor,
tu luz guía mis acciones hacia la verdad,
renunciando al mal, nos sentimos renovados.

Eres testigo de mis luchas y victorias,
en la oscuridad, me brindaste tu guía,
destruiste a mis difamadores.

De tu majestuosidad emana mi sabiduría,
la justicia y la verdad son tu gloria,
proteges el honor de tus poetas perseguidos.

Nol-Hu escribía libros y poemas para la corte del emperador, y su talento era reconocido por otros imperios desde la India hasta Japón. Sin embargo, su rival envidioso, el mandarín Ix-Fel, secretamente un espía de la facción

rebelde de Fer-Chang, comenzó a difamar a Nol-Hu con el objetivo de desacreditarlo.

Influenciado por los consejos del pérfido mandarín, el emperador decidió no solo destituir a Nol-Hu de sus privilegios en la corte, sino que, en un acto de suprema ignominia, ordenó la quema pública de todos sus manuscritos. En la plaza central de Xianyang, ante la mirada del pueblo, las llamas devoraron cuarenta y dos rollos de seda que contenían odas imperiales, anales históricos y poemas visionarios. Las cenizas de la sabiduría de Nol-Hu ascendieron como un presagio negro sobre el palacio.

Nol-Hu, confiado en la protección de Shangdi, aceptó la medida bajo la promesa de una compensación mensual de **ocho** bolsas de plata para su sustento y el de su esposa, Lee-Lang.

«Las palabras quemadas renacerán en la memoria del cielo», murmuró el poeta mientras observaba arder su obra.

Pasaron tres meses y Nol-Hu no recibió ninguna subvención. En cambio, Tal-Mai, el lugarteniente del emperador, exigió nuevas condiciones para acceder a su primera bolsa de plata: que Nol-Hu reescribiera de memoria los textos quemados como prueba de lealtad. Los dioses, indignados por la doble injusticia sufrida por Nol-Hu —el destierro y la destrucción de su legado—, retiraron su protección al emperador Qin Shi Huang.

El imperio, que había gozado de una época plácida y próspera, comenzó a desmoronarse ante el avance de las fuerzas de Fer-Chang y las intrigas de Ix-Fel. Ante la inminente invasión, el emperador ordenó cancelar todas las deudas del imperio, incluida la que tenía con Nol-Hu.

En ese momento, Nol-Hu escuchó la voz de Shangdi, quien le instó a pedir las siete bolsas de plata que aún le adeudaban. Nol-Hu acudió a Tal-Mai, pero en lugar de recibir el pago, solo obtuvo nuevas promesas dilatorias para después de la guerra civil.

Decepcionado y agobiado por las deudas, Nol-Hu buscó respuestas y oró a Shangdi, cuestionando por qué lo había llevado a confrontar más promesas incumplidas. Shangdi le pidió que escribiera una crónica de lo sucedido —incluyendo el episodio de la quema de libros— y la entregara en las puertas del Palacio Imperial.

El emperador Qin Shi Huang, al leer la crónica de Nol-Hu y reflexionar sobre sus recientes decisiones —particularmente sobre la quema de los rollos, cuyo humo aún parecía enturbiar los cielos del palacio—, comprendió el error de haber cedido a las difamaciones de Ix-Fel y de haber exiliado al poeta. Sin escuchar los reparos de Ix-Fel, el Emperador Amarillo ordenó el pago inmediato de las siete bolsas de plata restantes a Nol-Hu y decretó que, en lo sucesivo, ningún texto del reino sería destruido por orden imperial.

Al día siguiente, las tropas del emperador derrotaron la rebelión liderada por Fer-Chang, quien murió al intentar huir desde lo alto de la Gran Muralla China. El emperador descubrió la conspiración de Ix-Fel en las cartas capturadas a Fer-Chang y ordenó que fuera decapitado a las afueras del palacio, en el mismo lugar donde se quemaron los libros de Nol-Hu. Luego nombró a Nol-Hu como su nuevo consejero y mandarín de las ciencias y las artes del Imperio Amarillo, restaurando así la antigua prosperidad de la dinastía.

Nol-Hu se convirtió en un consejero sabio y respetado, y bajo sus enseñanzas —que reconstruyó de memoria en cincuenta volúmenes nuevos, cada uno iluminado con el carácter 火 (fuego) en su primera página como recordatorio de lo perdido y lo recuperado—, la dinastía del emperador Qin Shi Huang gobernó China durante setecientos años, dejando un legado de paz y prosperidad para el pueblo.

Así, a través del poeta y profeta Nol-Hu, el Dios del Sol demostró que incluso las llamas de la tiranía no pueden

consumir la verdad que renace de las cenizas, y que las intrigas de los poderosos fracasan ante la perseverancia de un hombre que actúa con sabiduría, paciencia y verdad.

La Salvación del Cristianismo ante la avalancha pagana

I

Corre el año más aciago, y terroristas libran batallas a las afueras de París, ahora centro de operaciones de nuestros enemigos. Como cristianos, sabemos que no sobreviviremos a la espada bárbara que se cierne sobre el continente.

Nuestros ingenieros han construido pasajes secretos para cuando las huestes de emigrantes fundamentalistas arrasen la Ciudad Eterna.

Súbitamente, los más escépticos descubren que el credo del Dios revelado a través de Israel, Jesucristo y la Iglesia de Roma no constituye sino el soporte espiritual de una minoría, y que la religión pagana cuenta con millones de adeptos, prestos a derramar su sangre por una ciudad de vírgenes y arcas rebosantes de joyas.

Culpo a nuestros políticos y bardos, quienes, en aras de la tolerancia, han permitido la convivencia de tantos credos que ensalzan el asesinato, el estupro, la poligamia, el robo, la guerra y la destrucción del enemigo. Demasiado tarde comprenden que, avalando la barbarie en el extranjero, la han patrocinado en casa. Me asombra creer que nuestros patriarcas progresistas hayan comparado nuestros modales con los suyos, concluyendo que su estilo es más cercano a las leyes de la naturaleza, como si la naturaleza no fuese un conglomerado de universos discordantes y en lucha.

Ya ni siquiera tenemos ejército para confrontar el terror, y lo único que nos mantiene en vilo es la lucha fratricida que libran los invasores de Francia y Alemania en nuestras fronteras. Quien venza se abalanzará sobre nosotros sin resistencia.

No puedo dormir, y a menudo siento el filo de la espada sobre mi cuello.

"¡Nuestro Dios es grande!", gritan los francos antes de inmolarse contra las lanzas de sus enemigos, solo para inutilizarlas y dejar a sus verdugos a merced de sus lanceros.

No les importa perder el doble de soldados en una batalla, pues creen que, esclavizando a las mujeres que conquisten, repoblarán la tierra.

En Roma, los suicidios colectivos abundan. Hace dos días, una vecina que vendía pasteles se ahorcó, dejando una nota sobre la inutilidad de vivir en un universo incapaz de perdonar.

II

¡Cómo puede cambiar el universo en un solo día! ¡Alabado sea el Dios creador, que con la conversión de un solo corazón altera la historia con mayor eficacia que con un ejército! Clovis estaba cerca de perder cuando decidió apelar al Dios de justicia que tanto adoraba su esposa. De inmediato, la guerra giró a su favor; los alemanes huyeron y quienes no fueron masacrados fueron esclavizados.

¡El rey del mundo, Clovis I, el látigo de los cristianos, el más acérrimo fundamentalista, ha sido convertido a Cristo!

Las noticias han llegado como un vendaval que arrasa con nuestros miedos. Ya varios mensajeros lo han confirmado. Todos cantan; toneles de vino y cerdos con manzanas han sido puestos en la calle para deleite de las multitudes. ¡Clovis ha vencido a los teutones y avanza sobre nosotros, pero no ya como un rey castigador, sino como nuestro rey legítimo! El Dios de la verdad, la compasión y el amor lo ha tocado, y nuestro vencedor no es ya el hereje que todos temimos, sino el primer emperador pagano de la cristiandad.

Una Princesa Medieval

Ofrecí todo mi dinero, mi poder y mi reputación a cambio de la vida de mi madre.

—Fue hallada culpable de complicidad en varias estafas —repuso la Reina—. Encubría a la banda de maleantes encabezada por tu primo Arnulfo.

—Es mi madre —oré con firmeza—. Estoy dispuesta a renunciar a mis bienes más preciados por ella.

—Quienes prorrogan una vida desconfían de la sabiduría divina —replicó la Reina—. Si intercedes por ella, podrías lamentarlo.

—Le entrego a cambio mi título nobiliario —insistí—, mis extensiones de tierra y mi morada.

No sin un dejo de admiración, la Reina perdonó a mi madre y me despidió.

Al volver a casa, le dije que reabriría nuestra antigua posada.

—¡Jamás tendrás el dinero ni la posición social de Arnulfo! —exclamó con acento senil—. ¡Habrase visto! ¡Tenerme a mi edad en la miseria!

Al mes, mi madre, enfurecida por mi decadente prosperidad, me recriminó mis decisiones y me tildó de fracasada.

Al cabo de un año, hubo una hambruna en Corinto y los clientes dejaron de visitarnos. Mi madre me acusó entonces de estafa; fui juzgada y condenada a la horca —así castigaban en mi nación a quienes eran acusados por sus padres—.

Caminando hacia el cadalso, cavilaba aún sobre nuestra urgencia de orar por la prolongación de la vida de nuestros seres queridos ante los reyes y los dioses.

Las Bibliotecas Etéreas

En su *Philosophie des Geistes*, Hegel juzga a Inglaterra un país más propicio para la poesía que para la filosofía; prueba de ello sería su conspicua progenie de poetas. Este elogio innecesario parte del presupuesto de que la filosofía, por ser superior a todas las artes, debe dictaminar los méritos y deméritos no sólo de las razas, sino también de las naciones y los continentes. Más verosímil, aunque menos creíble, resulta la hipótesis de la convergencia de una serie de bibliotecas etéreas diseminadas a lo largo de las villas inglesas, frecuentadas en sueños por poetas, novelistas e historiadores.

Cierta tradición oral de Stratford-upon-Avon, que los antropólogos aún no han consignado —quizá por su obstinación en asociar la antropología con la pobreza—, relata que Shakespeare consultaba en sueños enciclopedias de otros tiempos y de otras lenguas. Fruto de aquellos delirios nocturnos serían los pasajes más sublimes de sus, por lo demás, previsibles tragedias y comedias[2]. Dos fragmentos de *The Tempest*, en particular, han sido atribuidos con frecuencia más a la obra de un visionario que a la de un dramaturgo:

Y mi fin será la desesperación,
a menos que sea aliviado por la oración,

[2] El valor de la obra de Shakespeare no se basa en sus tramas, sino en sus versos, como lo demuestran las hermosas y sosas adaptaciones de *Macbeth* y *King Lear* de Akira Kurosawa.

que todo lo traspasa y así asalta
a la misma piedad, purificando toda culpa[3].

Y como el burdo material de esta visión
Las torres coronadas de nubes, los alcázares suntuosos
Las solemnes catedrales, la misma inescrutable tierra
Sí, y todo lo que ella hereda, ha de disolverse
Así como se disolvió esta pompa insubstancial
Sin dejar huella tras de sí. Somos de una materia
Afín a aquella del ensueño, y nuestra misma vida
Está circundada por un sueño[4]

La revelación, se dice, ocurrió una noche en los albores de su juventud, cuando Shakespeare se encontró en una biblioteca al aire libre, forrada de césped, poblada de estantes de roble vivo enraizados en espiral. Tras hojear un volumen de poemas, fue abordado por un hombre de piel aceitunada.

—Todos los versos —le dijo a la luz del poniente—, como todos los pensamientos, han sido concebidos de antemano por el Creador. La inspiración de los bardos del

[3] And my ending is despair,
Unless I be relieved by prayer
Which pierces so, that it assaults
Mercy itself, and frees all faults

[4] And like the baseless fabric of this vision,
The cloud—capp'd tow'rs, the gorgeous palaces,
The solemn temples, the great globe itself,
Yea, all which it inherit, shall dissolve,
And, like this insubstantial pageant faded,
Leave not a rack behind. We are such stuff
As dreams are made on; and our little life
Is rounded with a sleep

mundo de las sombras[5] se supedita a los escritos que las bibliotecas de la eternidad preservan. Regocíjate, William Shakespeare, pues en breve tendrás acceso a los volúmenes de la biblioteca de la protectora de esta isla.

Al despertar, Shakespeare transcribió dos de los versos más memorables de la lengua inglesa:

Oh, esa, esa tierra que mantuvo al mundo sin aliento
Es ahora un muro que rechaza al viento del invierno[6]

Este rumor coincide con el testimonio de Samuel Taylor Coleridge, quien en 1816, en el prefacio de *Kubla Khan*, confiesa haber concebido entre doscientos y trescientos versos en sueños, de los cuales sólo pudo rescatar cincuenta y cuatro al despertar. El poema fue publicado bajo el auspicio de Lord Byron, quien a su vez habría de inspirar la pesadilla de la que Mary Shelley concibió *Frankenstein*.

En Xanadú construyó Kubla Kan
Un majestuoso alcázar de placer
En el cual Alf, el río sacrosanto,
Cruzaba a lo largo de cavernas
Inconmensurables para el hombre
Hasta confluir en un mar de tinieblas
Trescientas hectáreas de terreno fértil
Circundadas por torres y murallas
De jardines refulgentes, de arroyos sinuosos
Y árboles floridos que exudaban mirra

[5] Este comentario arroja luz sobre nuestra percepción. A diferencia de los sueños, la vigilia depende enteramente de las sombras; los colores y las formas no son sino caprichosas superposiciones de luz ensombrecida *(Nota del Editor)*.

[6] O, that that earth which kept the world in awe
Should patch a wall t' expel the winter's flaw

Bosque tan anciano como las montañas
Bordeando manchas de verde soleado

Mas ¡Oh! Aquel abismo tan romántico
Que cortaba la colina al cobijo de los cedros
Era un lugar salvaje, tan santo y encantado
Como nunca lo fue la luna menguante
Al hechizo de la mujer que gime por su súcubo
Y desde aquel abismo, agitándose en tumultos incesantes
Como si la tierra respirase en rápidos y gruesos estertores
Una fuente vigorosa expectoró por un instante
Entre cuya rauda ebullición intermitente
Brotaron fragmentos colosales, como granizo
O como trigo que el trillador desgrana
Y entre esas rocas danzantes ahora y para siempre
Emergió por un instante el río sacrosanto
Cubriendo cinco millas en compases laberínticos
A través de bosques y de valles, hasta alcanzar
Las cavernas inconmensurables para el hombre
Y hundirse con tumulto en un océano sin vida
Y en aquel tumulto Kubla discernió en la lejanía
Voces ancestrales que profetizaban guerra

La sombra del alcázar de placer
Flotó en medio de las olas;
En donde se oyó la medida mezclada
Desde la fuente y las cuevas.
Fue un milagro de rara inventiva,
Un alcázar de placer asoleado con cuevas de hielo
Una damisela y su arpa
En una visión yo vi
Era una doncella de Abisinia
Que al tañido de sus cuerdas
Celebraba el Monte Ábora
¡Si pudiera revivir en mí
Su sinfonía y su canción

Un placer tan profundo me poseería.
Que en una música elevada y prolongada
Construiría aquel alcázar en el aire!
¡Aquella catedral asoleada! ¡Aquellas cavernas de hielo!
Y quienes me escuchasen las verían allí
Y todos gritarían: ¡Cuidado! ¡Cuidado!
¡Sus ojos relampagueantes, su cabello flotante!
Ondea un círculo alrededor de él tres veces
Y cierra tus ojos con temor sagrado
Pues él se ha alimentado de ambrosia
Amamantándose en la leche del edén

A esta genealogía de soñadores añado mi propia experiencia. Viví en Cheshire y Londres del año 2000 al 2005, y durante ese tiempo experimenté una serie de sueños que hube de transcribir en textos literarios, históricos y espirituales, eventualmente incorporados a mi tratado de metafísica global *Siendo Dios. La máscara de la Muerte Roja* de Poe, verbigracia, me fue revelada no solo como una alegoría de la peste, sino como el vaticinio de nuestra seguridad ilusoria: el príncipe que se encierra en su abadía es el espejo de una civilización convencida de su inmunidad, sin advertir que tras su pretendida mascarada había permitido ya la entrada de aquello que pretendía excluir, el virus.

Así mismo, soñé la tesis de *Dios evolucionista*, en la cual comparo la increíble coincidencia entre los siete días del Génesis y siete de las grandes edades descritas por la arqueología y la teoría de la evolución. Dios es, sin que ningún evolucionista lo haya aún señalado, quien genera, contiene y revela la evolución a través de tropos literarios que anticipan los hallazgos de la arqueología.

En otro sueño visité el más allá paradisiaco, semilla de mi obra teatral *El Botín: ave muerta vuela alto*, iluminando una experiencia límite de mi infancia, cuando me dieron por muerto durante media hora. Allí Dios se me reveló como

plenitud y amor, hasta que lo oí preguntándome si deseaba salvar a quienes veía sufrir. Elegí regresar.

Fascinado por dichas revelaciones, investigué los orígenes de la literatura inglesa; sin sorprenderme, descubrí que la isla entera fue consagrada como Dote de María: *Dos tua, Virgo pia, haec est*, por el rey Ricardo II, luego de haber soñado con la Madre del Creador.

La sensibilidad de Ricardo II, inclinada hacia la protección, la intercesión y la misericordia, supera los rumores de afecto desbordado que inspiraron a dramaturgos como Christopher Marlowe. En una cultura dominada por el belicismo, Ricardo II encarnó una realeza espiritual, más cercana a la contemplación lírica que a la espada.

Luego descubrí, la *Historia Eclesiástica de la Gente de Inglaterra*, escrita en el año 731 por Beda, monje de Jarrow, quien dedica varias páginas a Caedmon, el primer vate conocido de la lengua inglesa. Según Beda, Caedmon era un labrador iletrado que desdeñaba su propio don poético.

Cierta noche, siendo convidado a una fiesta y presintiendo que la concurrencia le pediría que cantase, Caedmon se retiró para pasar la velada en compañía de sus cerdos. Poco después, un hombre se le apareció y, tras alabarlo por despreciar los placeres mundanos, le pidió que entonara un canto al Creador. Caedmon se excusó, alegando que no sabía cantar. El visitante insistió. Entonces, un tanto amedrentado, Caedmon compuso un poema que habría de recobrar íntegro al despertar.

Horas más tarde refirió lo sucedido a un capataz, quien indiscretamente divulgó el relato hasta que llegó a oídos de Santa Hilda, fundadora de la Abadía de Whitby. La abadesa, menos intrigada que pasmada, ordenó que le presentasen al labrador. Caedmon fue convocado y, tras agradecer a la Providencia por haberle permitido conocer a Santa Hilda, recitó el poema para deleite de su protectora. El canto fue transcrito por los amanuenses de la abadía y Caedmon fue

recibido como monje. Aquel bardo iletrado compondría versos igualmente sublimes hasta el fin de sus días.

Generaciones menos sensibles al misterio de la creación han preservado el poema que Caedmon compusiera en aquel sueño:

Ahora debemos ensalzar del reino celestial al guardia
De Nuestro Señor el poder y su sabiduría
El trabajo del padre glorioso, creador de cada cosa
El Señor eterno, el comienzo instaurado
Él creó primero la tierra, para sus hijos
Y el cielo como tejado. El santo creador
Del recinto de en medio. De la humanidad el protector
El Señor eterno, quien desde el más allá ha hecho
Para los hombres, la tierra, Señor todopoderoso[7]

Quienes accedemos en sueños a otras vidas, a otros textos, frecuentamos las mismas bibliotecas etéreas de los bardos ingleses: desde el poeta que habló con un ángel junto a sus apacibles cerdos, hasta el siervo que transcribe las palabras del Creador en estos versos.

De Calderón y Shakespeare
Aprendí que la vida es sueño
Y soñando hice de mis sueños realidad

---

[7] Nu we sculon herigean
heofonrices weard, meotodes meahte
ond his modgenc, weorc wuldorfaeder,
swa he wundra gehwaes, ece drihten,
or onstealde. He aerest sceop
eorðan bearnum heofon to hrofe,
halig scyppend; þa middangeard
moncynnes weard, ece drihten,
aefter teode firum foldan, frea aelmihtig.

El Santo Grial

El veintidós de noviembre de 1270, tras haber saqueado las ciudades del califa Muhammed I Al-Mustansir bajo los estandartes de la Octava Cruzada, y cuando se dirigía hacia Constantinopla, la armada de Charles de Anjou —compuesta por dieciocho navíos tripulados por soldados franceses, vasallos germanos, aventureros catalanes y esclavos turcos— zozobró durante la tormenta más devastadora que hubieran presenciado las costas de Sicilia.

En Constantinopla, los vasallos de Miguel VIII Paleólogo se apresuraron a celebrar ante el palacio imperial la muerte de los mercenarios que se habían propuesto reimponer el yugo francés sobre la Nueva Roma; y, en un gesto de inusitada modestia, el emperador agradeció a la Providencia la catástrofe natural que permitiría a los bizantinos prolongar su imperio por ciento cuarenta y un años más.

Otra versión, más detallada y no menos iluminadora, aparece consignada en una página apócrifa de Jean de Joinville. La reproduzco a continuación con el consentimiento del director de la Biblioteca de Lyon:

"…El rey Luis escuchó pacientemente las promesas que el emperador de Constantinopla, por boca de su heraldo, le hacía sobre una posible unión política entre Roma y Bizancio. Aunque a lo largo de su vida el rey se había esforzado por restaurar el patriarcado de Constantinopla al credo cristiano, una serie de tratados incumplidos lo había persuadido de la insinceridad de los bizantinos, quienes sólo apelaban a su ayuda cuando los turcos asolaban las murallas de sus ciudades.

Pero esta vez no era un ejército islámico, sino uno cristiano —el de su propio hermano, Charles de Anjou,

financiado por sus recientes conquistas y respaldado por múltiples alianzas matrimoniales— el que se preparaba desde las costas de Sicilia para someter las fortificaciones del estrecho de los Dardanelos. El rey ya había recibido varias misivas de Charles advirtiéndolo de las artimañas griegas e implorando su apoyo como hermano fervoroso y subalterno:

'Será una nueva cruzada para la conquista de Constantinopla y Jerusalén'.

Luis, sin embargo, con la candidez que tantos admiradores como detractores le había granjeado, le preguntó si no debía desconfiar de sus intenciones, habida cuenta de su alcoholismo y su concupiscencia, y si no era más probable que su verdadero fin fuese derrotar a Miguel VIII y apoderarse de Bizancio, tras lo cual abandonaría el propósito de someter Tierra Santa a Roma para entregarse al pillaje y a la tiranía.

Charles, sabiendo que a Luis sólo le interesaba Jerusalén para emprender la búsqueda del Santo Grial, comprendió que su hermano no secundaría voluntariamente sus planes sobre Bizancio. Le comunicó entonces que el califa de Marruecos, Muhammed Al-Mustansir, había consultado a sus sacerdotes sobre el misterio de la Santísima Trinidad, descrito por Mahoma, erróneamente, como la unidad del Padre, el Hijo y la Virgen María. Tras varios intercambios doctrinales con el obispo de Toledo, el califa había confesado su devoción por el Espíritu Santo como manifestación sentimental del Padre y del Hijo hasta el final de los tiempos.

Charles conjeturaba que un simple argumento teológico no bastaría para justificar ante la cristiandad el saqueo de los dominios del piadoso y conciliador Muhammed Al-Mustansir. No le importaba: su fin era la conquista y la imposición de la cruz de Cristo, a sangre y espada, en el norte de África, desde donde Bizancio y Tierra Santa serían luego sometidos con facilidad.

'El fuego griego es la única defensa de Constantinopla', musitaba. 'Cientos de navíos han sido consumidos por ese líquido viscoso que arrojan sobre las aguas. Nuestros cañones, empero, y el ánimo suicida de los mahometanos serán decisivos'.

Al tiempo de recibir la misiva de su hermano, un vidente portugués anunció a Luis que Nuestro Señor Jesucristo, en compensación por su celo en la recuperación de Tierra Santa, le entregaría personalmente el Santo Grial en una playa de Marruecos. La visión beatífica del Salvador, unida a la promesa de una eterna juventud, había hecho ya de Luis el guía espiritual de nobles e hidalgos, granjeándole incluso la admiración de sus adversarios musulmanes. La coincidencia entre aquella profecía y la perspectiva de combatir en las playas africanas persuadió finalmente al rey de embarcarse bajo el mando de Charles de Anjou.

El viaje hasta Sicilia transcurrió sin mayores contratiempos, salvo el retraso en el pago de un préstamo a los banqueros genoveses, quienes temían que el verdadero propósito de Charles fuese controlar las rutas comerciales hacia Constantinopla.

Algunos afirman que fue un agente genovés quien introdujo a un marinero enfermo en el Navío Real; otros, que todo se debió a los humores de las aguas cálidas. Lo cierto es que, al segundo día de navegación desde Palermo, el rey Luis sufrió convulsiones y vómitos de sangre. Los médicos catalanes lo sostuvieron con vida hasta que divisamos las costas de Marruecos al amanecer. Entonces me mandó llamar. Su semblante era sereno, y de no ser por las ojeras que delataban su enfermedad, lo habría interrogado sobre los planes de batalla.

Ordenó organizar una pequeña comitiva para su desembarco. Obedecí con dificultad, pues los más ilustres nobles de la cristiandad, con lágrimas en los ojos, suplicaban no separarse de su rey.

Al pisar tierra firme, lo condujimos en litera por un sendero ascendente que él mismo señaló. Al mediodía llegamos a un promontorio desde el cual se dominaba la inmensidad del mar. Ordenó a los guardias que nos dejaran solos y, desde su lecho de hierba, me habló de los sufrimientos que el fracaso de las cruzadas acarrearía a los hombres.

Le pregunté si se refería a los cristianos o también a musulmanes y judíos. Respondió que las derrotas y las victorias de los hombres no eran las mismas que las del Espíritu Santo, y que sus dos cruzadas serían recordadas con cariño. Repetí la pregunta. No respondió. Me pidió, con un gesto cansado, que me retirase para poder orar. Retrocedí, permaneciendo a cierta distancia.

Media hora después me llamó. Su rostro, anegado en lágrimas, resplandecía de sosiego, como si la enfermedad y las preocupaciones hubieran sido disipadas por la gracia.

—Mi vida nunca fue difícil —me dijo—. Siempre obré conforme a los preceptos de Nuestro Señor Jesucristo. Jamás moriré: hoy me ha dado a beber del Santo Grial.

Miré en torno buscando una copa de madera o de metal.

—No es el Grial —susurró, adivinando mis pensamientos—, sino su contenido, la sangre de Cristo, lo que nos da la inmortalidad.

Me pidió entonces que comunicara a su hermano su voluntad de disolver la cruzada. Alzó los ojos al cielo y, murmurando el Credo, nos dejó.

Aquella tarde, Charles de Anjou escuchó la última voluntad de su hermano y se mofó de ella. Los acontecimientos inmediatos parecieron darle la razón: el califato de Marruecos de Muhammed Al-Mustansir fue sometido a la égida del rey de Sicilia. Pero los acontecimientos mediatos lo castigarían: la mayor parte de su armada zarpó ignorante de las densas nubes que ya se acumulaban frente a las costas de Sicilia…"

San Francisco y los animales

La siguiente hoja manuscrita la encontré en un tratado teológico de Karl Böhme en la Universidad de Manchester:

"Al principio fue Giuseppe, el cerdo. Escuché su voz con claridad, aunque sin palabras. Me pidió que oráramos. Hablaba en nombre de todos los animales de la granja: los gansos, los patos, los pavos, las gallinas, los perros, el burro, los corderos y los gatos.

Prediqué a partir de un verso del salmo 52:

Pero yo soy como olivo verde en la casa de Dios.

'¿No somos acaso seres que pretenden su grandeza por uno o dos misterios espirituales que alcanzamos? ¿Por un milagro, es decir, por una manifestación de la gracia de Dios? De corazón os digo que no somos sino un olivo verde en la casa del Señor, pues solo tras nuestra muerte entraremos en los vastos jardines de su reino. Y quienes hayamos tenido el don de entrever sus flores perfumadas somos como ramas que anhelan ser recogidas por su labrador.'

El ganso Lucas me lo agradeció, y tras él varias gallinas. No me miraban. El pavo Carlo me explicó que, para ellos, enfrentar directamente la mirada de otro ser era tan irritante como para nosotros mirar al sol.

Comprendí entonces que para los animales no existían secretos, como no los hubo entre Adán y Eva en el paraíso, y que Dios nos concedía el don de hablarles a través de la imaginación. Del paraíso, después de todo, no fuimos expulsados sino nosotros.

Preguntaba al ganso Lucas en mi pensamiento: '¿Cómo será el día de hoy, oh tú, que como todas las aves posees el don de anticipar el tiempo (así lo aprendí de san Antonio, quien conversaba con alimañas)?', y el ganso me respondía

de inmediato: 'Ya lo sabes: será asoleado, sin humedad, con pequeñas nubes y brisa fresca. Por la noche lloverá.'

'¡Dios mío! Si todos los seres humanos interrogaran su imaginación, conocerían lo que es hablar con otros seres, incluso contigo.'

Por ello abandoné el castillo para alimentar a tan dóciles criaturas; ya era incapaz de desearle mal alguno a un ser que despertaba en mi imaginación los pensamientos más nobles.

Oro por la confianza de sus almas.

¿Qué sacrificio más noble que entregarse para que los hombres se alimenten y, al hacerlo, aprendan también a alimentarse de ellas con gratitud?

Al cabo de unos días me acostumbré a compartir mis pensamientos con cada bestia.

Al año ya hablaba con las plantas. ¿Cómo explicar a mis prójimos que el Edén convive con nosotros en cada criatura salvaje?

Y aprendí de todos ellos en la gracia del Salvador."

El Suicidio de los Mayas

Dotados de una inspiración que creían divina, los sacerdotes mayas se convirtieron en los más consumados maestros del continente en matemáticas y cálculo de probabilidades. Llamados también guardianes de los secretos del más allá, habían impuesto la Pax Maya, extendiendo su influencia desde la península de Yucatán hasta las estribaciones de los Andes.

Las tribus afines a la mentira, el hurto y el asesinato a traición habían sido expulsadas de sus dominios hacía casi dos mil años. Las guerras, tal como las entendían los bárbaros, habían sido sustituidas por el juego de pelota, deporte místico en el que los perdedores eran ofrecidos en sacrificio a los dioses.

Cuando surgía una disputa entre dos pueblos, los sacerdotes mayas eran convocados como jueces de un campeonato ritual en el que solo los guerreros arriesgaban la vida, sin exponer a la población civil a violaciones ni saqueos.

Su filosofía recogía la experiencia de civilizaciones extinguidas. En la era del Halcón, hacia el año 1523 a. C., tres hombres de piel roja y ojos de un azul transparente arribaron en una balsa de madera a las playas de lo que hoy es El Salvador. Su nación, decían, había sido destruida por guerras intestinas entre los hombres de paz y los hombres de la mentira.

Los mayas los acogieron y, a cambio, recibieron sus conocimientos de aritmética y geometría, a partir de los cuales sus sacerdotes desarrollarían la arquitectura de las pirámides. Aquellos antiguos maestros profetizaron también que, si en el futuro otros hombres de piel roja

llegaban a sus territorios, los mayas deberían prepararse para una guerra sin cuartel.

La tranquilidad de siglos se vio amenazada en el año 1325 de la era cristiana. Una embarcación encallada en la costa, con tripulantes muertos por esferas de plomo incrustadas en sus ojos transparentes, desató una atmósfera de inquietud.

Los matemáticos mayas dedujeron entonces la existencia de un arma desconocida y terrible: el arma de fuego. A partir de sus cálculos, predijeron el fin de su civilización en cincuenta, acaso cien años.

Se convocó un sínodo en el Templo Mayor de Chichén Itzá.

En la tarde de la segunda luna de primavera, el fuego que ardía en el centro de la sala proyectaba sombras inquietantes sobre los rostros de los gobernantes, cuyos ojos reflejaban una preocupación silenciosa. Un manto de tensión envolvía a los sacerdotes reunidos para consagrarse a la diosa Ixtab.

—Es preferible morir a vivir en esclavitud —dijo Aj K'uhuun, el sacerdote de los ojos de lince—. Pero es siempre preferible vivir a no vivir. Basta preguntar a uno de nuestros ancianos, vencidos por la enfermedad, si desea ser sacrificado, para oír que la vida sigue siendo preferible a la muerte. Además, como enseña la diosa emplumada, no podemos suponer que nuestros hijos compartan nuestras decisiones: ellos también deben enfrentar su destino, por ominoso que sea.

Entonces habló Nacom, el sacerdote más anciano:

—Ante la imposibilidad de defendernos de la amenaza de los hombres rojos, creo, como prescribe el sabio Ah Kin, que es mejor morir en paz que vivir en guerra. Demos gracias a los dioses por habernos concedido la sabiduría de evitar a nuestros hijos un destino atroz. Demos gracias a la diosa Ixtab, que se manifestó a nuestros santos y profetas anunciando que un día solicitaríamos su amparo. No impondremos nuestra decisión a nadie, pues tal es la ley de

la paz; pero debemos dar ejemplo, aplicando esta sabiduría a nuestras propias vidas, como inspiración para esta generación y, acaso, para las venideras.

Los líderes mayas debatieron hasta alcanzar un consenso al caer la tarde: el suicidio colectivo del clero y de la nobleza, anunciado como una ceremonia sacrificial que los conduciría a los dominios paradisíacos de Ixtab.

La noticia se propagó con rapidez y sumió a los pueblos mayas en una tristeza profunda. Los sacerdotes prepararon a su gente para el viaje sin retorno, enseñándoles los rituales que asegurarían su acogida en el más allá.

El día señalado, los mayas se congregaron en torno a las pirámides, ataviados con sus mejores ropas y joyas. Los sacerdotes, al frente de la multitud, entonaban plegarias mientras lágrimas silenciosas corrían por los rostros de quienes sabían que su civilización estaba a punto de extinguirse.

Con el sol declinando, cientos de miembros de la nobleza y del clero se tomaron de las manos y se precipitaron por las escalinatas: unos se desnucaron, otros estrellaron sus cráneos contra los bordes de piedra. Luego fueron imitados por miles de guerreros que se clavaron puñales en el pecho y en la garganta. La multitud restante bebió en silencio pócimas venenosas.

Así, los pacíficos mayas evitaron el destino de muerte y esclavitud que, según sus cálculos, les aguardaba bajo el dominio de sus enemigos, los belicosos incas y aztecas.

En la penumbra de la tragedia, Chichén Itzá quedó sumida en un silencio sepulcral, sellando el fin de la civilización más pacífica del orbe.

El Encubrimiento de América

Durante los siglos recientes, la *Eiríks Saga Rauða —Saga de Eric el Rojo—* ha sido enarbolada como prueba fehaciente de la presencia de civilizaciones europeas en suelo americano, así como del celo explorador de los antepasados de la clase gobernante en América. No es raro ver a celebridades y políticos renombrados codearse en efemérides ataviados con cascos de cuerno de vaca y trajes de cuero de alce, embarcados en una frágil barca en la que, reza la leyenda, Eric descubrió el continente. Tales tesis han requerido una condescendencia ingenua por parte de sus exegetas hacia un texto que no subsiste como una saga victoriosa, sino como una derrota deshonrosa o, en el mejor de los casos, como una huida bien lograda:

"Nada fue más evidente para Karlsefni y sus hombres que, aunque la calidad de aquellas tierras era admirable, tendrían que emprender intrincadas batallas contra sus habitantes, sufriendo miedos y fatiga. De modo que decidieron abandonarlas, cifrando sus esperanzas en su tierra natal."

Al margen de los intereses raciales y políticos de quienes se empeñan en presentar a los vikingos como los auténticos colonizadores de América, conviene destacar otro pasaje igualmente ignorado y no menos controvertido, consignado hacia el final del texto original:

"Atraparon a muchachos [americanos]… Dos de ellos fueron adoptados y educados en su lengua [islandés], y luego bautizados."

Este fragmento descifra en parte el misterio de la genialidad del cartógrafo Martin Behaim, natural de Núremberg, quien durante décadas trabajó para el rey de Portugal como Comisionado Marítimo. Behaim contribuyó

de manera decisiva a la expansión portuguesa a lo largo de la costa occidental africana y fue quien diseñó el globo terráqueo que, durante varios años, se creyó habría persuadido a Cristóbal Colón de la posibilidad de alcanzar las Indias navegando hacia occidente.

La genealogía de Martin Behaim se remonta a Bohemia, de donde sus ancestros emigraron a Alemania a finales del siglo XIII, pero también a Islandia, patria de su linaje materno, tal como consta en el registro de bautizo de su segundo nieto, Tiago de Souza, inscrito en el folio segundo de 1512 de la Igreja de São Francisco de Lisboa. Los asombrosos conocimientos de Behaim no pueden atribuirse únicamente a su celo matemático, como lo demuestra la entrada que Johannes Krauskopf, compañero suyo de estudios en Núremberg, dejó en su diario en 1481, hoy conservado en la Alte Pinakothek:

"Hoy conversamos con varios estudiantes sobre la tesis de Paolo dal Pozzo Toscanelli, quien expone la viabilidad de alcanzar las Indias circunnavegando el océano Atlántico. Martin, quien ya había ingerido una considerable cantidad de cerveza, manifestó su escepticismo, añadiendo con sorna que los latinos jamás descubrirían la mejor ruta hacia las tierras de sus antepasados. Maximus preguntó si se refería a los habitantes de Bohemia, punto en el cual intervine sugiriendo que aludía a sus ancestros islandeses. Entonces Martin nos corrigió, proclamando que pertenecía al linaje de los descendientes de la Atlántida. Reímos al unísono, atribuyendo sus palabras a su estado de ebriedad."

Gracias a conocimientos heredados de sus supuestos ancestros americanos, Behaim subyugó a la corte portuguesa hasta el punto de que muchas de sus empresas marítimas acabaron supeditadas a su parecer personal. Solo en 1493, después de que el viaje de Colón fuera anunciado en las cortes de Europa, Behaim escribió a su monarca sobre las ventajas de abrir una ruta hacia las Indias a través del océano Atlántico. Esta propuesta tardía ha llevado a sus

panegiristas a dudar de su genio, e incluso a especular sobre la influencia que la cultura portuguesa habría podido ejercer en los futuros Estados Unidos y Canadá.

Cabe preguntarse, sin embargo, si no fue el infortunio —o quizá una razón ancestral, un empeño por salvaguardar las civilizaciones precolombinas de Norteamérica— lo que motivó a Martin Behaim a silenciar sus conocimientos ante la corte portuguesa. Y sus indicaciones cartográficas de navegar por debajo de la línea del Ecuador, hoy consideradas erróneas, ¿no fueron acaso un intento de compensar, en su atormentada conciencia por el triunfo de Colón, otorgando a Portugal el Brasil en la carrera colonial que habría de culminar en el Tratado de Tordesillas?

Sabemos que Behaim estuvo presente en la audiencia que Cristóbal Colón sostuvo ante el rey João de Portugal en 1485. Como miembro de la comisión encargada de estudiar los proyectos del genovés, se distinguió por refutar con rigor sus argumentos. Durante aquellas deliberaciones, no obstante, ambos navegantes intercambiaron saberes. Según el acta de su encuentro, conservada en la Biblioteca Nacional de Lisboa, Behaim se preguntó en cierto momento —sin duda ante la perseverancia de Colón— sobre la conveniencia de navegar siguiendo el meridiano que había diseñado recientemente en su globo terráqueo.

A la luz de los acontecimientos posteriores, dicha sugerencia se revela como un intento de inducir a Colón al error, que bien habría podido conducirlo a la muerte. En 1492, Colón emprendió su viaje hacia América siguiendo precisamente la línea ecuatorial que Behaim había trazado; su decisión de navegar hacia el sur es considerada hoy una de las empresas más arriesgadas y afortunadas de la historia de la navegación.

Investigaciones académicas contemporáneas han refutado los argumentos nacionalistas que Franz Loeher formuló en 1847 en su *Geschichte und Zustände der Deutschen in Amerika*, llegando incluso a negar la influencia que Martin

Behaim habría ejercido sobre Colón y Magallanes. Sin embargo, el hecho de que Behaim impulsara una ruta opuesta a las tierras fértiles descritas en la *Saga de Eric*, y que el éxito de la empresa de la *Pinta*, la *Niña* y la *Santa María* dependiera de una travesía prolongada por mares jamás navegados, pone de manifiesto la tenacidad con que Martin Behaim se empeñó en encubrir Norteamérica a los europeos de mediados del siglo XV.

La Fabricación de Quetzalcóatl

Uno de los mayores desaciertos de la antropología ha sido la representación e identidad atribuidas a Quetzalcóatl, deidad mesoamericana que encarna lo femenino y lo masculino, la perfección y el pecado, la creación y la autodestrucción. La figuración más aberrante de la Serpiente Emplumada —del náhuatl *quetzalli* (pluma preciosa) y *cōātl* (serpiente)— ha sido la de un hombre de piel lechosa y barba clara, lo que ha propiciado hipótesis inconsistentes sobre un supuesto origen europeo de esta diosa fecundadora: desde la presencia milagrosa, aunque inverosímil, de Jesucristo en Centroamérica (defendida por algunos mormones en virtud de los preceptos altruistas que Quetzalcóatl habría predicado, en abierta oposición a Huitzilopochtli, dios del sol y de la guerra) hasta la divinización de algún soldado de Erik el Rojo que, contra toda lógica, habría renegado de las virtudes vikingas —el belicismo y el desprecio por la vida agraria— para impartir saberes sedentarios y civilizados.

Las crónicas de Indias consolidaron esta imagen distorsionada. Cuando Hernán Cortés y sus huestes arribaron a Mesoamérica, muchos indígenas interpretaron al conquistador como la encarnación de Quetzalcóatl, cuyo retorno había sido profetizado por sibilas y augures como preludio de la ruina del mundo conocido. Para los habitantes del Anáhuac, un hombre barbado cuya piel traslucía el color de sus huesos, montado en un caballo, constituía la materialización de una pesadilla inculcada desde la infancia: el relato de un dios traicionado por sus propios súbditos y exiliado hacia el oriente. Dado que ningún nativo de lo que sería Nueva España presentaba piel nívea ni vello facial abundante, la aparición de Cortés podía

equipararse a las figuras más inquietantes del imaginario colectivo: el Yeti, Mefistófeles a horcajadas sobre un grifo o cualquier monstruo híbrido cabalgando una criatura quimérica. Esta proyección del miedo al extraño no fue exclusiva de la cultura azteca ni de la nuestra. Cuando las hordas de Atila descendieron de los Alpes sobre los valles itálicos en el siglo V, los cronistas los describieron como animales de colmillos descomunales, afines al jabalí; siglos más tarde, la propaganda nazi superpuso imágenes de judíos empobrecidos con ratas de alcantarilla para avivar el prejuicio. Incluso en tiempos modernos, T. E. Lawrence describe la repulsión que los árabes de comienzos del siglo XX manifestaban hacia los hombres de ojos azules, percibidos como una anomalía espectral y mortuoria en el paisaje humano del desierto[8].

Sin embargo, las supersticiones y temores nunca han sido unánimes dentro de una misma civilización. Los delirios posmodernos —expresados en el cine de Werner Herzog o Peter Jackson— insisten en retratar a las culturas antiguas como presas de una devoción religiosa ciega, ignorando que el escepticismo, el anticlericalismo, la envidia y la incredulidad son disposiciones humanas universales, presentes en Babilonia, en la Roma antigua o en Teotihuacán. Dos siglos después de la Revolución Francesa, cuando los gobiernos de las naciones más prósperas se han esforzado por desacralizar al ser humano, los sociólogos aún no logran disociar a la República francesa de su religiosidad latente: las multitudes de Lourdes, las concentraciones en torno al papa en París o el fervor en sus

[8] T. H. Lawrence describe así la repulsión que los árabes de principios de siglo veinte manifestaban hacia los hombre de ojos azules: "...marvelling at my white skin, and the horrible blue eyes which looked, she said, like the sky shining through the eye—sockets of an empty skull". The Seven Pillars of Wisdom, XXXVII.

mezquitas lo demuestran. No sería extraño que, dentro de quinientos años, los agnósticos de nuestro tiempo sean vistos como excéntricos que desafiaron el credo mayoritario, del mismo modo que hoy contemplamos a los escépticos de la Grecia clásica.

Desde hace décadas, el imaginario colectivo occidental —alimentado por la ciencia ficción— ha poblado el cielo de seres de piel verdosa, estatura mediana, lampiños y de ojos rasgados, asociados a secuestros en naves ovaladas que surcan los cielos de manera imperceptible. Supongamos ahora que uno de estos seres descendiera ante nosotros desde otra galaxia: ¿no sería recibido con temor por unos, veneración por otros y abierta hostilidad por la mayoría? El colapso del imperio azteca confirma este patrón.

Cuando Moctezuma recibe a Cortés en su palacio, lo saluda como descendiente de un antiguo soberano legítimo de aquellas tierras, destronado por sus súbditos y enviado hacia el levante en una embarcación con el propósito —no declarado— de que pereciera ahogado. Con ironía y con el fin evidente de desacralizar al temido visitante, Moctezuma alza sus vestiduras y, mostrándose desnudo, declara: «Vedme aquí, que soy de carne y hueso como vosotros, mortal y palpable». Su política de cautela fracasa; Cuitláhuac, su hermano y sucesor, lo enfrenta con abierta desconfianza y hostilidad, haciendo caso omiso de leyendas, supersticiones y mitos.

La irreligiosidad práctica de Cuitláhuac desmiente la ingenuidad de quienes insisten en que todos los mesoamericanos vieron en Cortés y en cada uno de sus soldados la encarnación de Quetzalcóatl. Confirma, más bien, que aquel dios —como tantos otros— pertenecía a un mundo inmaterial e imaginario. Los aztecas que proyectaron en Cortés o en Carlos V la figura de Quetzalcóatl no difieren esencialmente de los fieles de nuestras sectas pseudocientíficas contemporáneas, ansiosos

de resolver sus angustias metafísicas mediante la adoración de ídolos verdosos por venir.

Los orígenes de Quetzalcóatl no se remontan a un hecho histórico concreto —como pregonan muchos antropólogos, arqueólogos e historiadores—, sino a la elaboración de un imaginario construido sobre postulados negativos. En ese imaginario destaca, fatal e irremediablemente, el abominable hombre de cuatro patas, cráneo hueco, barba ensangrentada y piel que trasluce los matices espectrales de sus huesos. En la tradición azteca (mexica), Quetzalcóatl se fusiona con Ehecatl (dios del viento), creador de la humanidad (mezclando huesos de mundos anteriores con su propia sangre), inventor del calendario, patrón de las artes, la escritura y la sabiduría.

William Shakespeare, amanuense del Espíritu Santo

El año 2000 fue para mí un tiempo de incertidumbres laborales, del cual me sustraje refugiándome en los pasillos de las bibliotecas de Cheshire, al norte de Inglaterra.

Presenté mis credenciales como docente de cine de la Universidade Católica Portuguesa, en Oporto, a Irma Thompson, directora del Departamento de Estudios Iberoamericanos de la Universidad de Manchester. Tras recibir —tal como me los había solicitado antes de mi viaje— tres lujosos tomos en papel de seda y encuadernación en tapa dura de las obras completas de Fernando Pessoa en lengua portuguesa, me concedió una acreditación como investigador del John Rylands Research Institute and Library.

Gracias a una beca de *estágio* o práctica subvencionada por la Unión Europea a través del gobierno portugués —gestión que realicé para mi primera esposa por mediación de una de mis estudiantes— nos alojábamos en el primer piso de una mansión eduardiana situada en la exclusiva villa de Bowdon, no lejos de la casa de campo de la celebridad deportiva David Beckham.

Durante nueve meses, tras preparar el desayuno, despedir a mi entonces esposa y asear nuestro apartamento, caminaba hasta la estación de tren de Altrincham, donde tomaba el tren de las nueve para llegar quince minutos antes de la apertura de la biblioteca. Allí tenía a mi disposición, hasta las cinco de la tarde, cerca de un millón cuatrocientos mil libros y manuscritos raros.

Fue al cabo de tres meses —cuando me hallaba inmerso en el estudio de la lengua sogdiana con el propósito de

descifrar los escritos del profeta maniqueo Maní— que, al abrir un texto del siglo XIX titulado:

SUCCINCTA GRAMMATICA MANICHAEORUM
SOGDIANI
AUTORE D. THOMA HARVEY
CORONAE IN INDIAE FINITOR,

descubrí, transcrito en una hoja suelta intercalada entre las dos últimas páginas del volumen, casi deshecha por el paso del tiempo, el poema que aquí reproduzco.

Su métrica y su lenguaje podrían atribuirse al propio Shakespeare, de no ser por las iniciales A. P., apenas visibles en el reverso del folio. El léxico del original inglés recuerda, sin duda, al de la traducción de *La Ilíada* de Homero realizada por Sir Alexander Pope.

Bajo la reina Elizabeth, William, actor brillante,
Tejió palabras que compungieron a todo Londres,
Pero el gran público prefirió a otros autores,
A aquellos que adulaban a aduladores de la reina.

Ben Johnson se granjeó así el apoyo de la corte,
Y exonerado fue de traspasar a un contrincante,
William, reacio a las antesalas del palacio,
Vio sus versos y tragicomedias caer en el olvido.

Al estreno de "La Tempestad" no llegó nadie,
William imprimió varias obras suyas en cuarto,
Pero editores y colegas lo ignoraron adrede,
Y William Shakespeare devino comerciante.

Pasaron quince años, hasta que un día,
Como despertando del sueño en que Próspero
Sume a sus enemigos antes de perdonarlos.
"Obra del Espíritu Santo", era la frase.

Danzaba entre las líneas, sin ser vista,
William juzgó su mente delirante,
Mas en otras obras la firma relucía,
Su fuente es divina, por señales, comprendió.

Temblando de curiosidad, William revisó
Sus volúmenes antiguos, sus versos impresos,
En cada página, en fuego candoroso,
Ese texto palpitante su corazón abrasó.

Y otro que lo ungía como juez de su nación,
Los ambivalentes dictámenes de su mente,
Sobre amigos y familiares cayeron en juicio severo,
Los vio temblar ante un Creador impávido.

Horror y liberación acudieron a su ser,
Bajo el ala del Espíritu él había transcrito
Juicios y condenas que sus libros rezumaban,
El desprecio lo había asumido en su saber divino.

"Fuiste Mateo el Apóstol antes", escuchó la voz,
"Y has juzgado a los tuyos para los abiertos cielos,
Juicio y perdón has dictado desde Arcadia,
Tu escritura es la del Creador en ti engendrado."

El Espíritu Santo, égida y certeza,
Obedecerá a todas tus páginas escritas,
Y compensará tu exilio financiero,
Comerciante que ya representó al mundo entero.

Estos versos brillan no tanto por su ingenio como por su revelación: la del silencioso trabajo del Espíritu Santo en los grandes escritores, inspirador que ya Borges señalaba en las primeras líneas de *La Ilíada*:

Canta, ¡oh diosa!, de Aquiles el hijo de Peleo su devastadora furia…

Por ello el poeta cita a san Mateo, quien, entre los evangelistas, es el mejor artesano: el disciplinado recaudador convertido en apóstol del Reino de los Cielos, quien ordena genealogías, enumera deudas, registra cumplimientos proféticos y nos entrega su Evangelio como un tribunal escatológico. Su estilo —preciso, jurídico, reiterativo— evita el fervor extático para ser minucioso e imparcial. Mateo transcribe deliberadamente lo que los ángeles le dictan, tal y como lo haría Mahoma del Libro eterno; su credo no es estético sino pneumatológico: el del que escribe consciente del Espíritu que recuerda, ordena y juzga.

Shakespeare, su encarnación del siglo XVI, procede con igual diligencia en el ámbito secular. La Santísima Trinidad, compadecida de los hombres, lo envía para que retrate ya no la vida y los hechos del Mesías, sino la belleza y la miseria de la condición humana. A la luz del poema hallado —con su firma ambigua, su léxico heredado, su verdad procrastinada— la obra de Shakespeare desdeña la corona del genio autónomo para recobrar la exactitud del amanuense: sus metáforas abruptas, la expresión desbordada y las cogitaciones prosaicas se despojan así de su intención estética para revelarse como tropos espirituales, necesarios para dar cuenta de las complejidades de la convivencia humana.

El mercader de Venecia deja de ser, verbigracia, una comedia censurable y deviene un drama pneumatológico. Shylock, tradicionalmente interpretado como villano —hasta la reciente y magistral encarnación de Al Pacino, que reveló su doliente humanidad—, se desprende de su tipo social, el del judío frugal, para ser leído, a partir de sus monólogos, como espejo del ser humano universal:

Me ha deshonrado y me ha perjudicado medio millón; se ha reído de mis pérdidas, se ha burlado de mis ganancias, ha despreciado a mi nación, ha frustrado mis negocios, ha enfriado a mis amigos, ha acalorado a mis enemigos, ¿y cuál es su razón? Soy judío. ¿Acaso un judío no tiene ojos? ¿Acaso un judío no tiene manos, órganos, dimensiones, sentidos, afectos, pasiones? ¿Alimentado con la misma comida, herido con las mismas armas, sujeto a las mismas enfermedades, curado por los mismos medios, calentado y enfriado por el mismo invierno y verano que un cristiano? Si nos chuzas, ¿no sangramos? Si nos haces cosquillas, ¿no reímos? Si nos envenenas, ¿no morimos? Y si nos haces daño, ¿no nos vengaremos? Si somos como tú en lo demás, nos pareceremos a ti en eso. Si un judío hace daño a un cristiano, ¿cuál es su humildad? Venganza. Si un cristiano perjudica a un judío, ¿qué debería tolerar con el ejemplo cristiano? Pues con la venganza. La villanía que me enseñas, la ejecutaré, y será dura, pero mejoraré la enseñanza.

Shylock es aquí la figura de la Ley pronunciada sin otra concesión que una mejor "enseñanza"; sus espectadores aún se estremecen al escuchar su insistencia en cortar una libra de carne de Antonio. En su afán de ofrecer un final feliz, el dramaturgo nos priva de saber si Shylock habría consumado aquel crimen legal a la vista de toda la ciudad, o si se trataba de una enseñanza extrema, desenlace más acorde con el arco de su personaje.

Aquí el paralelismo biográfico es sacramental. Ben Jonson —el editor, el mediador, el "Antonio" de la historia real— es quien se desposa con la hija mimada de Shakespeare, el teatro, y quien, tras su humillante victoria que conlleva el destierro del poeta, preserva sus treinta y seis folios: el vencedor que, conmovido, asegura la transmisión de su legado. Shakespeare se retira, empobrecido en prestigio, sospechoso ante la corte, apartado del favor humano, pero enaltecido por los cielos.

Todas las grandes obras son, en este sentido, proféticas, pues el Espíritu escribe primero la vida y luego la obra de cada autor. El poeta cree inventar personajes, pero se expresa a través de ellos; cree administrar palabras, pero es administrado. La economía que rige esta escritura desdeña el éxito y acoge la gracia.

La literatura genuina es creativa en la medida en que obedece a la voz interior que para los griegos fueron las musas y para los santos es el Espíritu Santo. Todos los versos son también obra del Creador, quien los dicta desde su omnipresencia a sus amanuenses, discretos, alejados del clamor del mundo por su misma profesión.

Cervantes y García Lorca

El capitán lo vio por primera vez en la plaza Nueva de Granada, a finales de junio de 1936. Federico García Lorca paseaba con sus amigos —Rafael Alberti, actores de La Barraca, poetas locales— riendo con esa risa abierta y sonora que llenaba el aire caliente. El capitán permaneció inmóvil bajo el arco de una callejuela, respirando el jazmín mezclado con el polvo que levantaban los carros. Cuando Lorca pasó cerca, lo miró directamente a los ojos —una mirada breve, casi juguetona— y le dijo con voz clara, sin detenerse:

—¿Tiene algo que preguntarme, capitán?

El oficial giró la cabeza hacia otro lado, como si el sol le hubiera golpeado de frente, y murmuró algo inaudible a su subordinado. Aquella evasión quedó suspendida en el aire denso de la tarde.

Sostengo ahora entre mis manos aquel volumen de las Obras Completas de Miguel de Cervantes Saavedra (Aguilar, Madrid, 1922): cuero gastado, papel de seda que cruje al abrirse, olor a cera vieja y a tabaco antiguo. Lo adquirí en una tienda de antigüedades junto a la Mezquita de Córdoba. El librero juró que había pertenecido a Federico García Lorca. Dudé al principio, hasta que, bajo la luz tamizada de los arcos dobles de la mezquita, sentí un escalofrío inexplicable, como si el libro respirara. Entonces vi las notas.

Dentro del volumen, entre las hojas impresas de las obras cervantinas, se intercalan pequeños papeles doblados, escritos con letra menuda y apretada, en tinta negra desvaída por el tiempo. Son fragmentos sueltos, guardados allí con prisa. La caligrafía es contenida, casi ascética. Al leerlos se percibe la presencia de Cervantes, como si el manchego

hubiera escrito aquellas líneas en 1616 y alguien —quizá Lorca mismo— las hubiera ocultado siglos después en ese mismo libro.

Transcribo aquí uno de esos papeles, fechado "En el año del Señor de 1616":

> *Soy un escritor que distingue apariencias.*
>
> *En Inglaterra, por apariencias, demolerán todos los monasterios o harán de ellos tabernas o posadas.*
>
> *En la Mancha saben que es luchando con ogros de viejo ladrillo cocido, y fabricando batallas, que evidencio el campo de sentimientos sobre el cual nuestras creencias florecen.*
>
> *Captivo de los árabes tuve la fortuna de descubrir, en la interpretación de la realidad, la libertad del pensamiento.*
>
> *La apariencia del imperio cunde ahora por Europa, y sus más violentos vástagos, carentes de imaginación, hacen de nuestros hermosos dominios un campo de jóvenes y líricos despojos.*

Al margen, en tinta verde más reciente, Lorca había añadido una sola línea:

Los vástagos violentos ya están aquí. Distinguen apariencias: solo odian.

El capitán volvió a verlo varias veces. Siempre el mismo paseo, siempre la misma risa. Lorca recitaba versos en voz alta, inclinándose hacia un amigo, poniendo la mano en su hombro con naturalidad, elevando la carcajada contra las paredes encaladas. Cada gesto alimentaba el rumor que corría por los cuarteles, por los cafés, por las sacristías:

—Ese Lorca, tan fino, tan de Nueva York… se dice que…

El capitán observaba desde la distancia, sintiendo cómo el desprecio le subía por la garganta cada vez que lo veía.

En mi escritorio de Sincelejo —donde el ventilador mueve el aire caliente y huele a café recién colado— siento que el libro me interpela. Los papeles menudos de Cervantes hablan de ogros de ladrillo y de imperios sin

imaginación; las anotaciones verdes de Lorca responden desde 1936, como si el manchego le hubiera dejado un mensaje cifrado:

Distínguelas: las apariencias matan.

Las palabras de Cervantes remiten a la Reforma Protestante del siglo XVI, cuando la autoridad de la Iglesia fue cuestionada y Europa comenzó a transformarse violentamente. En Inglaterra, Enrique VIII disolvió los monasterios y confiscó sus bienes para financiar su poder, convirtiendo antiguos recintos sagrados en tabernas o posadas. La apariencia de reforma encubría una redistribución brutal de la fe y de la propiedad.

En la Mancha, en cambio, Cervantes luchó contra ogros de ladrillo cocido. Su campo de batalla fueron las líneas de su obra magna, donde el hidalgo manchego Alonso Quijano se convierte en Don Quijote de la Mancha y emprende un viaje ingenioso en el que lucha contra gigantes, libera a princesas y derrota a malvados caballeros. Las aventuras de Don Quijote han sido simplificadas como una parodia de los romances de caballería, un género literario popular en la Edad Media. Pero El Quijote es mucho más: obra profunda y reflexiva que explora la justicia y denuncia la mentira; cuestiona la realidad y posiciona a la imaginación y al amor. En las palabras de Cervantes, la Mancha es un lugar donde la imaginación y la fantasía se reivindican por nuestra salud. Gracias a su imaginación portentosa, los protagonistas de su obra descubren la belleza y el significado en las vivencias más simples. Cervantes fue un hombre que vivió en un mundo turbulento; sin embargo, nunca perdió la esperanza en la imaginación y la libertad del pensamiento, crisol de un mundo mejor, renovado e incesantemente creativo.

Cautivo de los piratas berberiscos durante cinco años en Argel, conoció una cultura que valoraba la ciencia, la filosofía y la imaginación. Aquella experiencia le enseñó que la libertad del pensamiento puede surgir incluso en cautiverio. En El Quijote, al describir la atracción de los

turcos por los mancebos hermosos, Cervantes registra la esclavitud como lo que siempre ha sido y es, sumisión del cuerpo a los criterios del amo:

> *Luego entendí que lo decían por don Gaspar Gregorio, cuya belleza se deja atrás las mayores que encarecer se pueden. Turbéme, considerando el peligro que don Gregorio corría, porque entre aquellos bárbaros turcos en más se tiene y estima un muchacho o mancebo hermoso que una mujer, por bellísima que sea. (*Don Quijote de la Mancha, Segunda Parte*, Capítulo LXIII. De lo mal que le avino a Sancho Panza con la visita de las galeras, y la nueva aventura de la hermosa morisca).*

Cabe preguntarse si no fue esa lucidez —esa comprensión de la ambigüedad humana— la que le permitió sobrevivir.

Las últimas palabras del fragmento anticipan el desastre: la Europa que se encamina hacia la Guerra de los Treinta Años, donde jóvenes y poetas serán sacrificados por imperios sin imaginación.

El 16 de agosto, el capitán dio la orden. Lorca fue sacado de la Huerta de San Vicente al anochecer. El jazmín se mezclaba ahora con el olor a pólvora y a miedo. En Víznar, al amanecer del 18, el capitán lo miró una última vez —esta vez sin apartar la vista— y dio la orden de fuego.

Los papeles menudos quedaron dentro del libro. Lorca los había guardado allí, quizá como talismán, quizá como advertencia. Cuando lo abrí, años después, el jazmín ya se había ido, pero el escalofrío permaneció.

Cervantes y García Lorca, dos escritores que distinguieron apariencias, dejaron su testimonio en un mismo volumen: el uno en tinta negra desvaída, el otro en verde febril. Ambos supieron que los ogros llevan uniforme y evitan la mirada.

Roberto de Nobili, reformador ecuménico

Mi nombre es Roberto de Nobili, miembro de la Compañía de Jesús. Llegué a la ciudad de Madurai en 1606, movido por mi fervor espiritual y con el propósito de predicar el Evangelio de Cristo. Mi misión, inspirada en los relatos de santo Tomás Apóstol y en su labor en tierras remotas, se vio pronto ensombrecida por la animosidad de un sacerdote brahmán.

Este hombre, llamado Venkarama, me exigió veinte monedas de oro que, tras varias negativas, terminé prestándole, no sin antes explicarle que no eran para mí, sino para nuestra incipiente parroquia. Al reclamárselas, el brahmán me amenazó con arrebatarme la vida.

—¿Desea terminar como Alejandro Magno o como santo Tomás Apóstol? —me gritó con furia al verme predicar a Cristo vistiendo ropas brahmánicas—. ¿Atravesado por una lanza en el pecho?

Aunque la versión occidental de la historia de Alejandro sostiene que murió a causa de una fiebre, aquí, en Oriente, se relata que fue un guerrero tamil quien le clavó una lanza en el pecho, dejándolo postrado durante tres días. Aquella herida le provocó una larga agonía que lo persuadió de regresar a Grecia, donde moriría en el camino.

—¡Expondré sus secretos para avergonzarlo ante todo Madurai! —prosiguió el brahmán—. ¡Soy más poderoso que usted!

Dios, sin embargo, en su providencia, no permitió tal desenlace. Me duele consignar que Venkarama murió un año después, tras una larga e inexplicable agonía. Lamento describir este episodio, pero en Tamil Nadu lo sobrenatural

se entrelaza con las intrigas de la vida cotidiana, castigando al malvado y favoreciendo al honesto.

Mi peregrinación por la India, en consonancia con las enseñanzas de Horacio sobre la adaptabilidad y la flexibilidad, me ha conducido a reconocerme, sin reservas, no solo como fiel creyente católico, sino también como miembro de los brahmanes, enviado por Dios a este escenario de creencias múltiples y profundamente espirituales.

Enseño que las leyes del karma también rigen en Occidente, pero que Jesucristo es quien, por su amor, perdona a aquellos condenados al eterno ciclo del sufrimiento. Sin Él, el ciclo de las reencarnaciones sería interminable.

Se me pregunta cómo un solo hombre puede vencer el karma de todos. Respondo que Jesús es el avatar final de Shiva, su dios destructor. Explico que Él corregirá los males del mundo en el año **2034**, al final de los tiempos, cuando la humanidad sea capaz de comprender su propia maldad, crueldad e intriga.

Mi comprensión del catolicismo difiere radicalmente de la versión dogmática que parte del clero inculca bajo el sofisma de la casuística. Acudo a los templos porque amo adorar a mi divinidad y cultivar ese sentimiento de grandeza que solo los creyentes alcanzamos: sabernos miembros de la empresa más ambiciosa del orbe, la Creación.

En la India he descubierto que la idea más excelsa —la mejor, la ideal— se manifiesta como Dios, y que es en esa inspiración donde el artista encuentra el terreno de su creación. Cada obra de arte nos conduce a la belleza y, en ella, a la expresión de un amor que buscó simplemente amar y que, de manera misteriosa, lo consiguió.

No distingo la pagoda budista de las hermosas capillas de Oporto, ni de la sinagoga de Ámsterdam, ni de la catedral de Santa Sofía —hoy mezquita—. En todas esas construcciones, epítomes de tantos movimientos

arquitectónicos, descubro las expresiones más delicadas del amor de generaciones pasadas y presentes. Quien ama a Dios ama sin límites, porque discierne su presencia tanto en la enfermedad que nos aparta del trajín del mundo como en el esplendor de un rey.

En la India he vivido junto a hombres que anhelan su divinidad y entre animales venerados con un júbilo que solo se experimenta en estas tierras. Hace unas semanas me descubrí bailando con la multitud en Goa, degustando pasteles de limón ofrecidos por los devotos de lord Ganesha. Los mendigos que duermen en las aceras con una serenidad sobrecogedora me conmueven no menos que los marineros de los muelles de Cochín.

Cada chispa de amor y de belleza es un eco del Ser divino, y la India, con sus colores y paisajes, es un rincón radiante del mundo donde palpita la fe en Dios.

He adaptado la liturgia romana a los hábitos y rituales locales, lo cual me ha otorgado fama en toda la India, aunque también ha despertado la envidia del arzobispo portugués de Goa, Cristóvão de Sá e Lisboa.

Mañana parto hacia Roma para defender mi labor misionera ante el Papa y la Inquisición. Si soy encarcelado o expulsado de la Iglesia, mi obra —la primera gramática de la lengua tamil— me preservará en estas tierras, donde he hallado mayor amor al prójimo que en cualquier ciudad europea.

No temo a la muerte, pues su sopor me resulta tan grato como el sueño apacible que precede al desciframiento de los secretos del día. Aquí la muerte es venerada como voluntad de Dios, ya provenga de la mano del hombre o de los dioses mismos.

Baruch de Espinosa

Érase una vez un estudiante de leyes de Ámsterdam llamado Baruch, descendiente de judíos que, bajo amenaza de muerte, fueron conversos al catolicismo y que luego, tras la apertura de Holanda a los inmigrantes de Iberia, decantaron y recuperaron su credo y sus costumbres. Desde niño, Baruch elaboró un discurso que cuestionaba el mundo que lo rodeaba: desde el hábito de sus padres de recitar el Talmud de memoria hasta la presupuesta autoría de la Biblia por parte del Dios creador. Concibió a cada hombre como un receptáculo del Creador, cuyo destino era recrear el mundo a lo largo de cada existencia. Su admiración por los preceptos del bien y de la compasión lo condujo a aspirar a la santidad.

Su padre y sus tíos reprobaron sus opiniones en las reuniones sociales, primero con condescendencia y luego con irritación, hasta que Isaac Ben Alsin lo acusó públicamente de creerse superior a sus ancestros por haber nacido entre cristianos.

Baruch sobrevivió a un juicio de sus propios familiares, pero su amargura fue tal que comenzó a frecuentar el círculo hermético de los Amonitas, heréticos cristianos que preconizaban la superioridad de los animales sobre el hombre. Alejado de intrigas y mentiras, Baruch se recluyó entonces en una granja e hizo de la naturaleza el motivo de su obra; se le veía cuidando animales, conversando con las plantas y escribiendo en su despacho, de cara al jardín. Sus coetáneos no comprendieron sus escritos, pero, por ello mismo, dejaron de importunarlo.

Baruch escribió profusamente hasta su muerte, con la certeza de que sus textos no serían comprendidos hasta que la humanidad reconociera en la naturaleza la manifestación

de su creador: esto es, en la tierra, en las plantas, en las bestias.

La Mosca del Visir

I

Vauban nos interrumpió para anunciar que los holandeses habían destronado a su Rey.

—Acabarán por asesinarse los unos a los otros —comentó su Majestad para asombro del cuerpo diplomático—. ¿Cómo se atreven a destronar a su soberano?

—Nosotros —lo espetó el embajador turco con una imprudencia inusitada—, deponemos a nuestros príncipes con frecuencia.

Luis XIV, cuyos cambios de ánimo eran irreverentemente observados por los embajadores de las demás monarquías europeas, parpadeó y repuso, en una voz que traicionó su ira, que los turcos deberían contratar a su ingeniero Vauban para fortalecer el paso de los Dardanelos. Sus asistentes y secretarios rieron, como era de esperarse, al unísono.

Horas más tarde Monsieur Colbert me convocó a su despacho.

—¡Le Duc! —exclamó—. ¡Mis enemigos me acusan de haber condenado a uno de los mejores médicos de París a la embajada de Estambul!

—No puedo quejarme de mi estadía en Turquía, Monsieur.

—¿Cómo? ¿No le gustaría regresar a Francia?

—Es preferible ser un duque en el oriente que un paje en occidente —respondí melifluo.

—Yo podría ayudarle a diligenciar su título nobiliario.

—¡Monsieur!

Colbert se levantó y acercándose a la ventana desmoronó un mendrugo de pan; varios pajaritos revolotearon a su alrededor.

—Me temo que la provocación de aquel fanfarrón turco no pasará sin consecuencias —dijo regresando a su escritorio.

—El embajador es un miembro de la familia Koprolu.

—¿Qué tan cercano? —Primo de Nuuman Koprolu; ambos son descendientes de Kara Mustafa.

—¡Ah, sí! Del visir que sufrió la primera derrota turca en tierra cristiana desde la caída de Bizancio —Colbert sentenció meditabundo—. Los cobardes del ayer engendran los héroes del mañana. ¿Es cierto que el visir está demente?

—Nada grave; se trata, digámoslo así, de una alucinación crónica. Nuuman Koprolu cree que una mosca ha escogido la punta de su nariz como morada.

—Sólo los devotos musulmanes podrían haber instaurado a un lunático como Visir.

—El cirujano del harem le ha prescrito algunas hierbas, pero ningún médico ha sido capaz de convencerlo de que aquella mosca sólo existe en su imaginación.

—Tal vez usted pueda hacerlo.

—¿Yo? —pregunté desconcertado.

Colbert se arrellanó en su silla.

—Esta mañana el embajador inglés me comentó que nuestro rey era un amedrentador demasiado tímido. El emisario austriaco, por su parte, y con su indiscreción característica, inquirió si aquel era el modo en que los infieles turcos retribuían nuestra apostasía. Las epístolas de Francisco I desde su prisión al Sultán, así como su pacto secreto, nos habían granjeado la antipatía de los estados católicos y protestantes.

—El emperador Carlos no hubiera aprobado de su comentario —repuse.

—No estoy tan seguro.

—De cualquier modo es gracias al cautiverio de Francisco y al ánimo supersticioso de Carlos que nuestra nación controla las transacciones comerciales entre Turquía y occidente.

—¿Hasta cuándo?

—¿Usted cree que esa discusión tan insignificante entre nuestro soberano y el embajador turco deteriorará nuestras relaciones comerciales?

—Inglaterra está tratando de establecer una alianza comercial privada con Rusia.

—Ya veo.

—Su Majestad cree que el mejor modo de vengar una ofensa es perdonándola —Colbert sonrió complaciente—. Algo que aprendió de los jesuitas. Mañana usted partirá para Estambul, Le Duc, con el propósito de curar al visir y de desacreditar a su embajador en París.

Asentí agradecido y nervioso.

—Son pocos los hombres que han hecho de Francia una nación —repuso Monsieur Colbert—; sea uno de ellos, Le Duc.

II

Tres semanas después la corte del eunuco principal nos recibió en el muelle de Galípoli. El visir, a quien Monsieur Colbert ya había escrito sobre del motivo de mi viaje de regreso, había dado órdenes que sus mejores guardias me escoltasen hasta las puertas del Palacio de Serallo. Su anuncio me inquietó; desde mi entrevista con Monsieur Colbert mis esfuerzos por encontrar un remedio a la dolencia del Visir me mantenían en vela. Una cirugía innecesaria podría ser el método más eficaz, si bien el menos adecuado; Nuuman Koprolu podría reemplazar su nariz por una dorada, tal y como uno de sus predecesores bizantinos lo había hecho siglos atrás.

—El Visir se le agradecerá —repuso el eunuco principal, añadiendo con premeditada malicia—: quiero decir, si usted lo logra curar de su espejismo.

—¿Podríamos zarpar de inmediato? —me excusé.

—Si usted fracasa —el eunuco principal me espetó—, el Sultán y yo nos ofenderemos.

Absorbí sus palabras displicentes; un barco de amplías velas blancas quebró la línea del horizonte.

—Son piratas —el eunuco titubeó un tanto avergonzado—; le aconsejo que evite los paseos por la playa.

Horas después, al desembarcar en el Cuerno Dorado, una jauría de perros nos siguió hasta la embajada; cuando Bazin, mi asistente principal, comenzó a espantarlos, los canes emitieron aullidos de protesta.

—Lo mejor es que usted les entregue algo de comer —comentó el eunuco—; ellos se creen los dueños de Estambul.

—¿Quién lo permite? —replicó Bazin ahuyentando a un can con su pañuelo.

—Uno no debe discutir ni con las bestias ni con los desquiciados —sentencié.

—Jamás había escuchado ese proverbio —replicó Bazin—. ¿Es de su autoría?

—Digamos que sí —vacilé, descubriendo en mis palabras la respuesta a mis arduas disquisiciones.

—Consígame una mosca —le dije a Bazin—; la más verde que pueda capturar.

III

Al anochecer el Visir nos recibió en sus aposentos con una cena opípara.

—Sabré recompensar a mi cirujano —me susurró el Visir a mi oído con voz insegura.

—Su Majestad le desea una pronta recuperación.

—¿Disfruta de una buena salud? Quiero decir, su Rey.

—No tanto como sus súbditos lo desearían —repliqué entristecido—; hace poco sufrió un ataque de nervios.

—¿Cómo?

—Cierta conversación con su embajador en París lo afectó. Su Majestad teme que su excelencia ceda nuestro monopolio sobre la ruta de la seda a los ingleses.

—¡Ah! —exclamó el Visir cayendo en cuenta del propósito de mi viaje.

La cena concluyó y el eunuco nos condujo a otro aposento, en donde un grupo de danzarines místicos rotaron a nuestro alrededor a una velocidad vertiginosa. Los entretenimientos de cantantes y saltimbanquis se prolongaron por dos horas. Dominado por el cansancio, y persuadido de que el visir había perdido interés en mi tratamiento, al menos por aquella noche, me despedí. Dos guardias me condujeron por un laberinto de senderos hasta un jardín sobre el ala norte de Top-Kapi.

—¿Podría aplicarle su remedio ahora? —susurró el eunuco principal desde una columna, presa de una ansiedad que no había sido capaz de advertir hasta entonces.

Asentí y le pedí que me condujese a la antecámara del Visir. En breve descubrí a un hombre ojeroso y de rostro ajado recostado sobre un lecho de seda y satín. Comprobé que el Visir que había conocido en la cena era, tal y como lo barrunté, un actor encargado de representar al verdadero Visir en los actos protocolarios.

Nuuman Koprolu me dijo entonces con labios sudorosos que aquella mosca estaba incubando sus huevos en los poros de sus aletas nasales. Luego de haber sostenido una conversación baladí sobre los encantos de Estambul, enarbolé con un gesto repentino mi cuchillo, y pidiéndole al Visir que se tranquilizase, rasguñé la punta de su nariz de un solo tajo. El estadista turco reculó y observó

las gotas de sangre que parsimoniosamente caían sobre el tapiz de su recamara.

—Aquí la tiene —dije enseñándole la mosca verde y gorda que Bazin me había previamente entregado, y que yo ya había semicercenado.

—¡Esa es! —exclamó el Visir con ojos de triunfo—. ¡Sabía que existía!

Casi de inmediato el Visir se sumió en un profundo sopor, del cual no se levantaría hasta el siguiente atardecer.

—La mosca no lo dejaba conciliar el sueño —murmuró el eunuco con lágrimas en sus ojos.

Habiendo consolidado nuestra posición, y pese a las insistencias de la corte turca, regresé a Francia, esta vez bajo el título de Conde de Mont-Faucon.

El Rey Embrujado

El rey de Francia Luis XIV es recordado por nuestras generaciones jactanciosas en virtud de sus innovaciones protocolarias y culinarias, las cuales reinstauraron en europea la pompa y los excesos propios a las tiranías de Roma, Turquía, Persia y China. Ni la consolidación de la monarquía absoluta, ni el aumento de los impuestos a la burguesía, ni el empobrecimiento de la gleba francesa, ni las innecesarias batallas contra España e Inglaterra, ni las hordas de cadáveres que sus vástagos habrían de emular en los siglos venideros han empañado la reputación del Rey Sol; menos aún la instauración de la monarquía absoluta en su esfuerzo por condonar la degollación de un bebé sobre un cáliz sagrado emplazado sobre el vientre de una prostituta. Enfatizo las frases que arrojan luz sobre este proceso en la crónica que Nicolas de la Reyne, teniente general de la policía de París, subscribió ante el obispo de la ciudad de Besançon días antes de su muerte:

"El 21 de septiembre de 1677 un acólito de apellido Duvois descubrió en el confesionario de los Jesuitas de la calle de Saint—Antoine una hoja manuscrita que advertía sobre el posible envenenamiento del rey y del delfín. A lo largo de diez semanas comparé su caligrafía con las firmas que mis antecesores habían recompilado de los criminales más conspicuos de París. Tras arduos esfuerzos logramos atribuir la autoría de aquella nota a Luis de Vanens, falsificador y alquimista de profesión, y a quien ya habíamos encarcelado e interrogado durante el proceso contra Madame de Brinvilliers siete meses atrás. En los albores de un nuevo siglo Francia aún no se ha repuesto de la condena de aquella dama de abolengo, cuya hermosura siniestra casi logra persuadir a los jurados de su inocencia por los

envenenamientos de su padre, sus hermanos y su esposo. Su quema en la hoguera no sólo conmovió a nuestra nación, sino que alarmó a los alquimistas, quienes clandestinamente proveían de pociones mortíferas a las esposas más inescrupulosas de nuestra comunidad. Colegí que la denuncia de Luis de Vanens no obedecía tanto a un sentimiento piadoso como al temor de éste de verse implicado en un juicio de lesa majestad, el cual le acarrearía el triple castigo del descuartizamiento por caballos, el despellejamiento vivo y la hoguera.

—¿Madame de Montespan? —me preguntó el capitán Desgrez.

—No —fue mi respuesta automática.

Aunque casi todas las condenas por los recientes envenenamientos habían recaído en las esposas o amantes de las víctimas —a excepción de un par de parricidios, era ilógico que concubina preferida del Rey, madre de seis de sus bastardos, desease asesinar a su protector.

—Ella ama a nuestro soberano con pasión —musité tras una breve pausa.

Nuestros cortesanos aún se compadecían del Marqués de Montespan, quien se había presentado en traje de luto en Versailles el día en que supo que nuestro rey había raptado y preñado a su bienamada esposa. Su rostro alicaído sólo le había válido el embargo real de sus propiedades y el sarcasmo de Molière, bufón de la corte:

Compartir un bien con Júpiter
No es deshonroso en modo alguno[9]

Dos meses atrás el rey había promulgado una ley según la cual el mayor de sus bastardos, esto es, el primogénito de Madame de Montespan, podía acceder al trono en caso de

[9] Un partage avec Jupiter
N'a rien du tout qui deshonore

que su descendencia legítima se extinguiese. El favoritismo de la concubina principal se había visto, por lo demás, favorecido por la muerte de la amante adolescente de Louis XIV, Madeimoselle de Fontanges, durante su primer alumbramiento.

—Y el Rey aún parece amarla —acotó Desgrez.

Esa misma tarde el capitán arrestó a Luis de Vanens y a su amante, una agorera y prostituta apodada Finette. Los huesos de un bebé y varios documentos hallados en su casa me revelaron la existencia de una logia de falsificadores, curas y hechiceros consagrados a la ejecución de seres humanos en misas profanas. Tras haber sido sometido a un interrogatorio, Vanens confesó que aquellos huesos no eran de un bebé, sino de un feto de Finette. Ésta, por su parte, testimonió que junto con Vanens se había personado hacia las dos de la madrugada de un viernes de luna llena en una capilla rural, sitio en donde permitió que un cura renegado la extendiese desnuda en el atrio de una iglesia, atándola a cuatro cirios negros, para masajearla y darle a beber pociones que al poco tiempo la forzaron a abortar. El bebé fue entonces degollado en lo que parecía ser una parodia de la Santa Misa; su sangre, vertida sobre un cáliz, fue mezclada con substancias inmundas e ingerida en forma de hostia por una dama ataviada en un traje de seda italiana, armiño oriental y encajes españoles. La prostituta, quien comenzó a desgañitarse a la vista de su feto exangüe, fue prudentemente conducida fuera del recinto por una anciana a quien Vanens se refería como *La Vecina*. Finette preservaba los huesos como reliquia de su consagración a las tinieblas.

Otro interrogatorio de tres días arrojó una confesión menos creíble: la misa negra descrita por Vanens no había ocurrido una, sino cientos de veces a lo largo de los últimos veinticuatro años. No pudimos, pese a nuestros esfuerzos, sonsacarle los nombres de los criminales implicados. El cuarto día, sin embargo, el abogado Perrin me visitó en mi

despacho para informarme de una conversación sospechosa que había escuchado entre la quiromántica coja y tuerta Marie Bosse y varios comensales de la posada emplazada en la Rue Courtauvilain. Marie Bosse, según Perrin, se había ufanado de haber otorgado la paz eterna a varios miembros de la nobleza, acotando que dos marqueses más le bastarían para sobrellevar una vida holgada en el Rousillon. Luego de agradecer y despedir a Perrin, procedí junto con Desgrez a celar a Marie Bosse; a tal efecto mi asistente instó a la consorte de uno de sus arqueros a que visitase a la hechicera asumiendo el porte y el vestir de una marquesa. En su primera cita la agorera se limitó a leer el pasado y el futuro de su cliente, quien se presentó como la Marquesa de Boucherat; en la segunda, luego de escuchar las continuas quejas de su cliente contra su marido avaro, Marie Bosse le prometió la consecución de un remedio adecuado para su tercer encuentro; nuestra agente, quien ya había descifrado en dicha adecuación un eufemismo mercantil, le entregó una suma cuantiosa a su pitonisa, quien en su último audiencia concedió a nuestra asistente la prueba que indagábamos: un tóxico capaz de eludir las autopsias de los doctores más distinguidos de París. Procedimos a arrestar a Marie Bosse, quien bajo amenaza de perder su único ojo nos reveló la identidad de *La Vecina*: Madame Catherine Devoisons, de quien la Fontaine escribiría más tarde: *Una dama en París hizo de Pitonisa*[10].

Su confirmación fue acompañada de quejas desgarradoras, en las cuales la tuerta y coja se maldecía por haber traicionado a una de las protegidas del príncipe de las tinieblas. Su delirio se incrementaría en los subsiguientes días, hasta el punto de inducirla a reventar su testa contra el muro de su celda.

---

[10] Une femme, à Paris, faisoit la pythonisse

Luego de que Marie Bosse firmase su confesión procedimos a arrestar a Madame Devoisons, una hechicera ebria y lujuriosa, quien en un tono desafiante nos manifestó a la mañana siguiente el haberse entregado al demonio, quien en forma de toro la desfloró a los trece años en un aquelarre. Madame Devoisons era curiosamente la cónyuge de un hombre probo, quien soportaba sus numerosos adulterios con amantes tan disímiles como André Guillaume, verdugo de París, y quien por un giro perverso del destino habría de estrangularla meses más tarde ante el vulgo de París. Monsieur Devoisons nos manifestó, en su devoción amorosa, que el instigador de las acciones de su esposa era su amante principal el prestidigitador Monsieur Adam Cœuret, alias Lasage, quien en cierta ocasión había persuadido a *La Vecina* de que envenenase a su marido.

—Pero mi Catherine —concluyó el cónyuge ultrajado—, se arrepintió en cuando vio mi primer estertor; ella fue quien me salvó a base de antídotos.

Lasage, quien purgaba una condena de dos años en *La Bastille* por haber depositado una barra de cobre en el Banco Nacional bajo la pretensión de que era un lingote de oro, fue conducido de inmediato a interrogatorio.

—Se le acusa de haber instigado a Madame Devoisons a envenenar a su marido —Desgrez lo espetó

—¡Ah! —Lasage rio en una expresión de alivio—. Si eso fuera verdad él no estaría vivo.

—… y de conspirar contra Su Majestad.

Lasage cayó entonces de rodillas, jurando su inocencia.

—¡Yo sólo ayudo a niñas desesperadas! —sollozó en algún momento.

—¿Cuántos abortos? —intervine.

—Dos mil o tres mil —caviló el alquimista—; ustedes pueden desenterrar sus restos en el jardín de *La Vecina*.

—Esos fetos —murmuré en un tono casual—, ¿fueron sacrificados en misas negras?

Lasage se sumió en un silencio prolongado, del cual sólo habría de extraer la promesa del Rey de perdonarle la vida.

La Vecina, en un cambio de actitud imprevista, nos desafió a la mañana siguiente y proclamó que si queríamos preservar nuestro pellejo debíamos liberarla de inmediato.

—Tengo protectores poderosos —nos dijo con ojos llameantes—; capaces de propiciar su caída.

Sus aseveraciones, y la repentina muerte de Marie Bosse, nos intimidaron hasta el punto de inducirnos a rezar el rosario cada día. Fue entonces cuando el Rey, con seguridad informado por sus espías, me convocó a sus aposentos para comunicarme que nos apoyaría incondicionalmente en nuestra investigación. No sin vehemencia le sugerí que instaurase una nueva Cámara Ardiente con poder para juzgar a los numerosos nobles que serían delatados por sus colegas apresados.

La Cámara ardiente descubrió los vínculos criminales de trescientos cuarenta y seis comunes, tres damas de la nobleza y un dramaturgo; ningún noble fue a la postre condenado, aunque se murmura que cada cual fue sometido a cierto tipo de ostracismo, y que la decadencia del genio de Racine se debió al disfavor del Rey.

El motivo por el cual la cámara fue abruptamente clausurada no fue político, tal y como los detractores del Rey lo dicen, *aunque reconozco que aquella medida reforzó su autoridad a la par que debilitó la del clero y la nobleza*. Luego que Su Majestad garantizase la vida a los brujos que pudieran implicar con pruebas fehacientes a los miembros de la nobleza, Lasage reclamó una pluma, papel y tinta. En breve el prestidigitador me entregó un documento tan urticante que yo mismo tuve que ir hasta Versailles en medio de una tormenta de nieve para entregárselo a nuestro soberano. Luis leyó sus páginas con rostro pálido, y luego de una larga pausa en la cual pareció escudriñar el vacío se levantó y arrojando los folios al fuego de una hoguera me dijo:

—Así que la mujer ataviada en traje de seda italiana y encajes españoles es Madame de Montespan —carraspeó nuestro Rey—. No puedo castigarla por haberme hecho comer sangre de niños.

—Ni por haber envenenado a otras concubinas.

El Rey reprimió su llanto con dificultad.

—Debemos clausurar la Cámara Ardiente —la expresión de dolor en su rostro me persuadió de su argumento—. Sólo sus miembros pueden hacerlo, pero ¿quién lo dice? ¿Las leyes del Estado? El Estado soy yo.

A pesar de mi silencio y de mis precauciones, el rumor de los excesos de Madame de Montespan llegó a la Cámara Ardiente. Su efecto no pudo ser más favorable; la voluntad del Rey fue acatada con aire solemne y la Cámara fue disuelta en una tarde. Nadie, ni siquiera nuestro monarca, maliciaba en aquel entonces que el beneplácito de sus miembros entrañaba un nuevo valor constitucional.

—¿Quién fue su mayor cliente? —pregunté a *La Vecina* minutos antes de su ejecución.

—Medio París —replicó—; venían a mí en busca de tesoros, o para deshacerse de un pariente. ¡Y todo lo que Lucifer pedía era la sangre de un niño indeseado!

—¿No se arrepiente?

—Una eternidad en las llamas del infierno no bastaría para hacerme purgar todos mis crímenes —dijo con aire entristecido.

—¿No había predicho usted su propia desgracia? —pregunté.

—Tengo protectores poderosos —insistió—. Mi sentencia será derogada en el último momento.

—¿Por Madame de Montespan?

—Ella es una mujer devotísima —*La Vecina* palideció.

—En eso estamos de acuerdo —comenté ácidamente—; Madame de Montespan abandonará la corte en unos días para dispensar sus últimos años en el convento de las carmelitas

La Vecina aulló y se arrancó sus vestiduras.

—¡Si el Rey me condena, su sangre correrá por el cadalso, y con ella, la de todos los franceses!

—Supercherías—repuso el ministro Colbert cuando le relaté las últimas palabras de la envenenadora más celebre de Francia—. Pero usted obró mal. La madre de los hijos del rey se merece nuestro respeto.

—Yo mismo me he encargado de silenciar la fuente de semejantes injurias —dije entregándole los resultados de la autopsia de Lasage.

—Francia se lo agradecerá, Monsieur.

La Campana del Emperador Yongle

Según el testimonio del misionero ecuatoriano Jacinto Carrasquilla SJ, una de las campanas mejor fundidas por las gentes del lejano oriente cuelga de la Torre de Wanningsi (Paz Eterna), la cual se eleva a treinta y tres metros sobre uno los extremos de la arcada central de la Ciudad Sagrada de Pekín, al norte de la estrada Di'anmen. Los historiadores del Emperador Amarillo atestiguan que la Campana de la Paz Eterna fue fundida a principios del siglo quince, durante el reinado del emperador Yongle, de la dinastía Ming. Los nativos de este país —escribe Carrasquilla en sus crónicas de viajes—, atribuyen la perfección de su tintineo al sacrificio de Chai Deng, hija del mandarín Deng Yong, quien había sido comisionado por la madre del emperador para que fundiese la campana más armoniosa del continente, capaz de despertar a las vírgenes del palacio de invierno, situado a veinte kilómetros de los aposentos imperiales. Luego de varios intentos infructuosos, Deng Yong recibió un ultimátum de la madre imperial, advirtiéndole que, si el hierro de la campana se vencía una vez más, su cabeza rodaría por las escalinatas de la ciudad sagrada para deleite de los eunucos y golosina de los pequineses del emperador.

—Es posible que Mañana sea ejecutado —dijo Deng Yong a su esposa y sus tres hijas al volver a casa—; el eunuco principal quiere deshacerse de mí para favorecer a uno de sus familiares.

Las palabras de Deng Yong no podrían haber causado un terror más profundo entre sus parientes. Su muerte ya era un motivo de congoja, pero más aún la certeza de que siendo ejecutado todos los miembros de su casa lo acompañarían al sepulcro. La esposa de Deng se desgañitó

y meció sus cabellos, en tanto que sus dos hijas menores gimieron desconsoladas a sus pies. Pero Chai, su hija mayor, preservó un semblante flemático, si bien pálido.

—Creo que esta vez he desentrañado la combinación perfecta —Deng Yong caviló.

—¿Puedo hablar padre mío? —preguntó Chai escondiendo su mirada.

—Ahora debo regresar.

Chai comprendió que su padre los abandonaría aquella noche para pernoctar en casa de su querida.

—Debe ser menos densa —Chai se aventuró a decir antes de que su padre se levantase de la mesa—. Bastaría con que usted la mezclase con uno o dos sacos de harina y dos toneles de agua.

—Es absurdo —exclamó Deng Yong visiblemente irritado.

—Étienne me lo dijo antes de partir.

El rostro de Deng Yong se contorsionó en un rictus de dolor a la par que su cuerpo pesado y vigoroso avanzaba a lo largo del corredor.

—No quiero oír de nuevo el nombre de ese bucanero —dijo Deng Yong antes de parpadear parsimoniosamente sobre el rostro de Chai Deng.

—¡Meretriz! —vociferó su madre antes de que su padre hubiese abandonado sus aposentos.

Chai esperaba una represalia aún mayor de parte de su progenitora y sus hermanas, no exenta de arañazos, pero la proximidad de la muerte las había sumido en una especie de resignación letárgica.

Durante los últimos tres años Chai había sostenido un idilio sentimental con Étienne Fourmont, quien a la postre obtendría celebridad en Europa por su *Linguae sinarum mandarinicae hieroglyphicae grammatica duplex* (Paris, 1742). Su relación había sido discreta, de modo que nadie en Pekín se había percatado de que la causa de las frecuentes visitas de Étienne al palacio de Deng Yong no era meramente

diplomática. La misma madre de Chai llegó a creer que Étienne no era sino un fervoroso admirador de su marido, ya entonces célebre en el Japón y la China por sus escritos sobre medicina, matemática y metalurgia, hasta cuando en cierta ocasión Pow, una de sus hijas menores sorprendió a Chai en brazos de Étienne.

—¡Lo habrás soñado! —fue la réplica inmediata de su madre a Pow—. ¿Quién se va a interesar en una solterona como Chai? Si hay una doncella que a él le interese en esta casa esa será Yi-Chang o tú.

Chai tampoco lo había comprendido; su cuello alargado, sus pies acuáticos, sus anchas caderas y sus senos abultados eran motivo de burla constante entre sus familiares y conocidos.

—Para mí eres la mujer más hermosa de oriente y occidente —le había susurrado Étienne a su oído en varias ocasiones.

Chai había instruido a Étienne en la gramática de su idioma. Étienne, por su parte, la había adoctrinado en los fundamentos de la metalurgia europea, conocimiento con el cual Chai esperaba granjearse los favores de su padre y los de la madre del emperador.

—¿Es cierto que usted quiere casarse con Chai? —le había preguntado Deng Yong a Étienne en medio de la cena.

—Si el emperador me lo permite —fue la respuesta lacónica de Étienne.

—Usted se casará con Yi-Chang —repuso Deng Yong—; Chai compartirá sus años maduros con sus padres.

Chai no pudo contener un sollozo al escuchar la sentencia de su progenitor.

—No tengo ningún interés en casarme con Yi-Chang —replicó Étienne en tono desafiante.

—En ese caso usted no me deja otro recurso que el de hablar con la madre del emperador. Estoy seguro de que a

ella le deleitará saber el modo en que los portugueses recompensan nuestra hospitalidad.

—No soy portugués —Étienne había replicado.

—Para mí todos lo son.

Étienne se sumió en un profundo silencio, y Chai comprendió entonces que ya no podría acariciar el rostro de su amante en casa de su padre. ¿Se atrevería a escapar a Francia, tal y como Étienne se lo había propuesto en varias ocasiones? Imposible; si huía el emperador la reclamaría a los reyes europeos.

Tres días después de aquella velada, cuando Chai aún no se había repuesto de su frustración amorosa, una anciana se le acercó en la calle para entregarle una misiva en donde Étienne justificaba su partida inesperada de Pekín. Ya entonces Chai se había refugiado en los pasadizos de la biblioteca de su padre, incapaz de reconocer que Étienne la había abandonado o, probabilidad aún más onerosa, que él jamás la había amado.

Aquella noche, dicen, Chai abandonó su casa en compañía de una sirvienta y un peón, quien la condujo hasta los talleres del emperador Yongle. Al entrar su padre la observó con un rostro convulso, pero tal fue su sorpresa que ni él, ni ninguno de los trabajadores que manipulaban el hierro fundido se atrevió a interrogarla sobre los motivos de su visita inusitada.

—La campana será perfecta —musitó con lágrimas en sus ojos.

Aprovechándose de la confusión general, Chai se descalzó de una de sus zapatillas y tomando impulso sobre su pie desnudo se abalanzó sobre el metal fundido, entregando su cuerpo a la furia de las llamas.

Al día siguiente, la campana fue presentada a la madre del emperador, quien enterada de la inmolación de la hija del mandarín Deng, propagaría meses más tarde el rumor de que Chai Deng se había sacrificado a las deidades de la noche para que su padre fundiera la mejor campana del

imperio. Tal es la interpretación que la cultura popular preserva, asaz preferible a los pormenores de un idilio, una separación, una humillación y un suicidio rayano en la obstinación académica y amorosa.

El cuatro de octubre de 1924, a eso de las siete de la noche, Carrasquilla tuvo la oportunidad de distinguir el tañido armonioso de la campana de Chai Deng desde el palacio de las concubinas, emplazado a veinte kilómetros de la ciudad sagrada.

El Decreto Lingüístico de Felipe IV

Era el año 1625, apenas cuatro años después de que Felipe IV ascendiera al trono de España. A sus veinte años, el joven monarca ya era conocido por su elegancia, su amor por las artes y un pequeño pero notable problema de dicción que había heredado de su familia. Cada vez que pronunciaba una palabra con "C" o "Z", surgía un peculiar sonido sibilante, parecido al "th" inglés.

Aunque sus cortesanos más cercanos aseguraban que se trataba de un rasgo entrañable, la corte —siempre al acecho de debilidades— lo convertía en objeto de burlas apenas disimuladas.

Una tarde de octubre, en uno de los vastos salones de El Alcázar de Madrid, Felipe escuchó cómo dos jóvenes nobles imitaban su manera de hablar. Eran hijos de familias importantes: el marqués de Villanueva y el conde de Benavente, ambos recién llegados de sus posesiones en Extremadura. Las risas contenidas fueron para él como un puñal. Sabía que un monarca debía inspirar respeto, y cualquier signo de debilidad, incluso uno tan trivial como su forma de hablar, podía ser usado en su contra.

Aquella noche, Felipe no pudo dormir. Se levantó varias veces, caminó por los pasillos oscuros del palacio, se detuvo ante los retratos de sus antepasados. En el rostro de Carlos V creyó ver un reproche; en el de Felipe II, una advertencia. "¿Qué pensarían ellos de un rey que no puede ni siquiera pronunciar correctamente el nombre de su propia capital?", se preguntó con amargura.

A la mañana siguiente, convocó al Conde-Duque de Olivares.

Gaspar de Guzmán, Conde-Duque de Olivares, era un hombre de constitución robusta y mirada penetrante. Había

servido a la corona desde que Felipe era niño, y conocía los recovecos del poder mejor que nadie. Cuando entró en la cámara privada del rey, encontró a su majestad pálido, con ojeras, mirando por la ventana hacia los jardines donde ya caían las primeras hojas del otoño.

—Majestad —dijo Olivares con una reverencia—, me han dicho que no habéis probado bocado en todo el día.

Felipe se volvió lentamente.

—Olivares, debo haceros una pregunta, y quiero que me respondáis con franqueza, aunque la verdad sea dolorosa. ¿Se burlan de mí en la corte? ¿Se ríen de mi manera de hablar?

El conde-duque bajó la mirada un instante. Era un hombre práctico, que había aprendido que la verdad, dosificada con prudencia, podía ser más útil que la mentira.

—Majestad —respondió finalmente—, hay quienes, en su ignorancia, no comprenden que las particularidades de un rey son, por naturaleza, superiores a las del común de los mortales. Lo que en otro sería defecto, en vuestra majestad es distinción.

—No me habléis con enigmas, Olivares. He oído las risas. Las he oído claramente.

—Es cierto que algunos necios... —el conde-duque eligió sus palabras con cuidado— ...han comentado la pronunciación particular de vuestra majestad. Pero permitidme deciros algo que quizá no habéis considerado: un rey no debe adaptarse a sus súbditos. Son ellos quienes deben moldearse según la voluntad real.

Felipe lo miró con curiosidad.

—¿Qué queréis decir?

—Quiero decir, majestad, que si vuestra forma de pronunciar las palabras es motivo de comentarios, transformadla en ley. Haced que todo el reino hable como vos. Así, lo que hoy es burla mañana será norma, y lo que hoy es debilidad se convertirá en la marca distintiva del imperio español.

El rey permaneció en silencio largo rato. Afuera, un cuervo graznó entre los árboles.

—¿Creéis que eso es posible?

—Majestad —dijo Olivares con una sonrisa apenas perceptible—, vos sois el rey de España, de Nápoles, de Sicilia, de las Indias. Vuestro imperio se extiende por tierras donde nunca se pone el sol. Si un rey como vos no puede determinar cómo ha de hablarse en sus propios dominios, ¿qué clase de rey sería?

La idea germinó en Felipe como una semilla en tierra fértil. Durante los días siguientes, consultó con teólogos y gramáticos de la corte. Don Baltasar de Zúñiga, anciano consejero de su padre, le advirtió contra la medida.

—Majestad —le dijo el viejo noble con voz temblorosa—, la lengua es como un río: puede desviarse, pero no detenerse. El pueblo habla como sus padres le enseñaron, como sus abuelos hablaron. Un decreto real puede cambiar leyes, impuestos, fronteras... pero la lengua vive en la boca del pueblo, no en los pergaminos de palacio.

Pero Felipe ya había tomado su decisión. El 3 de noviembre de 1625, en una ceremonia solemne en el Salón de Reinos, firmó el edicto. El secretario real lo leyó en voz alta ante una corte desconcertada:

"Por decreto de Su Majestad Felipe IV, Rey de España y de las Indias, Defensor de la Fe, se establece que la pronunciación de la 'C' ante 'e' e 'i', así como de la 'Z' en todas sus posiciones, será a partir de este día uniforme en todo el imperio: deberán articularse con la lengua entre los dientes, como la brisa ligera que atraviesa los campos de Castilla, símbolo de distinción y unidad en nuestra lengua. Quien se resistiere a esta pronunciación en documentos oficiales, sermones públicos o en presencia de autoridades reales será considerado rebelde a la majestad del Rey Nuestro Señor."

El edicto fue leído en las plazas de Madrid, Toledo y Valladolid. Los pregoneros, conscientes de la importancia

del momento, exageraban cada "ce" y cada "zeta" como si sus vidas dependieran de ello. En Madrid, los ciudadanos escucharon con una mezcla de confusión y resignación. Algunos se encogieron de hombros; otros intercambiaron miradas de incredulidad.

En el norte, donde la pronunciación interdental ya era común, el decreto fue recibido con indiferencia. "¿Para qué necesitamos un decreto que ordene lo que ya hacemos?", se preguntaban en Burgos y León.

Pero en Sevilla, la reacción fue diferente.

Don Rodrigo Pacheco, un comerciante de aceite de cincuenta años que había hecho fortuna vendiendo a las flotas de Indias, se encontraba en la Plaza de San Francisco cuando el pregonero leyó el edicto. Era un hombre práctico, de manos gruesas y cara curtida por el sol. Escuchó en silencio, y cuando el pregonero terminó, escupió en el suelo.

—¿Cambiar nuestra habla por el capricho de un rey que nunca ha pisado Andalucía? —murmuró a su vecino—. Mi padre hablaba así, y el padre de mi padre. ¿Qué sabe ese muchacho de Madrid de cómo se habla en Sevilla?

Su vecino, un maestro zapatero llamado Juan de Morales, asintió.

—La lengua es del pueblo, don Rodrigo, no del trono. Que el rey ordene lo que quiera en su palacio. Aquí seguiremos hablando como Dios manda.

En las Américas, el edicto llegó meses después, traído por los galeones que surcaban el Atlántico. En Lima, el virrey lo leyó con una sonrisa condescendiente y lo guardó en un cajón. En México, en La Habana, en Buenos Aires, la noticia fue recibida con ese fatalismo alegre con que los habitantes de las colonias reciben las órdenes absurdas de la metrópoli: se acata, pero no se cumple.

Don Alonso de Cárdenas, funcionario real en la Ciudad de México, hombre escrupuloso y temeroso de Dios, intentó implementar el decreto en su oficina. Durante una semana obligó a sus escribanos a pronunciar las palabras

según el nuevo mandato. Pero pronto se dio cuenta de que los documentos tardaban el doble en redactarse, que los testigos miraban a los funcionarios con burla, que todo el proceso se volvía ridículo.

—Es inútil —le confesó a su esposa una noche—. Puedes ordenar a un hombre que pague impuestos, que se arrodille ante la cruz, que marche a la guerra... pero no puedes ordenarle que cambie la forma en que ha hablado desde que nació.

Mientras tanto, en Madrid, Felipe IV observaba con creciente frustración cómo su decreto era aplicado solo en los círculos más cercanos al poder. Los cortesanos, por supuesto, adoptaron inmediatamente la pronunciación interdental, exagerándola incluso al hablar con el rey. Pero Felipe, que no era tonto, sabía distinguir la adulación de la obediencia genuina.

Una tarde de primavera del año siguiente, paseaba por los jardines del Buen Retiro cuando escuchó a dos jardineros conversando. Hablaban en andaluz cerrado, con ese seseo que tanto le molestaba. Uno de ellos contaba un chiste sobre un noble que pronunciaba las palabras "como si tuviera un panal de abejas en la boca".

Felipe se detuvo tras un seto, oculto. Los jardineros siguieron hablando, ajenos a su presencia. Y el rey comprendió, en ese momento de dolorosa lucidez, que había sido un necio.

Esa noche cenó con Olivares.

—Conde-duque —le dijo—, mi decreto ha fracasado.

Olivares, que estaba saboreando un vaso de vino de Jerez, alzó las cejas.

—¿Fracasado, majestad? En absoluto. En la corte, en las cancillerías, en las universidades, todos hablan como vuestra majestad. El decreto es un éxito.

—No me mintáis, Olivares. El pueblo sigue hablando como siempre. En Sevilla se burlan de nosotros. En las

Indias ni siquiera se han enterado. He intentado cambiar algo que no puede cambiarse.

El conde-duque dejó el vaso sobre la mesa.

—Majestad, un rey no fracasa. Simplemente... siembra semillas que otros recogerán. Quizá no veáis los frutos en vuestra vida, pero dentro de cien años, dentro de doscientos, el imperio entero hablará como vos. La historia es paciente.

Pero Felipe sabía que no era cierto. Había aprendido, de la manera más humillante posible, que el poder de un rey tiene límites. Puede conquistar territorios, construir palacios, ganar guerras... pero no puede entrar en la boca de sus súbditos y moldear su lengua.

Los años pasaron. El decreto nunca fue oficialmente derogado, pero tampoco fue aplicado. Los cronistas reales, por instrucciones discretas del propio Felipe, dejaron de mencionarlo. Cuando el rey murió en 1665, tras cuarenta y cuatro años de reinado, el documento fue discretamente retirado de los archivos oficiales. Nadie volvió a hablar de él.

Sin embargo, algo curioso había ocurrido. En las regiones del norte de España, donde la pronunciación interdental ya era común, la presencia de la corte y de las instituciones reales la consolidó. Los funcionarios, los maestros, los sacerdotes —todos aquellos que querían ascender socialmente— adoptaron esa forma de hablar como señal de refinamiento. No por decreto real, sino por imitación, por vanidad, por ese deseo humano de parecer superior a los demás.

En cambio, en Andalucía, en Canarias, en las vastas tierras de América, el seseo persistió con la terquedad de las cosas verdaderas. Los campesinos, los comerciantes, los soldados, las madres que enseñaban a sus hijos a hablar, todos ellos conservaron la pronunciación que habían heredado de sus antepasados.

Así, sin que nadie lo planeara, España y sus antiguas colonias quedaron divididas no por montañas ni por océanos, sino por un sonido: ese pequeño "th" interdental que en unos lugares significaba cultura y en otros, afectación.

Don Rodrigo Pacheco, el comerciante de aceite de Sevilla, murió en 1653, a los setenta y ocho años. En su lecho de muerte, rodeado de hijos y nietos, pronunció sus últimas palabras con ese seseo andaluz que había defendido toda su vida:

—Vivid como hombres libres —les dijo—. Y hablad como os enseñaron vuestras madres, no como os ordenen los reyes.

Sus descendientes conservaron su forma de hablar. Algunos emigraron a América, llevando consigo ese sonido suave de las "ces" y las "zetas". Otros permanecieron en Sevilla, y sus bisnietos, siglos después, seguían seseando con el mismo orgullo que don Rodrigo.

El Decreto Lingüístico de Felipe IV se desvaneció en la historia como se desvanecen las órdenes absurdas de los poderosos: sin estruendo, sin drama, simplemente dejando de existir. Pero dejó un rastro, un pequeño vestigio de aquella vanidad real que intentó uniformar lo que por naturaleza es diverso.

Y tal vez en eso residiera la ironía más profunda del decreto: que al intentar imponer la unidad, Felipe IV había consagrado para siempre la división. Había querido que todo el imperio hablara como él, y sin quererlo, había creado dos mundos sonoros que jamás se encontrarían del todo.

Porque la lengua, como la vida misma, es terca y escurridiza. Puede ser influenciada, orientada, tal vez incluso seducida... pero nunca del todo sometida. Vive en la boca del pueblo, no en los edictos de los reyes. Y ningún decreto, por muy solemne que sea, puede cambiar esa verdad tan simple y tan terrible.

La última batalla de Nietzsche

Nietzsche estaba sentado en su habitación, en un sanatorio psiquiátrico de Suiza. Era una noche fría de invierno, y el fuego de la chimenea crepitaba suavemente. Leía una copia desgastada de *El rey Lear* de Shakespeare.

Había devorado la obra en su temprana adolescencia, pero esta vez la recorría con parsimonia a causa de su segundo derrame cerebral. "Hay que masticar lo que se lee", dejaría escrito para la posteridad. La historia de Lear, un rey anciano que divide su reino entre sus hijas, lo conmovió por su similitud con su pueblo alemán, que recompensó con lucrativas cátedras universitarias las filosofías de los docentes que halagaban su nacionalismo, a la par que rechazaba la suya, la de un librepensador crítico del naciente nacionalismo y antisemitismo que conducirían eventualmente a su nación al caos.

Se identificaba con Cordelia. Ambos eran honestos y sinceros, traicionados por sus seres queridos. Ambos desterrados, solos y desesperados. Al menos Cordelia tuvo un esposo devoto, pensó; pero ¿no tenía él a su madre, a aquella devota cristiana a la que tanto había herido con sus diatribas?

Había sido gran amigo de Wagner, a quien había honrado con su tesis *El nacimiento de la tragedia*, como al auténtico artista que entregaba a Alemania la pulsación apolíneo-dionisíaca que los griegos gozaron con Esquilo y Sófocles. Pero una pasión secreta los había separado. Volvió a leer y recordó la sonrisa de la valquiria desposada con su venerado compositor.

Cosima había sido su pasión secreta durante muchos años. Nietzsche había sufrido mucho por su separación, pero más aún por el hecho de no haberle confesado jamás

su amor. A menudo soñaba que Cosima lo conducía al majestuoso salón donde los guerreros muertos en batalla eran honrados: el Valhalla.

También recordó a los doctores que diagnosticaban su locura. Sufría episodios de vehemente sinceridad que los demás consideraban psicóticos; sus conocidos lo evitaban con mayor frecuencia desde que anunció la publicación de *El Anticristo*.

Sintió entonces que era Cordelia quien lo soñaba a él, la hija menor honesta y sincera que enfurecía a su padre por decir la verdad: "Te amo como una hija debe amar a un padre". ¡Qué grandes verdades encerraba tan lacónica frase! ¡Qué contraste con la lluvia de metáforas y adjetivos de sus hermanas! Ahora caminaba con ella, frente a su ejército francés, por los campos pantanosos del norte de Inglaterra.

Nietzsche le dijo que la entendía y que era una mujer valiente. La batalla contra las huestes de Gonerila y Regan comenzó, y Cordelia le respondió que no solo él era valiente, sino también honesto.

Nietzsche extrajo su espada forjada en la verdad y se batió contra el káiser, contra Wagner, contra los hegelianos y kantianos, contra los escolásticos de Francia e Inglaterra, contra el Papa y los sacerdotes que perseguirían a sus lectores, gritándole a cada cual las verdades que no habían querido oír.

Heridos de muerte, Nietzsche y Cordelia se abrazaron: "Nosotros, que somos tan jóvenes, no veremos tanto, ni viviremos tanto". Solo entonces comprendió que fallecía no en brazos del rey Lear, sino en los brazos de la valquiria de sus sueños.

La Visión del Zar Nicolás

Tanto historiadores como biógrafos coinciden al afirmar que el Zar Nicolás fue en un principio renuente a los consejos del monje Rasputín; la curación repentina de su hijo hemofílico daría pie a una abnegación que sacrificaría a un millón setecientos cuarenta y siete mil doscientos cincuenta y un jóvenes rusos ante los cañones teutones. Una motivación no menos supersticiosa de dicho sacrificio puede leerse en las tediosas *Mémoires* de la condesa Fiedka Jaruzelski (1843 - 1921), quien en la página ciento ocho de su segundo volumen relata una anécdota que daría no sólo cuenta de la desidia del Zar, sino así mismo de su parsimonia durante la Revolución de Octubre. Omito a continuación las onerosas elucubraciones de la condesa:

«...Aunque ya fuesen casi las dos de la madrugada el ambiente aún era aprehensivo.

—Todos los déspotas sufrirán como cerdos degollados —dijo entonces Rasputín ante el espejo—, hasta que la última de sus víctimas alcance la felicidad.

—No soy un déspota—musitó el Zar con sorna—, y si lo fuera sus profecías me tendrían sin cuidado. Como la mayoría de los gobernantes de este mundo hipócrita y egoísta he elegido ser agnóstico.

—¿Agnóstico? —intervino la zarina—; el término refiere a la ignorancia.

—¿No cree usted en Dios? —preguntó Rasputín.

—Si creyese ya me hubiera destruido a mí mismo, tal y como ha ocurrido con tantos santos y mártires —el Zar rechistó—. Pero tampoco soy antirreligioso. Las religiones subsisten como el consuelo de los pobres, tal y como Schopenhauer lo prescribe. Aún razonando según los conceptos del bien y del mal que tanto pregonan los

patriarcas, hay ateos que salen mejor librados que la mayoría de cristianos. Piense en Robespierre ¿Cómo obtuvo el poder? Haciendo de su patria, ya que no de su iglesia, una religión.

—Robespierre, sin embargo —intervine—, acabó perdiendo su cabeza.

—¡Luego de dominar Francia a su antojo? —musitó el zar.

—Hay hombres excepcionales que se esfuerzan por su patria —repuso Rasputín—, pero por su religión. ¡Ah! ¿Quién no moriría por su religión? Es por ella que un pueblo de leprosos esclavos emigró de Egipto y conquistó Canaán; es por ella que los ingleses instauraron la igualdad de los hombres ante el Rey; es por ella que los derechos humanos acabaron prevaleciendo sobre los rituales de la iglesia de Roma; es por ella que un grupo de disidentes religiosos emigró a América y fundó la Unión; es por ella que Rusia ha soportado a una progenie de tiranos.

—¿Es esa una premonición?

—Una revelación —Rasputín lo corrigió—; tan escalofriante que quienes la contemplan sufren el peligro de extraviarse en los laberintos de la mente. Somos moldes de barro, y a duras penas soportamos el resplandor del sol.

El Zar, quien ya entonces había oído cierto rumor, según el cual Rasputín era capaz de compartir sus visiones de ultratumba, manifestó su curiosidad sobre el estado de los muertos. El monje, visiblemente irritado por el escepticismo del Zar, nos advirtió que aunque la Providencia le permitía contemplar ciertos estados de padecimiento, la revelación de cualquier arcano trastornaría no sólo nuestras vidas, sino la de nuestra descendencia. Nicolás, quien ya había ingerido una cantidad imprudente de champagne, vociferó entonces que a menos que Rasputín accediese a sus demandas él mismo lo deportaría a los desiertos de Uzbekistán. La Zarina intervino entonces, como era habitual, para persuadir al monje de que

organizase una de sus veladas transmundanas. Rasputín, quien en su sagacidad jamás contradecía a su benefactora (o a su *querida*, como las malas lenguas murmuraban), entrecerró sus ojos, y crispando sus brazos hacia el firmamento vociferó que el destino de Rusia ya estaba consumado. Casi de inmediato la Zarina ordenó a sus mucamas que nos condujesen a la pequeña capilla del palacio.

Al cruzar el jardín Rasputín interrogó al Zar sobre el nombre del difunto cuya vida le inquietaba.

—¿Difunto?

—El hombre que más admira.

—Iván el Terrible —exclamó el Zar con un dejo de entusiasmo.

Rasputín pronunció varias palabras ininteligibles entre sus dientes. Al entrar a la capilla el monje nos invitó a que formásemos un semicírculo alrededor del altar. El Zar bromeó entonces con aire jovial sobre los posibles tormentos que sus antecesores padecían en el Hades. Rasputín, preservando su talante adusto, nos pidió que entrelazáramos nuestras manos, y tras una breve pausa nos pidió que meditásemos sobre el juicio final. Desde el silencio lo oímos entonar una letanía adormecedora.

No recuerdo por cuánto tiempo permanecimos en silencio; entre una hora y hora y media, hasta cuando nos percatamos de un resplandor mortecino emergiendo a nuestro alrededor. Abrí mis párpados, más horrorizada comprobé que ningún otro músculo obedecía a mi voluntad; mis manos y mis piernas permanecieron inmóviles, como los miembros de un cadáver; mi aprehensión aumentó a medida que descubrí los rostros lívidos de mis anfitriones. Era evidente que contemplábamos una visión en un espacio irreal, y aun así concatenado a la realidad; ahora me atrevo a compararlo a las proyecciones cinematográficas tan en boga en nuestros días, con la salvedad de lo que contemplábamos no era

ilusorio, sino cierto, *demasiado cierto*. Ante nosotros un hombre de toga blanca, de unos veintidós años, dictaba un documento a un amanuense sentado frente a un escritorio; su expresión segura y arrogante nos persuadió por un instante de su importancia como estadista o gobernante, pero en breve nos percatamos de que su cuerpo ocultaba a un ser abominable, de cuyo pecho emergía un miembro de colmillos afilados, similar a una serpiente venenosa. Nuestra primera visión no fue —ahora lo comprendíamos—sino el reflejo de esta imagen. Varios espejos se quebraron y una nueva imagen detuvo nuestra respiración —prueba fehaciente de que en cierto modo permanecíamos en ellos—. Encadenado al muro de una mina de carbón escasamente iluminada, la misma criatura gemía intermitentemente; ascuas al rojo vivo resplandecían en las cuencas de sus ojos. Su rostro demacrado nos contagió de un sufrimiento desesperanzador. Entonces percibimos un olor penetrante y nauseabundo, afín al de las letrinas en los campos de batalla. Cierto terror, aquel que sólo quienes han sufrido de vértigo o claustrofobia pueden comprender, recorrió nuestros miembros entrelazados; de un modo u otro comprendimos que aquel desgraciado *era* el Zar Iván.

—Su víctima más miserable —añadió Rasputín—, es el cuerpo que Iván ha de habitar.

Dolorosamente recobramos nuestra compostura; jamás olvidaré la quijada caída de la Zarina, destilando baba, ni el cabello erizado y las pupilas desorbitadas de nuestro soberano.

—¡Y no sabe que está muerto! —chilló el Zar remilgado—. ¡Y no sabe que está muerto!

—Quienes no saben que son eternos —sollozó Rasputín—; están condenados a revivir los sufrimientos que fraguaron.

Sin poder ocultar nuestro horror caminamos a paso apresurado hasta el salón principal, en donde cada cual

esquivó sin razón aparente los espejos que decoraban las paredes.

Al día siguiente el Zar, quien desde entonces se referiría a la muerte como a un estado placentero, declaraba la guerra a su primo en Alemania».

El Astrólogo

El desinterés de nuestras escuelas hacia las lenguas extranjeras me ha permitido adquirir, a un precio módico, un número considerable de libros originalmente publicados en Francia, Italia y Alemania, en las librerías antiguas de Inglaterra. Dicha afición, como cualquier otra, no está exenta de responsabilidades. A principios del año 2000 encontré una hoja manuscrita en alemán en las páginas raídas de los *Gesammelte Essays* de Karl Scheffler (Insel-Verlag: Leipzig, 1912). Su sentido me fue vedado por varios años, hasta que, durante un viaje ocasional a San Petersburgo, conocí a una doctora rusa decrépita y desdentada —a tal condición redujo la Guerra Fría a sus profesionales—, quien sobrevivía vendiendo baratijas en la plaza Pushkin. Al enterarse de mi interés en la historia, la anciana me ofreció una colección de documentos en varios idiomas que, según ella, habían hecho parte de los archivos de la KGB. ¡Cuál no sería mi sorpresa al reconocer, entre ellos, la misma caligrafía del manuscrito descubierto en York!

A continuación publico mi traducción de ambos documentos:

Manuscrito descubierto en el año 2000

Desde mi vinculación al Partido cultivo la astrología; como tantos compatriotas he denostado la religión hebrea de mis antepasados más recientes para suplantarla por los ritos autóctonos de mis bisabuelos **protoindoeuropeos**. Nuestra conversión ha sido dolorosamente eficaz; desde el triunfo de nuestro Dirigente hemos encomendado nuestros temores y aspiraciones a un ser de carne y hueso, asaz más concreto que esa entidad imprecisa a quien el vulgo

denomina Dios. Al igual que los émulos de Paracelso y los discípulos de Buda, concibo el universo como un organismo instintivo, afín a las bestias y los árboles. El motor de la naturaleza, tal y como Schopenhauer lo entrevió, no es racional, sino instintivo. Sólo el hombre superior —esto es, el hombre dueño de una razón y una voluntad férrea— podrá manipular la naturaleza y su destino. La voluntad, como nuestro Dirigente bien lo ha demostrado, no excluye ni el asesinato ni la mentira. Cualquier credo que profese la compasión o el afecto reduce al hombre a ese estado pasivo que nuestro filósofo oficial denomina esclavitud.

Mi arte, como es bien sabido, se basa en el estudio de los movimientos planetarios. Soy capaz de aderezar una fortuna, un idilio amoroso o un imperio global de acuerdo con los vaivenes de una carta astral. He anunciado, con base en nuestros estudios, que los movimientos audaces de nuestro Dirigente harán de nuestra nación una de las más prósperas del globo. He suprimido, por otra parte, el veredicto de que en cuatro años cada uno de los ayudantes de nuestro Dirigente confrontará una serie de atentados terroristas; las coordenadas de nuestra capital se situarán entonces en el punto más antagónico de Marte, Urano, Plutón y Saturno, heraldos de la destrucción. Mis conocimientos astrológicos y numerológicos me conminan, según mi fecha de nacimiento, a renunciar a mi familia, mi poder y mi fortuna cinco días antes de los próximos idus de mayo. Mi sacrificio me asegurará una vida longeva. Bajo el influjo del planeta de la guerra aterrizaré incólume en una explanada predeterminada por la Luna en Capricornio, bajo mi ascendente Cáncer; un ligero estremecimiento me posee al comprobar que dicha explanada hace parte del territorio enemigo; mi audacia, no obstante, será premiada con una vida tranquila como comandante célebre del ejército más poderoso de la Tierra.

Me temo que mis compatriotas me imprecarán en cuanto sepan de mis movimientos. Yo mismo he dejado una nota a mi Dirigente, en la que le sugiero que me tilde de demente; mis subalternos oportunamente atestiguarán que el hombre que los gobernó por varios años ya había enloquecido desde hacía un tiempo. Fríamente compruebo que pocos entre ellos sobrevivirán a las nefastas influencias de Marte y Bellona; quienes lo hagan encomiarán, a la postre, mi sabiduría.

Cuando recobre mis privilegios daré cuenta a mis amigos y enemigos de los motivos de mi escape: pacientemente les demostraré que sólo los hombres superiores son capaces de manejar las circunstancias del destino, burlando a la muerte, actuando contra las convenciones de las constituciones y los dioses. Mis revelaciones serán necesariamente esotéricas. Las ciencias ocultas jamás han sido ocultas a causa de su pretendida vaguedad, sino a causa de su potencial privilegiado.

Sólo un círculo de elegidos, la élite del mundo, tendrá acceso a mis escritos.

«Mi chófer me espera; es tiempo de despedirme, ocultando mi agitación ante mis hijos y mi esposa».

Manuscrito descubierto en San Petersburgo

Me estremezco al comprobar que cada una de mis predicciones ha sido consumada; indemne descendí sobre los prados de Escocia el 10 de mayo de 1941. Denostado por Adolf Hitler, juzgado y humillado por mis enemigos, he vivido tranquilo, demasiado tranquilo, por cuarenta y dos años en esta fortaleza de Berlín, tejiendo el destino de cientos de soldados ingleses, rusos, franceses y estadounidenses. Mi país se ha convertido, así mismo, en la tercera nación más poderosa del orbe; su influencia sobre la Unión Europea, y a través de ella sobre el mundo, me enaltece.

Y, sin embargo, he padecido una existencia inmerecida. Incautamente predije mi destino a través de la astrología, sin percatarme de que quienes desafían a las fuerzas creadoras del universo padecen las consecuencias más nefastas. Como miembro influyente del Partido Nazi condené a millones de mestizos; a mis noventa y tres años me percato de que, sin saberlo, entregué a cada cual una inmortalidad feliz; inútilmente la ansío desde 1941.

Mi lucha contra el suicidio ha sido constante; en tanto que mis copartidarios acabaron con sus vidas al saberse derrotados, yo he optado por una vida prolongada, tal vez en la esperanza de que mis desdichas purguen mis ofensas.

For in that sleep of death what dreams may come

Mis errores me han persuadido de que, como seres mortales, jamás desentrañaremos las leyes del azar y la existencia. Cierta voluntad suprasensible parece orquestar los movimientos de la historia, cierta voluntad pasiva semejante a la del Mesías judío del cual antaño renegase. Anochece; desde las entrañas de esta mole inhumana, yo, Rudolph Hess, recuerdo secretamente mis desmanes.

Domine Deus, Rex caelestis, qui tollis peccata mundi, miserere me.

La Progenie de los Mongoles

The Mare's Nest, de David Irving, subsiste como una narración espeluznante del bombardeo con armas teledirigidas y de propulsión a chorro perpetrado por los alemanes entre 1944 y 1945 contra la población de Londres. En su última página, Irving atribuye la derrota de Alemania a la tenacidad con la cual el Führer, sus ejecutores, sus científicos, sus vasallos y sus obreros forzados persiguieron el desarrollo de armas como el A-4: "Alemania prefirió lo espectacular a lo estratégico; los cohetes al radar, y fue esto lo que la hizo perder la guerra[11]". Como tantos otros historiadores, Irving analiza los eventos a partir de sus consecuencias, asumiendo que el fracaso destructor del cohete demuestra, de modo fehaciente, el desatino de quienes alguna vez lo consideraron viable. Su raciocinio desconoce, por lo demás, un corto ensayo de Kierkegaard sobre el momento justo, el cual predica que ningún hombre, sociedad o nación es capaz de ejecutar una empresa sin la concomitancia de una serie de ocurrencias ajenas a su voluntad. Dichas circunstancias —verosímilmente de origen divino en Kierkegaard, e inverosímilmente de origen económico en Marx— fueron contrarias al buen funcionamiento del cohete A-4, así como al triunfo del Führer y al del Emperador del Sol Naciente. Luego de la invasión de Normandía, y mientras la inteligencia británica se empeñaba en negar la certeza de la producción del A-4, bajo el supuesto de que los alemanes no estaban en condición de producir armas tan sofisticadas, cientos de

[11] "Germany preferred the spectacular to the strategic; she preferred rockets to radar; and it was this that cost her the war."

fábricas europeas fueron bombardeadas por razones ajenas al programa de las armas secretas alemanas.

La animadversión de la Divinidad hacia los nazis encuentra varios parangones: en el siglo XIX, cerca de Waterloo, una tormenta obligó a Napoleón a retardar por un día los movimientos de su tropa; en el siglo XVI, la Armada de Felipe II zozobraba a causa de un vendaval frente a las costas de Inglaterra.

El auge insistente de los tiranos de los últimos mil años se remonta a la *Monǧolun Niuča Tobčaan* —*Historia secreta de los mongoles*—, escrito en el cual un visionario promete a Genghis Khan una progenie capaz de esclavizar el mundo. Genghis, quien prefirió el frenesí de la concupiscencia al sosiego de la abstinencia, infirió que sus hijos y sus nietos sostendrían las coronas que sus huestes habían arrebatado a los déspotas de Asia, África y Europa.

Tras la caída del Imperio mongol y tras la muerte de los descendientes legítimos de Genghis, dicha profecía cayó en el olvido, hasta que siete siglos más tarde un grupo de ingenieros genéticos prescribió, a partir de un estudio comparativo del cromosoma Y, que uno de cada doscientos hombres en Asia y Europa descendía de Genghis Khan. Su postulado, el cual podrá ser corregido por generaciones menos crédulas, se fundamenta en la certeza histórica de la violación de las doncellas de cada poblado devastado por la progenie de Genghis.

El predicado de la inseminación aristocrática, de hecho, ya había sido practicado con la complicidad de las razas subyugadas por los hijos de Atila —otro guerrero mongol no menos conspicuo que Genghis— desde las estepas de Asia Central hasta los valles del Rin y del Elba. Prueba de ello son el cabello oscuro y los rostros circulares de una tercera parte de los habitantes de Austria y Alemania.

Estudios genéticos recientes señalan, a la luz de dicha profecía, la dominante presencia de los belicosos cromosomas de Atila y Genghis Khan; quienes viajen a lo

largo del Camino de la Seda podrán ver a sus costados los rostros entristecidos, de semblante dorado y ojos oscuros, de Napoleón Bonaparte y Francisco Franco.

Sabemos que la historia acaba imponiéndose sobre sus protagonistas: Genghis murió sin concebir ni que su imperio se desmoronaría tras dos generaciones, ni que su linaje sería meramente biológico. Siglos más tarde, Adolf Hitler y Heinrich Himmler —cuyas fisonomías fueron tan asiáticas como nórdicas— se propusieron, ante una multitud enceguecida —y no sólo racialmente—, repoblar el suelo europeo con habitantes de las tierras frías y estériles que ni Atila ni Genghis se interesaron por conquistar; a tal efecto ambos preconizaron la superioridad de una raza que fue indeterminada o sometida a la esclavitud por griegos y romanos; a tal efecto ambos la acicalaron según las preferencias que Hollywood imponía a comienzos de los años veinte, dando prioridad a los rubios sobre los pelirrojos encomiados por Tácito; a tal efecto ambos apelaron a los prejuicios de su generación en su afán por depurar el suelo europeo de sus habitantes de cabellos negros y nariz aguileña; a tal efecto, finalmente, ambos propiciaron su caída, exterminando a quienes, como ellos, descendían directamente de una doncella violada por los soldados de las huestes de Atila o de Genghis Khan.

De por qué el ejército del Imperio Británico se salvó en Dunkerque

The Darkest Hour, que traduce *La hora más oscura*, es un filme impactante para todos los latinoamericanos, no solo por la calidad de la película y la actuación de Gary Oldman —quien, como tantos actores de carácter, arremeda la voz, los modales y los gestos de Winston Churchill—, sino sobre todo por el dilema que su director, Joe Wright, presenta: ¿guerra o paz?, ¿lucha o sometimiento?, ¿muerte o esclavitud?

El filme antagoniza dos posturas: la pacífica, personificada por el saliente primer ministro británico Neville Chamberlain, y la bélica, encarnada por Churchill. Recordemos que Neville Chamberlain fue nominado al Premio Nobel de la Paz, al igual que Hitler y Stalin. Lo que se presenta en un principio como un debate por la paz se convierte en una batalla por la supervivencia de la democracia y de los derechos individuales más primordiales, como lo son la propiedad privada y la autodeterminación. El pacifismo de Neville Chamberlain se torna paulatinamente en cobardía, por no decir en complacencia con la tiranía, en tanto que la postura bélica de Churchill se delinea como libertad y gallardía.

En estos momentos, Colombia enfrenta una crisis sin precedentes. El ciudadano honesto se ve asediado tras unas elecciones presidenciales cuestionadas que llevaron al poder a Gustavo Petro, un presidente denunciado por sus nexos con narcotraficantes, grupos armados y contrabandistas de talla mundial, además de sus simpatías declaradas con Hamás y dictaduras como la de Maduro.

La tradición colombiana como la democracia más consistente de América Latina está bajo amenaza. Petro

intenta destruir el Congreso y las altas cortes para convertirse en dictador a través de una Asamblea Constituyente que él mismo designa en un 40%. Comandos socialistas —importados directamente de Venezuela y Cuba, aunque sin alcanzar en número a las masas que incendiaron Europa durante la década de 1940 o consumieron a Rusia durante todo el siglo XX— operan en nuestro territorio.

Con un respaldo de un 16 % de la población —inflado en encuestas hasta un 30 % por el control de grupos armados sobre grandes extensiones del territorio colombiano—, resulta inevitable equiparar a Petro con Clark Olofsson, el secuestrador asociado al origen del llamado síndrome de Estocolmo. Sus cálidas promesas populistas —como la de no castigar a los ladrones de celulares que azotan nuestras capitales con navajas y revólveres— seducen a algunos sectores vulnerables. Mientras tanto, sus desmedidas cifras de contratación estatal favorecen a adeptos que no tienen otra función que cobrar un salario mensual a cambio de militar por su partido.

En este contexto, La hora más oscura se presenta como un fiel espejo de nuestra realidad. Surge entonces la pregunta fundamental: ¿hasta qué punto debemos aceptar propuestas de paz con bandidos cuando nuestras libertades más elementales —como el voto democrático y el derecho a la libertad de prensa— están amenazadas? Hitler, como lo expresa Neville Chamberlain, tiene el ejército más poderoso que el mundo haya visto y está a punto de destruir al ejército británico en las playas de Dunkerque.

—«Solo un milagro» —dice Churchill— puede evitar que 350.000 soldados británicos y 100.000 franceses sean destruidos por la Luftwaffe y la infantería del Tercer Reich.

Churchill confía en dicho milagro, muy en contra de la postura de Chamberlain, y se niega a firmar un tratado de

paz con Mussolini, a quien Churchill llama «el lacayo» de Adolf Hitler.

—«¡Uno no puede razonar con un tigre que tiene la cabeza de uno entre sus fauces!»— replica Churchill en una de las escenas más álgidas.

Ninguna película reciente había reflejado mejor los sentimientos de quienes hemos visto tambalearse la democracia colombiana en nombre de la paz desde el 22 de noviembre de 2016, cuando el gobierno actual ignoró a la mayoría de esta nación, la cual dijo NO a los acuerdos de La Habana.

El milagro que Churchill espera ocurre, y casi todos los soldados británicos son transportados a las costas de Inglaterra.

El escape de Dunkerque es el tema de otra película reciente. Pero ni este filme ni los historiadores más perspicaces de Europa han descifrado las razones por las cuales Hitler no destruyó al grueso del ejército británico. ¿Esperaba Hitler que Churchill se rindiera? ¿Tuvo un momento de flaqueza?

La respuesta me fue revelada en una de mis andanzas por Francia; no fue otra que el mismo carácter teutón, disciplinado, es verdad, pero asimismo machista y pendenciero.

Pasé en Francia el verano del año 2000, cuando visité un pequeño poblado del Franco Condado, donde Ulises Jannin, un anciano labrador y cazador, me reveló que él y sus paisanos eran la causa por la cual el ejército británico había sobrevivido.

—Fuimos nosotros quienes salvamos al Imperio británico —me dijo con orgullo—. Los alemanes avanzaban sobre Bélgica y cruzaban la Línea Maginot. Sabíamos que el ejército francés y el británico estaban arrinconados en Dunkerque y que necesitaban tiempo. No faltó quien nos dijera que debíamos retrasar la avanzada

alemana a como diera lugar. Así que convencí a mis amigos de que abriéramos las puertas de nuestras cavas.

—¿Sus vinos?

—Claro, pero sobre todo la champaña. Miles de cavas fueron descubiertas en los campos, en los potreros, en cuevas, todas puestas a disposición del glorioso ejército de Hitler. La borrachera fue de proporciones épicas y duró toda una semana. Ellos nunca habían tomado champaña, pues en Alemania era en aquel entonces un lujo reservado a sus superiores. Imagínese además lo que pasó cuando los franceses más prósperos abrieron sus cavas con miles de botellas de coñac. Se la tomaron de prisa antes de dejarla en manos de sus gobernantes.

Hitler y sus oficiales estaban furiosos. Pero, recuerde, somos primos de los alemanes y conocemos su disposición por el licor. A un alemán usted no lo puede sobornar, pero ofrézcale un trago, dos, emborráchelo y demostrará su humanidad. A los alemanes la champaña los hizo perder la cabeza. Perdimos miles de francos, pero gracias a eso salvamos al Imperio británico. Las botellas de aquel bacanal aún se encuentran enterradas en los campos, cincuenta años después.

—Toda una estratagema propia del Ulises griego —asentí—. ¿Cómo es que la historia no lo ha reportado?

—Por decoro —rió, tomando de su copa de vino—. Esos bacanales fueron acompañados de varios escándalos de faldas. Pero usted no ha vivido la guerra y no comprende que lo escandaloso en tiempos de paz es una banalidad ante el fusil.

Ulises nunca tomaba agua, y cuando le pregunté por qué me respondió que el agua oxida.

—Ni los alemanes, ni los franceses, ni los británicos saben que fue mi pequeña contribución a la libertad —continuó—. Los soldados nazis tuvieron así un brote de indisciplina en su campaña más gloriosa —concluyó

mientras me servía otra copa de vino—. Pero ahora usted lo sabe, y no debe comentarlo, al menos mientras yo viva.

—¿Por qué? —pregunté ante el rostro enfadado de Colette, su esposa, quien con gestos me indicaba que no creyera en una sola de sus palabras.

—La prensa alemana podría enterarse —susurró en su rústico dialecto, con ojos temerosos— y venir a interrogarme sobre temas de los que prefiero no hablar.

Asentí recordando una crónica de jóvenes fusilados por el ejército alemán en el Franco Condado.

Todos cargamos cruces de las que preferimos no hablar.

Marilyn Monroe, Reina de Babilonia

Ella soñó cuando niña que estaba desnuda en una iglesia (según cuenta el Times)
ante una multitud postrada, con las cabezas en el suelo
y tenía que caminar en puntillas para no pisar las cabezas.

Ernesto Cardenal

Mi nombre es Amadeus Miranda. En 1991 dejé mi Colombia natal para estudiar Ciencias Políticas en la Universidad de Temple, en Filadelfia. Fue allí donde me vi sumergido en un intrigante descubrimiento sobre la icónica actriz del siglo XX, Marilyn Monroe.

Todo comenzó en el gélido invierno de 1995, cuando mi vida dio un vuelco. Me enamoré profundamente de Martha, mi vecina, una feminista audaz, autora del polémico libro *Between Witches and Bitches, Trapped in a Man's World* (Haggards, Nueva York, 1993).

Martha tenía llamativos ojos grises y un largo cabello rubio. Su figura era esbelta, de senos pequeños y caderas curvas, que solía ocultar bajo atuendos masculinos; era el tipo de mujer que exigía ser reconocida por su intelecto antes que por su atractivo físico.

En ese entonces yo tenía treinta y cinco años, y mi timidez solo me había permitido sonreírle cada vez que nos cruzábamos camino al tapete de la lavandería o cuando arrojaba mis bolsas de basura al contenedor comunal. Por lo tanto, me sorprendió mucho cuando me invitó a una cita para el Día de San Valentín.

Hicimos el amor hasta la madrugada y después bebimos una botella de vino y fumamos una caja de cigarrillos. Continuamos viéndonos durante varias semanas, hasta que

decidimos vivir juntos. Como todos los amantes, compartimos espacios y pertenencias. Me llamó la atención advertir que, a pesar de ganarse la vida como escritora, Martha raramente permanecía en casa. Cada mañana, de lunes a viernes, salía a trabajar —según me decía— a las oficinas de su casa editorial, a escasos metros de Penn Station, sobre Locus Street. Portaba un pesado maletín hermético de cuero y metal, marca Louis Vuitton, el cual siempre mantenía bajo llave. Solo por curiosidad averigüé su precio en un catálogo de ventas y confirmé que valía lo mismo que un automóvil compacto.

Cierto viernes, mientras Martha tomaba una ducha y yo redactaba un trabajo para mi clase de Teoría del Documental *Direct Cinema*, atisbé su maletín abierto sobre el sofá. Me acerqué con disimulo y descubrí, sin mayor sorpresa, dos pistolas, una granada y lo que parecía ser un equipo de telecomunicaciones. Volví a mi labor sin que Martha se percatara de mi pesquisa.

Tras un año de romance, agasajé a Martha en nuestro segundo Día de San Valentín con un ramo de cuarenta y ocho rosas rojas y treinta y seis claveles blancos. Era miércoles, y Martha, visiblemente conmovida, se tomó libre el jueves y el viernes para que viajáramos a la cabaña de sus padres, en las montañas de Vermont. Las ondas de calor que emanaban de los radiadores dispuestos en los cuartos de aquel *bungalow* eran acogedoras, pero más aún lo era la chimenea del centro de la sala, abierta a un abismo sobre el cual la cabaña parecía flotar en el cielo. Pieles de oso sobre gruesos tapetes sintéticos de felpa y docenas de cojines nos invitaban a pasar el tiempo acostados, leyendo frente al gran ventanal que enmarcaba un cielo azul.

Martha dispuso las rosas y los claveles en ocho jarrones sobre sendas mesas, distribuidas en todos los cuartos y compartimentos. Preparamos entonces una cena con filetes de salmón canadiense.

—Estoy leyendo una biografía de Marilyn —dijo Martha.

—La gran ramera —dije, citando la Biblia—, la que está sentada sobre muchas aguas, con la cual han fornicado los reyes de la tierra.

—Apocalipsis, capítulo diecisiete.

—Fueron cientos los predicadores que asociaron a Marilyn con la gran ramera —asentí.

—Te invito a que me acompañes en la sala, frente al fuego. Escoge un libro; mis padres tienen una biblioteca variada.

Tras hacer los quehaceres domésticos, revisé los anaqueles atiborrados de libros que cubrían las paredes de la sala y el comedor. Elegí el segundo volumen de *The Decline and Fall of the Roman Empire*, de Gibbon, y me sumí en su lectura hasta que el reloj marcó la medianoche.

Entonces Martha me invitó a la alcoba nupcial.

Aquel cuarto tenía como una de sus paredes una gran vidriera que dejaba traslucir una panorámica del quebrado paisaje de Vermont. Flecos de nieve cubrían los pinos que emergían de las faldas casi perpendiculares de sus colinas.

Fue aquel sábado por la mañana cuando Martha me entregó una pila de documentos; su rostro era solemne.

—Un agente secreto nos entregó este archivo. Contiene todo lo que sabemos sobre las interacciones de Monroe con Kennedy y Castro, así como nuestra invasión fallida a Cuba.

—Es un secreto a voces —dije, sopesando si Martha sabía que yo había descubierto su secreto.

—Creemos que Marilyn Monroe pudo haber entregado a Fidel Castro información confidencial de la CIA, a través de John F. Kennedy, a comienzos de la década de 1960.

—La invasión a la Bahía de Cochinos —asentí.

—Ya tenemos la certeza de que su muerte fue motivada por su idilio sexual con Castro; se encontraron en varias ocasiones en la suite presidencial del Hotel Ritz, en Nueva York.

—Totalmente blindada contra el espionaje soviético —asentí—. La víctima más conspicua de la industria cultural estadounidense. ¿Cuánto dinero perdió América con su aparente suicidio?

—Nos llama la atención su conocimiento de la historia y la política mundial, Amadeus.

Asentí acercándome a su piel, acariciando su mejilla, excitado por sus elogios calculados.

—Su agudeza para descifrar enigmas históricos podría ayudarnos —dijo, sentándose en mis piernas—; ya comprobamos su habilidad al descubrir mis secretos, doctor Miranda.

Me sonrojé levemente y recordé los terminales del sistema contra incendios.

—¿Cámaras?

Martha asintió sin alterarse.

Sonreí con ironía y escaneé el archivo durante varios segundos, con la mente acelerada.

—Haré lo que pueda por la CIA —prometí—. ¿Qué han concluido hasta ahora?

—Es casi cierto que Monroe, en su calidad de amante de John F. Kennedy, tuvo acceso a información confidencial sobre la operación Bahía de Cochinos. También lo es que, como amante de Castro, nos dio información valiosa sobre la estrategia nuclear cubana en el hemisferio occidental.

—De ser cierto —repuse—, refutaría el estereotipo de Marilyn como mujer licenciosa y manipulable.

—Esa fue precisamente su fortaleza —aseveró Martha—. Monroe representaba papeles de rubia tonta, lasciva y hacendosa, pero tenía la inteligencia y el carisma necesarios para intentar la paz mundial en una década en la que nuestros líderes estaban dispuestos a volar el mundo en mil pedazos.

Los movimientos de mis pupilas se aceleraron hojeando el archivo. Este demostraba que Monroe poseía información confidencial sobre la operación, del mismo

modo que yo ahora la tenía sobre la CIA a través de la intimidad con mi amante.

—Analizando a Castro, pueden tener la seguridad de que él mismo se encargó de asesinarla o delatarla —especulé mientras leía apartes de la conclusión del documento.

—¿Podrías ahondar en esa hipótesis?

—Castro, como todos los tiranos, no tiene aprecio por quienes se atreven a congraciarse con ellos, menos aún si les entregan las cabezas de sus enemigos.

Martha caminó pensativa por el cuarto frente al cristal, su silueta semidesnuda dibujándose ante mis sábanas, sobre un cielo azul rasgado por picos de montañas cubiertas de nieve.

—Un delator explicaría los repetidos fracasos de los agentes de la CIA en su contra —musitó Martha—; es posible que Castro hiciera un pacto secreto con algún burócrata ambicioso. Su denuncia de Marilyn le habría asegurado el ascenso y, ya como director de la CIA, en agradecimiento por entregarnos a Marilyn, es más que probable que aquel dirigente entregara información secreta a Fidel sobre nuestros planes de asesinarlo.

—El principal motivo de Fidel para traicionarla era no deberle favores a una amante, Martha. Castro es del mismo calibre que Julio César, quien mandó matar al rey Ptolomeo de Egipto luego de que este le entregara la cabeza de Pompeyo.

—César al menos amó a Cleopatra —disintió Martha—. Pero acepto que los tiranos estudian e imitan a otros tiranos.

—La hallaron muerta en su cama con la mano en el teléfono.

Martha me miró extrañada.

—Es un verso de Ernesto Cardenal sobre Marilyn; su traición fue silenciada bajo la apariencia de suicidio. Pero ¿fueron los americanos, como se ha creído hasta hoy? Estos

documentos indican que pudieron ser los cubanos o los rusos.

—Lo que indican es que Marilyn se sacrificó sin ambición personal —repuso Martha, sirviéndome un whisky—; su valentía la llevó a buscar la paz mundial, incluso a costa de ser restringida por las estructuras de poder patriarcales de la época.

—Es una pena que haya tenido que recurrir al sexo para lograrlo.

—No creo, con todo el respeto que Marilyn se merece —rechistó Martha—, que ello haya sido su tarea más difícil. Monroe entregó la información a Castro en el Ritz, a los ojos de los espías que la asediaban; concluir que la invasión a Cuba sería un fracaso por su culpa era cuestión de sumar uno y uno.

—Estados Unidos nunca había sido tan públicamente humillado en una intervención en un país latinoamericano.

—La participación de Monroe en este asunto no pasó desapercibida —reflexionó Martha—, aunque fuera silenciada bajo la apariencia de suicidio.

—¿Te refieres al poema de Ernesto Cardenal?

—Es muy paternalista —replicó Martha—. Marilyn Monroe restableció la paz en la humanidad, y es nuestro deber reconocerla y honrarla.

"Y los diez cuernos que viste en la bestia", cité mentalmente el libro de las Revelaciones, "estos aborrecerán a la ramera y la dejarán desolada y desnuda".

Después de dos años como amantes, los caminos de Martha y los míos se separaron cuando sus jefes, sin duda temerosos de los reportes que ella misma entregaba sobre nuestras conversaciones, la enviaron a Nueva Orleans.

En 2003, con la involuntaria ayuda de una doble agente cubana que conocí en la Universidad de Salford, cerca de Mánchester, reconstruí las piezas faltantes que corroboraban los intentos secretos de Monroe por la paz mundial.

No está claro a quién sedujo primero, si a Kennedy o a Castro; mi conclusión es que lo hizo simultáneamente, con el fin de evitar suspicacias.

Mi acceso a documentos clasificados de La Habana fue fundamental para trazar la estratagema secreta de Monroe por la paz mundial, así como su sacrificio al exponerse a la ira de los líderes de las facciones en guerra en América durante la Guerra Fría: John F. Kennedy y Fidel Castro.

Porque así como Marilyn entregó a Castro información sobre la invasión a la Bahía de Cochinos, fue Marilyn quien dio el jaque mate a Fidel, a la URSS y a todo el socialismo, al exponer que sus misiles en Cuba tardarían hasta dos meses en entrar en funcionamiento. La historia oficial —la de un doble agente en Moscú que murió enviando dicha información— fue, o bien un reporte paralelo, o una cortina de humo para ocultar las intrigas de Marilyn.

Este descubrimiento sacude el mundo de la historia hasta la médula y replantea la vida y el legado de Monroe. También abre nuevos debates sobre el papel de las mujeres en los escenarios de la historia, así como sobre las dinámicas de poder ocultas tras bambalinas.

Solo cabe preguntarse si Marilyn tuvo realmente la intención de sacrificarse por la humanidad o si su ambición secreta era convertirse en mediadora entre comunistas y demócratas. Quizá, una vez más, sea la Biblia la que mejor ilumine este interrogante:

> *Y la mujer que has visto es la gran ciudad que reina sobre los reyes de la tierra* (Apocalipsis, 17, 18: Reina Valera, 1960).

La Reina Madre

El telegrama había sido en un inglés pulcro, razón por la cual abandoné las oficinas del periódico *El Siglo* hacia las tres de la tarde para tomar un taxi hacia el hotel Tequendama.

Media hora más tarde observé, al fondo del salón contiguo a la Avenida del Dorado, una serie de biombos separados por puertas semicirculares entreabiertas; una de ellas conducía a un corredor iluminado por rayos de sol que suavemente se filtraban desde los ventanales.

Una palma cadavérica palpó mis mejillas.

—Soy la reina de Inglaterra —me dijo una anciana de ojos azules—. Conocí a Hitler, quien intentó seducirme cuatro veces. Mis biógrafos comprobarán la veracidad de mis palabras. Él murió apelándome la mujer más peligrosa de Europa. El último título que me permitieron ostentar fue *Her Royal Highness The Duchess of Cork*.

Observé que su mano izquierda permanecía enhiesta en el bolsillo de su abrigo.

—¿En dónde está tu reino? —rechistó un hombre calvo a su costado.

—Lo perdí —aulló la anciana, enseñando una hilera de dientes dorados—. Usted ya lo sabe, Gregorio. Mi mucama asumió mi identidad para reemplazarme durante el bombardeo de Londres. Fue un complot de mi familia, luego de haber comprobado que mi madre había sido, igualmente, una mucama.

—Si insistes, te tomarán por loca.

—Digo la verdad —la anciana me espetó—, y como prueba le revelaré un secreto de nuestro linaje.

—Bastaría con que te oyeran en tu inglés británico —el hombre calvo rezongó sardónico.

—Habrá oído que mi antepasada —continuó la anciana en un perfecto inglés oxfordiano—, la reina Elizabeth de Inglaterra, ordenó la ejecución de María Estuardo, y que nuestro verdugo la decapitó en un golpe limpio, enarbolando su cráneo al aire, el cual rodó de inmediato sobre tierra. ¡Se trataba de una peluca!, dicen. Pues bien, solo la realeza conoce la verdad de los hechos, asaz cruel y morbosa. ¡María se cortó el pelo antes de ser ejecutada, para que su archienemiga no tuviese el placer de izar su cabeza agusanada ante sus aduladores! Práctica en la cual, según dicen, Elizabeth se refocilaba hasta alcanzar orgasmos de placer. Mi ancestro real, enterada del ardid de su víctima, popularizó entonces la historia de la peluca, esto es, la versión de que María había sido siempre calva: el peor insulto para una mujer antes y después de su muerte.

El hombre calvo condujo acto seguido a la supuesta reina de vuelta a su habitación. Yo quise acompañarlos, pero un guardaespaldas que no había visto hasta entonces intervino para conducirme de vuelta a la salida.

—¿Para quién trabaja usted? —lo espeté.

—Para el senador Ferouche —contestó mecánicamente—. Doña Petronila, su madre, sufre delirios y ataques de locura. A menudo llama a periodistas a este hotel para dar testimonio de sus desvaríos.

—Son bastante convincentes —repuse.

Consecuentemente, a la mañana siguiente publiqué una crónica sobre la familia real inglesa, citando el caso de una mujer bogotana que aseguraba ser la reina madre. Ora debido a la escasa circulación de *El Siglo*, ora a causa del escaso interés que despierta la familia real británica en un país tan democrático como Colombia, mi nota pasó prácticamente desapercibida.

Desde aquel día, hasta su muerte en 1997, los miembros del Country Club de Bogotá tratamos a Isabel Viuda de Camões como *Her Majesty Queen Elizabeth The Queen Mother*. Cada extranjero que la conocía acababa, si no persuadido,

intrigado por su comportamiento, y no escasearon los ingleses que se arrodillaron ante su presencia.

Recuerdo que en alguna ocasión cierto embajador británico nos amenazó con formular una carta de protesta ante el gobierno colombiano por nuestra connivencia ante el delirio de la que él consideró una impostora. La carta, que yo sepa, jamás fue escrita, y el embajador, sin duda a causa de su imprudencia, fue discretamente trasladado a Buenos Aires.

Pablo Neruda, poeta latino

Ay, en ese minuto,
corazón mío, un sueño
con sus alas terribles te cubría

Neruda

En el pequeño pueblo de Parral, Chile, un joven de catorce años llamado Pablo Neruda se preparaba para un examen de latín. Pablo estaba profundamente enamorado de su maestra, la señorita Raulina, una mujer hermosa y culta. Su deseo era impresionarla con sus conocimientos, anhelando ganarse su admiración.

Pablo había estudiado con dedicación los adjetivos de la tercera declinación y memorizado los análisis sintagmáticos de varios proverbios latinos.

El día del examen, Pablo estaba nervioso, pero ansioso por demostrar sus habilidades. Cuando llegó su turno, la señorita Raulina le preguntó:

—Danos el análisis sintagmático del proverbio:

Audaces fortuna iuvat

Pablo respondió con confianza:

—Audaces: sujeto; fortuna: objeto directo; iuvat: verbo. *Audaces fortuna iuvat*: La suerte favorece a los atrevidos.

La señorita Raulina asintió complacida. Luego le planteó la siguiente pregunta:

—Ahora el análisis sintagmático del proverbio:

O vita, misero longa, felici brevis

Pablo también dio la respuesta correcta.

—¡Oh, vida, larga en la miseria, breve en la felicidad!

La señorita Raulina se sintió honrada por sus conocimientos.

—Muy bien, Neruda —dijo con aprobación—. Eres un estudiante muy adelantado.

Pablo sonrió, feliz de haber impresionado a su amada. Pero su alegría se desvaneció rápidamente. Al concluir el examen, la señorita Raulina le dijo:

—Pablo, ya que te pasas escribiendo versos, analizarás esta última frase para demostrarnos que no eres ningún loquito:

Aut insanit homo, aut versus facit

Pablo palideció. Era la única frase que no había estudiado del texto de clase.

Hizo un esfuerzo improvisando.

—Lo que enferma al hombre es todo lo que confronta —respondió con voz temblorosa.

—Ya te había dado una pista —corrigió, sorprendida, la señorita Raulina—. Es un refrán de la comedia latina que traduce: o está loco o escribe versos.

El curso estalló en carcajadas, preso de la hilaridad que aquella ironía les produjo.

—¿Cómo es posible que hayas elegido memorizar y no analizar las frases de tarea, y desaprobar una oración tan sencilla…?

—Lo siento, señorita —dijo Pablo con lágrimas en las mejillas—. Me la salté.

—Bueno, no importa —dijo la señorita Raulina—. Pasaste el examen, como la mayoría. La próxima vez aprenderás a analizar, no a memorizar las sentencias en latín.

Pablo regresó a su pupitre, humillado. Sus compañeros de clase se reían de él.

—¡O está loco o escribe versos! ¡Ja, ja, ja!

Pablo se sentía como un fracasado.

Cuando terminaron las clases, Pablo salió de la escuela corriendo. No quería que nadie lo viera. Caminó hasta su casa y, al llegar, se encerró en su habitación. Se tiró en la cama y se quedó llorando durante varias horas.

Durante los días siguientes, Pablo deambuló abatido. No podía creer que había fallado el examen y que había decepcionado a Raulina. Repetía una y otra vez la frase

Vita, misero longa, felici brevis.

Las palabras le dolían como un puñetazo en el corazón: "La vida es larga en la desdicha y breve en la felicidad". Pablo repetía la sentencia, sintiendo el yugo de su significado.

Los años pasaron. Pablo se graduó y fue a la universidad. Cierta noche, a los diecinueve años, se enteró de que Raulina había sido asesinada en un robo callejero. No pudo conciliar el sueño. Culpó a la sociedad de su muerte y a sí mismo de no haberle declarado su amor.

Pablo se repitió de nuevo los proverbios de aquel examen y les dio un nuevo significado. Para un loco o un poeta, la felicidad es el amor y su ilusión; la desdicha, continuar la vida sin ese amor.

Tardó en conciliar el sueño, recordando a la señorita Raulina y cómo la había decepcionado con su latín. Se repitió a sí mismo los proverbios clásicos una y otra vez, hasta que, entre lágrimas, Raulina se le apareció en medio de su sueño y le preguntó cuál era la mejor traducción de *O vita, misero longa, felici brevis*.

—¡El amor que vivimos y su olvido! —gimió Pablo, presintiendo que también la perdería en su sueño.

Despertó y transcribió el verso traducido o, más bien, adaptado a su despecho. Forjó un poema sobre el amor y el olvido, presintiendo que sería el que le otorgaría fama universal.

Pablo se convirtió en uno de los poetas más importantes de la lengua española; su obra se tradujo a más de treinta idiomas y recibió el Premio Nobel de Literatura en 1971.

Al final de sus días, en Isla Negra, supo también que la posteridad lo recordaría por aquel verso traducido del latín en sueños.

Y murió con el secreto del origen de su verso inmortal:

Es tan corto el amor y tan largo el olvido

El Fabricante

Horas después de que lo despidieran, injustificadamente, de su trabajo como administrador de una fábrica de colchones, Marco Lombardo recibió el dinero de su liquidación y compró un Ford Taurus modelo 2009 en el concesionario que administraba su amigo Eduardo Ciccione sobre la carrera 27, junto a una iglesia cristiana.

—Recuperaré la inversión trabajando en UBER —dijo mientras firmaba los documentos ante la mirada complaciente de Ciccione.

—¿Y qué pasó con su puesto en la fábrica de la familia Quintana? —repuso su viejo amigo de la infancia.

—Me harté de mi vida sedentaria —contestó, evitando una confesión—. Quiero viajar.

—Fácil hacerlo a nuestra edad —Ciccione sonrió melifluo y, corrigiendo lo que ya consideraba una ironía, añadió, entregándole las llaves del auto—: ¡Disfrútelo!

Al regresar a casa le tomó dos días persuadir a su esposa de la conveniencia de su decisión.

—¿Quién va a pagar la universidad de los niños? —gemía, sin comprender por qué la familia Quintana lo despedía para ceder su puesto a un pariente lejano recién graduado.

—Debes demandarlos —repuso al cabo.

—No lo haré —replicó Marco.

—Es una injusticia.

—Confío en Dios omnipotente.

—Yo también —asintió Patricia, reconsiderando su falta de fe—, pero Dios dice: "ayúdate, que yo te ayudaré".

—¿En dónde dijo eso? ¿A quién?

—No sé —balbuceó—, es lo que la gente dice.

—Si hay una injusticia, Él me reivindicará.

Marco trabajó como conductor de UBER, evadiendo con agilidad los retenes que interponían los taxistas en las avenidas principales. Su *modus operandi* consistía en invitar a su cliente al puesto del copiloto; a diferencia de sus colegas, su auto no era blanco, sino celeste, y sus ventanas ostentaban una película difuminada del 25 %, lo que le daba la apariencia de un auto privado. Sus ingresos aumentaron durante la Semana Santa y su vida parecía retomar un nuevo rumbo.

Cierta mañana de abril su auto no encendió. Marco contrató una grúa y llevó el vehículo a la concesionaria, donde Eduardo Ciccione le demostró —con lupa sobre la letra menuda de su contrato de compraventa— que la garantía había vencido.

Lo transportó entonces al moderno taller de mecánica de Jules, su antiguo amigo del Colegio San Pedro Claver, quien lo encomendó al peritaje de sus mejores socios. Luego de revisarlo por más de tres horas, los ingenieros concluyeron que no se trataba de un problema mecánico, sino eléctrico. Le recomendaron cambiar el sistema de arranque.

—¿Cuánto cuesta?

—Unos tres millones de pesos.

Los repuestos tardaron tres días en llegar. El auto fue reparado y Marco lo condujo de vuelta a casa. Sin embargo, al día siguiente su Ford no arrancó. Los peritos del taller de Jules examinaron nuevamente el vehículo y concluyeron que el repuesto era de mala calidad.

—No te preocupes —lo consoló Jules—; tienes la garantía de nuestra reparación. Lo examinaremos por un par de días hasta dar con el problema.

Marco asintió, preocupado por perder su herramienta de trabajo. Se reprochó no haber asegurado su auto con un vehículo de reposición en caso de daño mecánico. Los dos días pasaron y Jules le dijo que nadie lograba determinar el problema.

—El auto funciona a la perfección —dijo—, pero le damos una vuelta por el parque y, al regresar, no enciende. Me temo que tendré que devolverte lo que me pagaste por el repuesto.

Marco llevó el auto a otro taller, y a otro, y a un tercero. Al cabo de un mes su vehículo estaba de vuelta en el garaje de su casa. Nadie lograba descubrir cuál era la falla.

Cierta noche, incapaz de dormir, le pidió a la providencia que lo ayudase, explicándole cómo su dinero había menguado con los gastos familiares.

—Necesito mi auto reparado —le dijo a Jesucristo, con esa fe que solo guardan quienes creen en la omnipotencia divina.

Al día siguiente Jules lo llamó a su celular.

—¿Dónde tienes el auto? —le preguntó.

—En mi casa —contestó y, percatándose de la emoción en la voz de su amigo, añadió—: ¿conoces a alguien que pueda ayudarme?

—De hecho sí —respondió Jules—. Hay un americano que me visitó ayer y me dijo que era un mecánico de la Ford. Le comenté tu caso y me preguntó si podría visitarte.

—¿A mí?

—Le di tu dirección —repuso—. Debe estar por llegar. Se llama Enrique.

Colgó y esperó a su visitante. A los pocos minutos vio a un hombre de cabellos blancos y ojos azules, que vestía un traje de paño escocés un tanto inapropiado para el clima de Bucaramanga.

—¿Es usted el dueño del Ford Taurus? —dijo con acento madrileño.

—Sí.

—¿Tiene herramientas?

—Sí —respondió—; el último mecánico que revisó el automóvil me pidió que se las guardara por estos días.

—¡Perfecto! Vamos a ver.

—Pero… —titubeó Marco—. ¿Quién lo va a revisar?

—Yo —aseveró Enrique, levantando la cabeza; solo entonces Marco se percató de que casi alcanzaba los dos metros de estatura.

Marco lo invitó a seguir y lo condujo hasta el garaje, preguntándose cómo podía un anciano tan elegantemente vestido solucionar un problema que no habían diagnosticado los talleres más sofisticados de la ciudad.

—Veamos —dijo el anciano tomando una llave de precisión y, con una maestría que evidenciaba sus conocimientos de mecánica, desmontó la correa del motor y la del alternador.

Marco fue a la cocina, donde le pidió a su mujer que les llevase unas limonadas.

—¡Ya está! —le dijo el anciano cuando regresó al garaje—. Tengo cuidado de no velar por las responsabilidades de sus descendientes; uno los quiere tanto que puede pasarse la eternidad solucionando sus problemas.

Las herramientas estaban guardadas en su baúl de hierro. Marco meditó sobre el significado de aquella advertencia, hasta que se percató de que el vestido y las manos de Enrique estaban tan pulcros como a su llegada.

—¿Qué espera? —continuó el anciano—. Enciéndalo.

Marco encendió su Taurus y el sonido suave del motor llegó como la melodía de una flauta a sus oídos. Le dio una vuelta a la cuadra y, al aparcar en la calle frente a su casa, detrás de un auto de clásicos y antiguos, vio a su esposa ofrecerle un vaso de limonada al anciano mecánico.

—Gracias —se excusó—, pero no tengo sed. Discúlpenme. Tengo una importante reunión en mi oficina esta noche.

—No sabe cómo le agradezco —le dijo Marco—. ¿Cuánto le debo?

—Nada —el anciano se explayó—. Uno arregla lo que crea.

—¿Quién mejor indicado para reparar este carro que el ingeniero que lo diseñó? —intervino Patricia—. Mientras manejabas, Enrique me dijo que era él quien los producía.

El anciano se despidió y ascendió a un Ford Modelo T de pintura mate.

Al encender su auto, Marco tuvo la extraña sensación de que vivía un sueño.

—¿Cómo es su apellido? —dijo, aferrándose a la ventanilla.

—¡Ford! —respondió el anciano—. Mi nombre es Enrique Ford.

Y se perdió en las calles de la ciudad.

De la lectura y la meditación, según Buda

Al llegar a Madurai me contagié del amor de los fieles a su divinidad y salí descalzo de mi hotel hacia el templo. A la media hora el dolor en mis plantas era agudo, si bien soportable en razón de mi devoción. El cuerpo protestó, sustrayendo mis elevados pensamientos para confrontar las piedrecillas que se incrustaban en mis someros callos. Una devota de Sri Meenakshi se compadeció de mis gestos y me indicó que, a escasas cuadras, encontraría almacenes de sandalias chinas.

Salí desesperado y de afán, pues quería regresar al templo a meditar, cuando me detuve ante un almacén de chucherías y antigüedades falsas. Me llamó la atención la mirada tranquila de un Buda de unos cincuenta centímetros de longitud, recostado en una piedra. Entré y examiné la estatua sin permiso.

Un hombre de mediana edad, de barriga pronunciada y pesadas candongas, emergió de unas cortinas de algodón y me aseguró que era una estatua tailandesa del siglo XVII.

—Se la compré a un francés que subastó sus bienes antes de regresar a París —me dijo—; incluye una tableta de madera.

El vendedor me enseñó una tableta de madera con frases inscritas en alfabeto tailandés.

—¿Qué significa?

—Si quieres conocer —me dijo con una sonrisa de satisfacción—, lee y actúa en el mundo, discípulo mío; y si quieres alcanzar la verdad, medita y aléjate del mundo.

Me percaté de que el estudio no conduce necesariamente a la verdad y comprendí la honda satisfacción de tantos

gurús que, a través de la meditación, se muestran más seguros y satisfechos que cualquier PhD de Oxford o Princeton. El Buda recostado tenía delicados grabados que representaban a Krishna aconsejando a Arjuna.

—Quien vive, lee y medita confronta, en el camino del Nirvana, el abismo de cada sentido.

Quise preguntar el costo de la estatua, pero al levantar la vista el gurú había desaparecido; en su lugar vi el rostro de una mujer madura. No hablaba inglés ni francés, por lo que la despedí en mi tamil precario, prometiéndome a mí mismo regresar más tarde.

Había olvidado el dolor en mis pies, por lo que regresé al templo de los dioses Sri Meenakshi y Sundareshvara, donde pasé la tarde.

Al día siguiente, luego de soñar que los dioses me abandonaban en un laberinto que era este mundo, regresé en busca del Buda reclinado de madera, pero, ora por olvido, ora porque había sido una ilusión, me fue imposible reencontrar la tienda.

Los Martirios de John Lennon y la Princesa Diana

A Mauricio Rodríguez S.J.
Genuinus discipulus Iñigi

En la década de 1960, una banda de rock llamada *The Beatles* se convirtió en una sensación mundial. Sus canciones, que hablaban de paz, amor y justicia, resonaron en personas de todo el mundo.

Uno de los miembros de la banda era John Lennon, un hombre carismático y elocuente que rápidamente se convirtió en un líder espiritual para muchos.

John Lennon nació en una familia humilde en Liverpool. Desde muy joven había mostrado un gran interés por la música, la religión y la filosofía. A medida que crecía, se dio cuenta de que el mundo estaba lleno de injusticia y sufrimiento. Decidió dedicar su vida a luchar por un mundo mejor, más justo y equitativo.

Sus canciones, que predicaban la igualdad y la hermandad entre todos los seres humanos, atrajeron a multitudes de seguidores.

Entre los admiradores de John Lennon se encontraba una mujer llamada Isabel II, reina de Inglaterra. Isabel era una mujer cruel y despiadada, que no toleraba la disidencia y anhelaba gobernar el mundo.

En el plano espiritual, ella era la reencarnación de Jezabel y de Salomé, esta última hija de una amante de Herodes Antipas. Jezabel era una mujer ambiciosa y manipuladora, dispuesta a utilizar su belleza para conseguir lo que quería, eliminando a cualquiera que se interpusiera en su camino.

Isabel amaba secretamente a John, pero él no le correspondía. Alcanzó a ser su mayor fan, hasta el día en que John la humilló en público, obligándola a rotar sus joyas en el aire como una esclava, provocando las risas de sus súbditos, mofándose de sus privilegios y haciéndola sentir ridícula.

Desde entonces, Isabel juró venganza.

Una noche, Isabel planeó una trampa para John Lennon. Lo invitó a un concierto privado y, en su camino, dos matones lo atacaron y golpearon. John Lennon fue humillado y herido, pero sobrevivió.

Isabel no se rindió. Su jefe de protocolo encontró a un hombre obsesionado con las composiciones de John Lennon, Mark David Chapman, al que apodaron *el Lunático*, y a quien sus espías manipularon mediante ondas de frecuencia exclusiva, enviándole voces que se identificaban como la voz de Jesús, para inducirlo a cometer el asesinato.

En su deseo de lograr la paz para su nación, John Lennon se reunió entonces con un grupo de líderes terroristas del IRA, a quienes dijo que buscar la paz a través de una violencia era un absurdo.

Isabel se enteró del encuentro y organizó una conspiración secreta con sus agentes.

El Lunático se acercó a John Lennon y le pidió un autógrafo; habiendo obtenido aquel gesto de amabilidad del profeta, se alejó y volvió para dispararle con un arma de fuego cuatro veces.

John Lennon murió poco después.

Luego de que el Lunático afirmara que lo había hecho porque escuchaba la voz de Jesús que le ordenaba hacerlo, el caso fue cerrado. El Lunático fue recluido en un asilo, donde, a punta de choques eléctricos, lo convirtieron en un vegetal humano.

La muerte de John Lennon fue un golpe devastador para sus fans. Muchos de ellos creían que era un mártir y que su muerte era el presagio de un futuro nefasto.

Isabel, por su parte, celebró en secreto la muerte de John Lennon. Sus médicos le aseguraron que, con su medicina avanzada y millonariamente subsidiada, la harían vivir doscientos años. Creía con vehemencia que ya nadie se le opondría a ocupar el trono del mundo.

Hasta que su hijo mayor contrajo matrimonio.

La princesa Diana era una mujer amable y compasiva que se preocupaba por los demás. Se había enamorado de las ideas de John Lennon y se atrevió a aplicarlas como futura reina de Inglaterra. Isabel II devino celosa del amor de su nación por la princesa Diana y, más aún, de su veneración por el idealista John Lennon. Por eso, en cuanto supo que estaba saliendo con uno de sus amantes en París, ordenó a sus asesinos que le provocaran la muerte en un accidente.

El fin de la princesa Diana fue un golpe devastador para el pueblo de Inglaterra. Sin embargo, su apego a la institución que representaba Isabel llevó a los ingleses a concederle el beneficio de la duda a su monarca, eximiéndola de las abrumadoras pruebas que demostraban su culpabilidad.

Isabel vivió a sus anchas durante veinte años, sin saber que John Lennon era la encarnación de Juan el Bautista y que, como tal, había venido a anunciar al Mesías y a morir por la verdad antes de su regreso.

En 2012, la reina se enteró, por medio de sus agentes australianos, de la existencia de un profeta a quien los hindúes reconocían como Krishna el inmortal.

La reina vio videos de Jesús reencarnado en un hombre de América Latina llamado Petrus, hablando ante una multitud de seguidores. Su expresión tranquila y sus atrevidos juicios, en los que denunciaba los absurdos de la organización política mundial, parecían conmover a la audiencia. Sus seguidores creían que era un profeta enviado por Dios para salvar al mundo y establecer un Reino de Paz.

Corría el año 2013 y el mundo se encontraba en un estado de caos, en medio del cambio climático.

La reina Isabel II estaba aterrorizada por la popularidad de Petrus, que se presentaba como la encarnación de Petros Romanus, quien convivía en unidad de pensamiento con Cristo resucitado. Temía que su mensaje de paz y unidad amenazara su poder.

Por ello, Isabel ordenó su muerte. Esa noche, la reina descendió de un helicóptero junto a Daniel Craig, actor que encarnaba a James Bond, 007, ante las aplaudidas cámaras de televisión de la BBC.

El primer espía, un irlandés llamado Ángel, viajaría a la boda de Petrus, a la cual se había hábilmente autoinvitado. Pero justo antes de partir, la única hija de Ángel se ahorcó, dejando una nota en la que culpaba a su padre de sus traumas.

Convencida de la culpabilidad de Petrus, en quien sus consejeros veían al Príncipe Próspero anunciado por Shakespeare, Isabel ordenó entonces que lo torturaran y lo asesinaran, y que su cuerpo fuera colgado en la plaza pública como advertencia a todos aquellos que se atrevieran a desafiar la poseedora de la corona de Inglaterra. No obstante, ninguno de sus espías aceptó la orden. Temían que el acusado fuera verdaderamente un profeta de Dios en la tierra y se decían unos a otros que aquel hombre no había causado ni estaba causando ningún daño a su nación.

Pero Isabel sufría lo indecible todos los días, sobre todo desde que Petrus publicó en sus redes sociales que John Lennon sería reivindicado y que su canción *Imagine* se haría realidad en esta generación.

Isabel sospechaba que esto significaba la abolición de la propiedad privada y el fin de los privilegios del 1 % de la humanidad sobre el otro 99 %.

Reunió y convenció de inmediato a los estadounidenses y a los europeos del continente para que controlaran las redes sociales de Petrus.

Desde entonces lo espiaban las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, al tiempo que evitaban la difusión de sus mensajes. Se creó una unidad para impedirle triunfar como escritor, director de cine o actor, profesiones en las que Petrus se destacaba en siete idiomas y en siete países de cinco continentes.

Isabel esperó pacientemente a que floreciera una nueva generación de espías. Llegó el año 2018 e Isabel ofreció a Ángel venganza por la pérdida de su hija. Ángel sufría porque aquel "Príncipe Próspero" se jactaba de haber sido protegido del ataque por Dios, adivinando con sus artes mágicas sus abusivas intenciones.

Ángel conformó su equipo con *El Rojo*, un joven estadounidense de veintisiete años, hijo de un Papa, que se reuniría en Bogotá con *La Lacra*, un guerrillero fanático del líder Gustavo Petro, a quien Petrus había ofendido luego de denunciar públicamente a todos los líderes de la guerrilla colombiana por sus alianzas con el hampa y el terrorismo.

Pero Dios protegía a Petrus esta vez, honrando la parábola de los malvados trabajadores de la viña:

"Había un hombre, padre de familia, que plantó una viña, la cercó, cavó en ella un lagar, edificó una torre, la alquiló a unos labradores y se fue lejos.

Y cuando se acercaba el tiempo de los frutos, envió sus siervos a los labradores, para que recibieran sus frutos.

Pero los labradores, tomando a los siervos, a uno golpearon, a otro mataron y a otro apedrearon.

Envió de nuevo otros siervos, más que los primeros, y les hicieron lo mismo.

Finalmente les envió a su hijo, diciendo: 'Respetarán a mi hijo'.

Pero los labradores, cuando vieron al hijo, dijeron entre sí: 'Este es el heredero; venid, matémoslo y tomemos posesión de su herencia'.

Y lo tomaron, lo echaron fuera de la viña y lo mataron. Entonces, cuando venga el señor de la viña, ¿qué hará con esos labradores?

Ellos le dijeron: 'Destruirá a los impíos sin piedad, y alquilará su viña a otros labradores, quienes le pagarán el fruto a su tiempo'." (Mateo 21, 33-41. Reina-Valera 1960)

El día señalado fue el 6 de septiembre de 2022. Los asesinos se reunieron en el aeropuerto de Palonegro y condujeron hacia el edificio donde vivía Petrus, con el fin de secuestrarlo y suicidarlo.

Entonces, de repente —tal era la voluntad de Yahvé— se desató una tormenta. El agua fue tal que una montaña se desplomó sobre ellos, enterrándolos durante varias horas antes de ser arrojados a un río.

La reina quiso dar una tercera orden, pero los demonios que había cautivado a lo largo de su vida se rebelaron por autoridad divina y la asesinaron, golpeándola contra los techos y las paredes de su despacho, ante la mirada atónita de sus ayudantes de cámara.

Este fue el fin de Jezabel, autora intelectual de los martirios de John Lennon y de la princesa Diana.

Así se cumplió la profecía de santa Catalina de Siena, epígrafe de la novela *Yo, Petrus Romanus*:

"Sepan que en el último día del juicio, cuando mi Hijo, el Verbo, venga con mi divina Majestad a recuperar el mundo con poder divino, no vendrá como un niño pobre, como cuando nació entrando en el vientre de una Virgen y naciendo en un establo, entre los animales, para luego morir entre dos ladrones. Entonces escondí mi poder en él, dejándolo soportar dolores y tormentos como un hombre; no es que mi naturaleza divina estuviera separada de mi naturaleza humana, sino que lo dejé sufrir como hombre para enmendar vuestros pecados.

No será así ahora en este último advenimiento; vendrá con poder y lo traerá de regreso con su propia persona. No habrá

criatura que no tiemble al verlo, y pagará a cada uno lo que le corresponde.

Su aparición causará tremendo tormento y terror en los malvados condenados, que no lengua bastaría para narrarlo; en los justos despertará temor y reverencia con gran alegría."

Proof